

**De Bolombolo
a Aracataca**



De Bolombolo a Aracataca

Álvaro González Uribe



Universidad del Magdalena
Santa Marta, D.T.C.H.
2010



De Bolombolo a Aracataca

Edición: Primera - Octubre 2010

ISBN: 978-958-746-021-6

Autor: Álvaro González Uribe

Diagramación: Luis Felipe Marquez Lora

Diseño de Caratula: Marcela Pasmín

Ciudad: Santa Marta, D.T.C.H. - Colombia

El presente material no puede ser duplicado, ni reproducido por ningún medio, sin previa autorización escrita de la Editorial Unimagdalena. Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad exclusiva del autor.

©EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Coordinación de Publicaciones y Propiedad Intelectual



UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Rector: Ruthber Escorcía Caballero

Vicerrector de Investigación: José Henry Escobar Acosta

*A mi padre Augusto,
quien me enseñó a abrir la ventana mágica de los libros
y a amar el mar maravilloso de las palabras.*

Contenido

9	<i>Prólogo: La A y la O de Aracataca, Bolombolo y Álvaro</i>
11	<i>Introducción</i>
15	El Hombre Caimán
18	Relato de un autógrafo
20	La montaña mágica
23	Dos pueblitos
26	Fábula de los cuatro hermanos
29	Escabredón
32	El idioma de las cosas
35	Abra palabra
38	El puente que no existe
41	El palmaricidio
44	Santa Marta y san carbón
47	Paraperorata
49	Mar
51	Los funerales de la mala hora
54	Cien años de necesidad
57	Sin dones
59	Los hijos de la tierra
61	En Orihueca, elegía
64	Colombiacuática, Colombiaérea
67	El mototaxista y la bruja
69	El conflicto en los wiwas
72	La hojarasca electoral
74	Crónica de una ciénaga anunciada
76	Clasificados
78	Cazafantasmas
81	De posesiones demoníacas
83	¡Monté en bola!

86	El holocausto por entregas
88	Una cruz para Salva
91	La chibolera y el holandés errante
94	25 cajitas
97	Flores para Fonseca
99	¡Qué vivan los costeños!
102	Mi Medellín
104	“Mecanika jeneral”
106	La inmortalidad del realismo mágico
108	¡Abrázame papá, no me dejes!
111	Reapareció la Llorona Loca
114	Los músicos de Santa Rosalía
116	Estrellas negras para el fútbol
118	Entre la costeña y el cachaco
120	El santo ñame
122	Dos Colombias
125	Ser caribe
128	Urabá: Sinfonía inconclusa
130	La campana de Mamatoco
132	De Bolombolo a Aracataca
135	Hueso por hueso
137	“Maicolycsón” en el Caribe
139	Universidad del Magdalena: Alma máter del Departamento
142	<i>In memóriam: Mi padre</i>

Prólogo

La A y la O de Aracataca, Bolombolo y Álvaro

Por Héctor Abad Faciolince

Uno de los oficios más gratos que tenemos los comentaristas de prensa consiste en leer a nuestros colegas, los otros columnistas de prensa. En general sólo leemos a dos tipos de escritores de artículos: a los que odiamos -por sus ideas, por su estilo, por lo que defienden, por lo que destruyen- y a los que nos gustan mucho -por simpatía, por identidad de criterio, por amistad, porque queremos aprender de ellos-. Álvaro González Uribe, a quien leo desde hace mucho tiempo en El Mundo de Medellín, es de este segundo tipo.

Me gusta de su estilo la ensoñación bucólica, el apego a la tierra, o mejor, a las tierras: las caribes del mar y las montañosas de Antioquia. La forma serena en que se deslizan sus reflexiones y anécdotas, revelan al hombre que hay detrás de los escritos: un buen corazón, un alma justa, una persona conciliadora que tiende a la ensoñación y es siempre bien intencionada. Nadie más alejado de la mala leche (vicio tan común en nuestra profesión) que este hombre de las montañas trasplantado y perfectamente adaptado a la Costa. El tono de su voz es pausado y claro, sus intenciones limpias.

Destaco en sus escritos el gusto por el neologismo, la atracción romántica por la ensoñación asociada a la vista del paisaje (de ahí surgen sus escritos más poéticos), el gusto por la paradoja (“hay que prohibir a los ciclistas para que no se dopen”), los experimentos verbales con juegos de palabras (una perorata en la que todas las palabras del artículo empiezan por P), la mezcla justa entre temas aparentemente frívolos y temas trascendentes. En sus notas de prensa podemos encontrar

divagaciones sobre cantantes, sobre fútbol, sobre personajes mitológicos regionales, pero hay también valientes protestas por la muerte que nos llega de manos de los salvajes grupos paramilitares o de cualquier otro grupo violento, mafioso, delincuencial o guerrillero. Aunque a veces caiga en cierto esoterismo para explicar el realismo mágico de la provincia donde ahora vive, en general conserva su mente escéptica y racional de divertido cazafantasmas. Unos fantasmas que a veces son autoridades autoritarias de carne y hueso a las que denuncia (por ejemplo cuando fue detenido por cumplir su deber como veedor electoral), y a veces, simplemente, la ofensa y el llanto por los desaparecidos de este país.

Destaco, finalmente, la ecuanimidad y honestidad intelectual de Álvaro González Uribe. No hay trampa en sus escritos ni hay sectarismo alguno. Desarrolla su argumentación de una manera abierta al diálogo y a la crítica: en todo cuanto escribe revela lo que es: un anti-fanático, un hombre de mente abierta que mira al país con ojos críticos pero sin sucumbir al pesimismo de la inacción. Confía en que podemos progresar y redimirnos, y al mismo tiempo destaca las maravillas naturales que tenemos, y que podríamos disfrutar si consiguiéramos salir de la violencia. Aracataca y Bolombolo, esos nombres armónicos en su insistencia vocálica, esas cacofonías que nos hacen sonreír, son el símbolo ideal de la mente del columnista, y los sitios perfectos de las dos regiones de Colombia que han dividido su corazón sin partirlo. Sin partirlo, digo, porque se ve que pone el corazón entero en los dos sitios, como quien ama sin remordimiento y sin contradicción “dos mujeres a la vez”. Muy sano, en un país de rencores regionalistas, contar con este amante de la rubia y la morena.

Introducción

El presente libro recoge 50 artículos publicados en los años 2007, 2008 y parte del 2009, época en la cual empecé a residir en el Caribe colombiano, en concreto en la ciudad de Santa Marta. Con excepción del último, los escritos se publicaron todos en el periódico El Mundo de Medellín, donde gracias a sus directivos mantengo desde hace varios años una columna de opinión semanal denominada *Macondo*. Algunos pocos artículos aparecieron también en otras publicaciones impresas y virtuales a donde fueron enviados o gentilmente tomados citando autor y fuente. El último fue escrito para El Vocero de la Provincia, periódico que circula en el departamento del Magdalena.

Teniendo en cuenta que siempre en mis columnas de opinión me he referido a una gran variedad de temas, en este libro no fue mi intención aglomerar una miscelánea de artículos sobre diversas y dispersas materias. Pienso que una obra de este estilo -hasta donde éste lo permita- debe tener un hilo conductor, es decir, un talante o espíritu que la hilvane para que tenga unidad y genere un aporte concreto individualizado de interés general.

Por tal razón -aunque a veces alguna columna vista individualmente quizás no lo exprese- en todo el libro permanece la opinión y la mirada que un antioqueño como el autor se va formando del Caribe colombiano cuando reside en esta región, y también la opinión que tiene sobre el resto de Colombia en diversos aspectos, cuando respira permanentemente este cálido e inquieto aire caribe, que considero modifica la perspectiva que alguien pueda tener sobre los hechos y la vida, siempre y cuando comprenda y se vaya alimentando de la idiosincrasia costeña. Precisamente el título de la obra -cacofónico como recurso literario divertido- da cuenta de ese periplo de vida y de ese nuevo sentimiento

que nace en una persona que cambia una intensa vida en Antioquia y sus pueblos, por otra en el Caribe y los suyos, periplo condensado en uno de los artículos.

Bolombolo es una tórrida población de Antioquia a orillas del río Cauca, uno de los sitios que recuerdo con alegría, y que me dejaron inhalar profundamente los aires de mi departamento de origen y solazarme con sus escarpados verdes y abovedados azules. Además, cristalizado en la literatura por unos versos que dejó el poeta paisa León de Greiff cuando estuvo por esos lares de aprendiz de ingeniero malogrado. Aracataca por supuesto es un municipio significativo, símbolo de la cultura Caribe y del realismo mágico, por ser la cuna del premio Nobel colombiano Gabriel García Márquez y escenario principal de su obra cumbre *Cien años de soledad*, lugar donde lo conocí cuando transportado en el Tren Amarillo de Macondo regresó en el año 2007 -recién cumplidos 80 años de vida-, momento apoteósico que relato en el libro a manera de crónica personal.

Aunque en el libro permanece ese espíritu aglutinante de obra, los escritos abarcan varios temas y estilos. Es así como en forma de crónicas, ensayos, poesía en prosa y hasta de un cuento corto, en un lenguaje ameno intento plasmar la impresión que me han dejado la geografía del Caribe, sus paisajes, gentes, noticias, anécdotas y cultura, como también reflexiono y analizo hechos y realidades tristes y alegres, tanto del Caribe como de mi Antioquia y mi Colombia desde el Caribe, incluyendo algunas vivencias personales con pretensión poética. Si alcancé a ser efectivo en el oficio de escribir, quizás el lector generoso tendrá pues que prepararse para reír y hasta para ponerse triste, pues esa es la realidad de toda Colombia, que es la misma del Caribe.

También quise destacar las similitudes y diferencias que considero existen entre la cultura Paisa y la Caribe, y en algunos escritos hice comparaciones culturales, históricas, casuales y hasta geográficas.

Traté de escoger cuidadosamente el orden de los escritos para lograr una combinación armónica y agradable según los temas, aunque también consideraré a veces el orden cronológico de publicación, sin que haya sido una camisa de fuerza, pues prevalecieron los contenidos en aras de construir la mencionada estructura unificada de obra, como también su ritmo. Entre el título y el texto cada escrito lleva la fecha de su publicación, para que conociendo el momento histórico al lector se le facilite comprender algunos contenidos que requieren de ello.

Toda mi vida he sentido una gran atracción por el mar, la cultura Caribe y la literatura de Gabriel García Márquez y el realismo mágico, lo cual advertirá el lector en varias citas, paráfrasis, alusiones y comentarios -no en vano la columna periodística base se llama *Macondo*-. Esa atracción la materialicé de la mejor forma como pienso se puede hacer: fijando mi residencia en el Caribe para vivir ese mágico mundo, respirarlo, olerlo, probarlo y sentirlo cotidianamente. Este libro es testimonio de esa nueva vivencia que por haberme enriquecido espiritualmente me ha acercado a la felicidad. También pretendo que sea un homenaje humilde y sincero a nuestro Nobel de literatura, a los habitantes del Caribe, y a su rica y colorida cultura.

La obra ha sido posible gracias a varias personas y entidades. En primer lugar, a María Isabel mi esposa y a mis hijos Tomás y Simón, quienes como familia compartieron conmigo esta decisión de vida, dejando nuestro rico, fructífero y alegre pasado en Medellín y Antioquia, y afrontando con decisión este llamado vital que hemos disfrutado, no sin retos superados y a superar por tratarse de un cambio quizás radical en un principio para los niños. Igualmente a mi amada hija mayor, Luisa, quien hace mucho tiempo emprendió un cambio de vida mucho más drástico que el nuestro, y cuya inspiración y amor me acompañan desde la lejana España, así como mi corazón silenciosamente late siempre junto al suyo.

También agradezco al periódico El Mundo de Medellín que me acogió y acoge en sus páginas, con una característica que resalto: la libertad que tienen sus columnistas para tocar todos los temas, sin importar discrepancias ideológicas con la línea editorial del Periódico y de su Director, pues a veces mis opiniones coinciden con las de ellos y a veces no, lo cual dice mucho del espíritu libre de ese Diario y del respeto por las opiniones, siempre y cuando se escriban con cortesía y tengan calidad en la forma, lo cual he procurado siempre, espero que con algún éxito, pese a que reconozco cierta agudeza y pasión en varios escritos, matizados con algo de humor, eso sí.

Entre las personas del periódico El Mundo a quienes agradezco, está por supuesto ese gran roble, caballero y luchador que es su Director, el ingeniero Guillermo Gaviria Echeverri, y al maestro Arturo Giraldo Sánchez, Subdirector y paciente curador de las páginas editoriales; a mi amiga y gran periodista Luz María Tobón Vallejo; y a Aníbal Gaviria Correa, quien siendo editor del Periódico me invitó a escribir



en sus páginas. Imposible no mencionar acá mi primer artículo: un clamor con algo de fórmulas jurídicas para que su hermano y mis compañeros de trabajo, el entonces Gobernador de Antioquia Guillermo Gaviria Correa y el Asesor de Paz Gilberto Echeverri Mejía, pudieran regresar a sus casas y labores desde un penoso secuestro en el cual los mantenía la guerrilla.

Como es de conocimiento público ello no fue posible, pues fueron cobardemente asesinados por las Farc ante un fallido rescate de la Fuerza Pública en el año 2003. Por eso siento la necesidad de mencionar acá a esa gran señora, fuente de amabilidad, ternura y a la vez de fortaleza, doña Adela Correa de Gaviria, madre del recordado Guillermo, el inolado Gobernador de mi tierra paisa, líder nacional perpetuo de la Noviolencia.

Por último, agradezco a la Universidad del Magdalena, a su actual rector Ruthber Escorcia Caballero, al vicerrector de investigación, José Henry Escobar Acosta y demás directivas, y a la comunidad universitaria en general que me recibieron y han acogido con cariño en la alma máter del Magdalena. Todos me han dado muestras de afecto y de confianza que siempre agradeceré, con la amable carga adicional para mí de que esa deuda actual con ellos se incrementará cuando algún día me gane el gentilicio de “paisamario” o “caribantioqueño” que quiero ostentar con orgullo.

Espero que este modesto libro contribuya a enriquecer la producción de esa Universidad, que para muchos y para mí es la entidad más importante del departamento del Magdalena, pues es la única manera de ascender y progresar en la vida que tienen miles de sus jóvenes; generadora de investigaciones, cálido y fértil hábitat de la cultura, y, en general, pieza fundamental para el desarrollo del Magdalena y de la región Caribe.

*Álvaro González Uribe
Santa Marta, Colombia
Noviembre 9 de 2009*

El Hombre Caimán

Enero 12 de 2008

Cuando pasa lamiendo al municipio de Plato, en diciembre el río Magdalena con todo el invierno del país en su vientre es una serpenteada tajada de natilla, cuyos trozos de canela son pedazos de troncos flotantes. Como todos los años, en esta población culminó hace poco el Festival del Hombre Caimán, con grupos musicales y de danzas, concursos de atarraya y canotaje, y el conversatorio Origen de la Leyenda.

La famosa leyenda del Hombre Caimán tiene varias versiones. Una dice que un pícaro pescador llamado Saúl fue convertido en caimán porque acostumbraba en las mañanas observar a las platenses cuando se bañaban en el Caño de Las Mujeres, pequeño brazo del Magdalena.

Otra versión es más elaborada, y aunque algunos la ubican en Mangué, el escenario tradicional de la leyenda siempre será Plato. Trata del amor contrariado entre el mismo pescador y Roque Lina, hija del rico del pueblo quien prohibió la relación. Pero como siempre, el amor se las ingenió con sus atrapados, y el pescador consiguió de unos chamanes wayúus en la alta Guajira una pócima que lo convertía en caimán y otra que lo retornaba a su naturaleza humana, truco que usó para verse con su enamorada.

Camuflado en las orillas del Magdalena, Saúl pudo sostener su idilio con Roque Lina. Pero un día, afanado por mantener el amor furtivo, siendo caimán se le rompió el frasco de la pócima que lo convertía en humano y unas gotas le pringaron sólo su cara.

Condenado a la maldición para siempre, seguía viéndose con su novia. Su madre lo alimentaba con pedazos de queso, pan y tragos de ron, hasta que una mañana uno de sus cuñados vio la cola rauda del Hombre Caimán rasgando la corriente del río y dio la voz de alarma. El suegro ordenó disparar contra el caimán cabecihombre, pero éste



escapó río abajo hacia Barraquilla con su amada montada en el lomo. Entre otras variadas escamas y diversos finales este es el cuento del Hombre Caimán.

Es otra historia más del mágico vitral Caribe, esta generosa región donde aprendí a comer arepa paisa con butifarra, y a la cual le intento robar el gentilicio de paisamario o caribantioqueño. El barranquillero José María Peñaranda fue el autor de la canción más famosa sobre esta leyenda y por tal motivo se le llamó el Hombre Caimán, aunque hay otra versión de Crescencio Salcedo, el Compáe Mochila, a quien muchos conocimos ya anciano sentado en una acera de la carrera Junín de Medellín tocando flauta para venderlas con sus discos (cuentan que allí mismo en una ocasión le robaron unas cuantas flautas, y el Compáe les gritó a los rateros: “y vuelvan por la música”).

Peñaranda vivió joven en Aracataca -Macondo- donde dicen que conoció a Francisco el Hombre, quien le auguró gran futuro musical. Era un teso de la picaresca caribe y para muestra el *Coge-Coge*:

¿Y tu que cogiste el 9 de abril?
Cien yardas de seda y una pieza de dril
¿Y tu que cogiste dime compáe Mocho?
Yo cogí una olla grande pa' sancocho
¿Y tu que cogiste?
Hombre yo fui lerdo
Yo cogí una olla sin fondo y un zapato izquierdo
Yo no cogí nada y a casa llegué
Con una puntilla clavada en un pie.

Otra más moderna es *La de Perafán*:

La cosa está muy maluca
Dijo el sobrino de Chola
No sigo sembrando yuca
Voy a sembrar amapola
Y le ha aconsejado a Juana
Muchacha de risa loca
No te pongas a sembrar coca
Ni tampoco marihuana
Ve que a muchas le caerá la maldición del caimán
Ya le cayó a Perafán la maldición del caimán.

Y dice el coro:

Ve las cosas como están
Te meten a la Picota y te pica el alacrán.

Y *La muchacha del balcón*:

Conocí un bobalicón
Que le gustaba Julieta
Se ponía abajo del balcón
Para verle las pantaletas
Esa mañana Julieta
No se asomaba al balcón
Y ahí estaba el grandulón
Con su mirada indiscreta
Y dijo Julieta:
Ahí está pa' verme las pantaletas
Pero hoy sí se va a fregar
Porque no las tengo puestas.

Se va el Caimán hizo famoso en Colombia y el mundo a Peñaranda, quien murió hace dos años en Barranquilla. El porro llegó a ser interpretado por la Orquesta Sinfónica de Londres y por Plácido Domingo, y en España lo cantaba el pueblo para burlarse de los repetidos falsos anuncios de retiro del general Franco. También le dio el apodo a Efraín Sánchez en Argentina, cuando de Barranquilla llegó como portero del equipo de fútbol San Lorenzo de Almagro.

Relato de un autógrafo

Junio 9 de 2007

Era miércoles. Salí de Santa Marta a las diez de la mañana acompañado sólo por una llovizna pertinaz. No iba en el Tren Amarillo de Macondo, sino en mi carro gozando del paisaje costa Caribe adentro. Viajaba raudo por entre el reino de la clorofila hacia el interior de mi Colombia. El sol surgió tras la Sierra Nevada para brillar de opaca a verde banano la campiña que bordea la tierra del olvido.

Fue hace diez días, cuando nutrida por Macondo se inauguró la ruta turística del ferrocarril histórico que rodó por Santa Marta, Ciénaga, Sevilla, Zona Bananera, Guacamayal, Aracataca y Fundación.

A las doce del día llegué a Aracataca y busqué la vieja estación del tren, a donde había de llegar García Márquez. Allí empezaba a reverberar una rumba colorida y caótica. Entre otros, estaban el coronel Aureliano Buendía; Melquíades; la gitana que cautivó a José Arcadio; el padre Nicanor Reyna; Simón Bolívar en su laberinto; Remedios, la bella; y Úrsula Iguarán. Eran alegres estudiantes de Santa Marta y Aracataca convertidos en personajes de Gabo. Hicimos amistad, fotos van fotos vienen, una y dos frías, y cuando menos pensé ya estaba dentro de la novela. Más y más gente, y el calor se nos pegaba a la piel en capas.

“¡Miedda, ese man no va a vení!”, dijo un cataquero cansado de esperar a Gabo bajo un sol agresivo y entre un sopor asfixiante. Eran las tres de la tarde, y el tumulto bullicioso, pegajoso, oloroso y apretado al lado de la estación era un solo cuerpo ansioso y casi derretido.

“Ahí viene... un asunto espantoso como una cocina arrastrando un pueblo”, hubiera gritado la lavandera de Macondo en *Cien años de soledad*. Sí. Llegó el tren y la algazara se prendió: música, bailes, saltimbanquis, zanqueros, vivas, empujones, ¡caribeñidad! Gabo no sabía cómo penetrar en semejante multitud, hasta que al fin pisó su tierra.

“¡Merce baja!”, le gritó a su esposa aún temerosa en el segundo vagón, el 2926. También aracataquizaron sus hermanos, el maestro Escalona y parte de la comitiva, mezcla de amigos del Nobel y de iguanas como siempre sucede. Empezó el apoteósico desfile.

Sin perderlo de vista seguí al carruaje tirado por un caballo, y justo en el corredor de los almendros me lancé en el momento oportuno. Con fuerza me abrí paso entre varios soldados de ningún pelotón de fusilamiento que custodiaban el coche, y cuando llegué al lado del escritor le grité: “maestro firmame el libro”, y entregué mi ejemplar de *Cien años de soledad* y un bolígrafo a Mercedes Barcha (“La Gaba”) quien se los pasó a su esposo. Entre la algarabía apenas alcancé a oír su pregunta: “¿cuál es tu nombre?”, le respondí y Gabo firmó con mi bolígrafo. Me devolvió el libro y le grité el gracias maestro. Nada del bolígrafo.

Sólo después sentí un dolor en mi pie izquierdo que me hizo notar que durante la petición del autógrafo una rueda del coche -que nunca detuvo su marcha, pues no lo iban a parar por un paisa metido- me pisó los dedos. “Qué importa” -pensé- “soy un cojo con dedicatoria de Gabo y quizá el único en el mundo en quien éste y su esposa descargaron sus humanidades montados en un carruaje por las calles de Macondo”. ¡Ah!, y creo que de los pocos a quienes el Nobel le ha robado un bolígrafo: el robado más orgulloso del mundo...

Con mis trofeos guardados uno en mi mochila, cinco en mi zapato y el bolígrafo en ninguna parte, atravesando un aguacero literalmente macondiano, a las cinco de la tarde regresé al litoral caribe. Estaba satisfecho: tenía el autógrafo, un exclusivo moretón en el pie y la ausencia de mi estilógrafo.

Además, por un rato fui parte de *Cien años de soledad*. Espero que Gabo me incluya en la próxima corrección de la novela; estoy dispuesto a hacer allí cualquier oficio: refrigerar agua para hacer hielo, cantar con Pietro Crespi, darle manivela a “la máquina múltiple que servía al mismo tiempo para pegar botones y bajar la fiebre”, y hasta comer tierra y cal con Rebeca Buendía. Tan sólo no aceptaría hacer la guerra con los coroneles Gerineldo Márquez y Aureliano Buendía; ni con nadie...

La montaña mágica

Junio 23 de 2007

Nunca he perdido la capacidad de sorpresa y admiración ante miles de objetos, personas y actitudes de este mundo regados por ahí sin que mucha gente los note. Si todavía me asombro con mis cerros de Medellín como el Nutibara y El Volador, ¿cómo no voy a extasiarme ante la Sierra Nevada de Santa Marta? Y aclaro, no es que ésta sea “mejor” que los primeros, simplemente es otra maravilla de la naturaleza y de su armazón: la geografía. Las comparaciones entre esencias diferentes no tienen sentido.

La Sierra Nevada de Santa Marta siempre ha sido para mí una mole misteriosa. Es una pirámide natural solitaria, que por un descuido se le cayó a Dios cuando la transportaba hacia otro lugar geográfico más acorde.

La Sierra es ajena a sus parientes los Andes que declinan al sur unos y al oriente otros, pues no es un descomunal empuje lateral del lecho del océano Pacífico hacia Suramérica como aquéllos, sino un colosal recogimiento del piso del mar Caribe hacia una parte norte del mismo subcontinente. Y así como es extraña su ubicación, es misteriosa y llena su vida interior.

Cuando camino por la playa juego a la ubicuidad dando un paso a un lado, pues del piso seco de todo un continente paso chapoteando al lecho de un infinito océano milenario que llega hasta los lugares más recónditos del mundo. En esos andares anfibios observo a la Sierra introducirse en suave caída dentro del mar Caribe, como gigantescos dedos que se refrescan en el oblicuo fondo marino cuyo borde comienza en el litoral. Sin embargo, no sé si el mar se trepa a la Sierra o si ésta se sumerge en el mar.

Los 17.760 kilómetros cuadrados de Sierra han albergado y contienen las mismas pasiones de la historia de Colombia, América y del

mundo. Sus capítulos empiezan en su pasado remoto con los tayronas y luego con los conquistadores españoles encabezados por don Rodrigo de Bastidas. Siguen en un pasado menos lejano con los koguis, kankuamos, arhuacos y wiwas. Continúan con la bonanza marimbera que originó ese monstruo llamado narcotráfico que le quebró el espinazo a Colombia; y terminan con su acontecer actual de sembrados de coca y amapola, de masacres y desplazamientos, y de apoderamientos guerrilleros y paramilitares. Historia marcada en todos sus momentos por una lucha parricida feroz: la del ser humano contra su planeta.

Pero a pesar de los golpes la Sierra sigue ahí, poderosa, prolífica y coqueta. Reinando exclusiva sobre toda la inmensa cuenca caribeña con su corona de seis picos blancos y sus verdes vestiduras reales, esperando amar a quien quiera amarla.

Los materiales celestinos de las relaciones buenas y malas entre los humanos y la Sierra son las aguas que ruedan peinando sus faldas, las que yacen abajo, y las que derrama el cielo; sus vientos que se arrebatan el aire entre sí; los astros vigilantes y vigilados; y cientos de verdes que ascienden, se descuelgan y descansan plácidos o inquietos. La Sierra es lugar de sinergias, alianzas, guerras, uniones y divorcios entre el hombre y su ambiente: cosmogonía, ecología, agricultura, religión, supervivencia, amor, odio, vida y muerte.

Doy gracias por amanecer todos los días entre los pies frescos de este gigantesco macizo sobrecogedor, que con su tamaño y riqueza me recuerda la pequeñez de mi materia y de mi espíritu.

En este instante, cuando camino por el límite de arenas cálidas donde la Sierra empieza a ser mar Caribe, agradezco mi fortuna de poder asistir a este espectáculo que no por cotidiano deja de ser grandioso: el encuentro de dos colosos que se miran y se besan, pero que también se arremeten con fuerza en algunas partes, mostrándose con respeto sus armas milenarias para evitar equívocos sobre la soberanía de cada uno en su espacio.

No pretendo demeritarla, pero la *Montaña mágica* alpina de Thomas Mann es sólo un promontorio, sin negar, eso sí, que es gran escenario de intensas vivencias profundas. La de aquí es manantial de sentimientos, alberga la magialidad real de Gabo y es la caja de resonancia de Carlos Vives y de los juglares vallenatos. En esta montaña nada nace



a medias. Por sus tres costados todo crece brutalmente, con furia y con pasión. Aquí la vida es más vida, la muerte más muerte y los sentimientos más sentidos. Por ello aspiro a que la Sierra no sea la tierra del olvido ni tampoco del recuerdo. Lucho para que la vean y cuiden como es: la respuesta planetaria permanente al acertijo de la vida.

Dos pueblitos

Agosto 4 de 2007

El uno queda en mi natal Medellín: el Pueblito Paisa, réplica de un pueblo antioqueño cuyos modelos originales todavía cuelgan de montañas o dormitan en valles. El otro queda cerca de mi recién adoptante Santa Marta: se llama simplemente “Pueblito”, o Chayrama en lengua de origen tayrona.

El uno está en el cerro Nutibara, colina en el centro del Valle del Aburrá de 80 metros de altura y a sólo mil de la importante calle San Juan, por la que pasan los silleteros con Antioquia auestas al frente de las sedes de los poderes públicos municipales, donde se inaugura la Feria de las Flores. El otro está dos horas a pie del brioso cabo San Juan de Guía sobre la costa Caribe, en la falda septentrional del cerro de La Cruz, distanciado tan solo por 260 empinados metros del inicio de la montaña mágica, la Sierra Nevada de Santa Marta.

Al primero se asciende fácil por una carretera en caracol entre eucaliptos, urapanes y modernas esculturas, y al segundo difícilmente por un escarpado camino de rocas construido por los tayronas hace 1.500 años, entre un exuberante bosque tropical y oscuros precipicios. Varias rocas son falsos peldaños, cuyo cloc cloc avisaba a los taimados indígenas antes, y anuncia hoy a los espíritus guardianes, la amenazante aproximación de hermanitos menores.

El primero contiene un típico pueblo paisa con capilla, casa cural, alcaldía, escuela, barbería, granero y plaza central con fuente de piedra, construidos en tapia pisada y con algunos materiales tomados del viejo pueblo de El Peñol, inundado por el embalse Guatapé en el oriente antioqueño.

El segundo contiene avenidas construidas con grandes lajas, empinadas escaleras de rocas, vestigios de puentes y acueductos, y terrazas

hechas con piedras para centros ceremoniales, cultivos y viviendas habitadas por cerca de 3.500 personas desde el año 500 al 1500 después de Cristo.

El uno tiene 39 años y el otro casi 1.500.

Al primero lo conocí en 1978 cuando fue inaugurado, aunque desde los cinco años ascendí al cerro Nutibara. En ese entonces éste sólo tenía como atractivos un mirador, algunos juegos infantiles y “La Madre-monte”, escultura de José Horacio Betancur de concreto patinado, a la que trepábamos para jugar y confundirnos con los animales míticos petrificados en ella, hoy habitante del Jardín Botánico de Medellín. A *Pueblito* lo conocí hace pocos días, durante un viaje al parque Tayrona.

Ambos están relacionados con nuestros aborígenes. El primero, por el nombre del cerro que lo acoge en su cima alusivo al cacique Nutibara, y por estar ubicado en el valle habitado por el subgrupo los aburraes, aniquilados o desperdigados por los conquistadores. El segundo, *Pueblito*, construido por los tayronas, cultos y grandes orfebres y navegantes; de quienes fue su asentamiento clave cerca del mar Caribe, apoyo para las poblaciones de media y alta ladera de la Sierra, que se proveían allí de productos marinos y costeros. Posteriormente fue incendiado por Pedro Fernández de Lugo durante una de sus expediciones conquistadoras.

Ambos pueblos entonces sufrieron el mismo desarraigo y dolor, como también ambos tienen raíces comunes, pues los indígenas de Antioquia han sido clasificados dentro de la familia lingüística Caribe, que a su vez es Chibcha.

Otros hablan de influencia centroamericana y chocó en las lenguas de las zonas montañosas de Antioquia, pero de todas maneras aquellas también tienen sus orígenes remotos en la gran familia Caribe, que se adentró en casi todo el territorio de lo que hoy es Colombia. Cachacos y costeños tenemos pues origen caribe, lo que ayuda a ir conociendo y formando la real identidad colombiana a pesar de las ramificaciones meramente costumbristas acentuadas por el tiempo, el clima y la política.

Mi Pueblito Paisa fue recientemente renovado y engalanado, y por estos días está de fiesta con la Feria de las Flores. *Pueblito*, el tayrona, se mantiene conservado, no sólo en su parte material, sino en la magia de su ambiente, en el cual se respira una paz idílica y extraña. Entrar en él es como meterse en una cápsula donde el tiempo se detuvo, y sorprende la sensación de placidez, espiritualidad y energía que genera, entre las trémulas sombras y luces proyectadas por sus altos árboles al vaivén de los vientos; hasta se le olvida a uno la real convulsionada Colombia de hoy, que es pesadilla cuando se recuerda allí, pero bello sueño cuando se desciende y se toma conciencia de que aquello también es nuestro país.

Dos pueblitos consentidos de casas pequeñas, dos antagonismos sin-sentidos por cosas pequeñas, dos épocas, dos culturas, un mismo pasado remoto, un mismo dolor, una misma alegría, una sola historia, un solo territorio bajo la luz del mismo cielo que un día nos vio nacer, una sola nación con un destino común lleno de esperanzas nacidas de la misma alma enferma de tanto padecer.

Fábula de los cuatro hermanos

Noviembre 17 de 2007

Primero estaba el mar
Todo estaba oscuro
No había sol ni luna ni gente ni animales ni plantas
Sólo el mar estaba en todas partes
El mar era La Madre
Ella era agua y agua por todas partes
Y ella era río, laguna, quebrada y mar
Y así ella estaba en todas partes
Así primero sólo estaba La Madre
Se llamaba Gaulchovang.

(Fragmento del Inicio de la creación en la cultura Tayrona, tomado de la tradición oral de sus descendientes, nuestros hermanos mayores los koguis, pueblo indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia).

Hace mucho, muchísimo tiempo, en el año 2007, cuando el Hombre aún se creía el rey de la creación, el Agua se cansó de los atropellos de aquél contra su integridad y decidió actuar. Sabía que sola no podría defenderse y que necesitaba aliados. Entonces recurrió a su hermano el Aire.

“Hermano Aire”, le dijo, “tu y yo hemos compartido siempre el planeta, en especial cuando vestido de viento me paseas en tu regazo, ¡ayúdame!, el Hombre me está acabando y todos pereceremos”.

El Aire le respondió: “Sí, pero necesitamos al hermano Sol, que aunque parezca tu enemigo nunca te ha destruido, sólo juega contigo y te transforma en vapores que ascienden por entre mi cuerpo; ¡hablemos con él!”

Para el Agua no era fácil recurrir a alguien que la secaba y desaparecía, pero pensó: “en verdad el Sol nunca me ha destruido, simplemente bromea transformándome y como un mago me reaparece en otro sitio”.

“¡Hermano Sol!”, lo llamaron en una mañana luminosa cuando éste apenas se despertaba por entre las montañas, “¡queremos conversar contigo!”. El Sol se dibujó en su redondo cuerpo una bostezante sonrisa cálida, y expresó: “Bien, hablemos ya, pues dentro de poco estaré lejos, arriba en la bóveda celeste, y tendremos que gritar mucho para escucharnos, luego me iré al final de la tarde cuando termine con este día”.

El Agua y el Aire le contaron su grave preocupación y fraguaron un plan entre los tres: el Agua atacaría al Hombre, no para destruirlo sino para hacerle ver el daño que estaba causando.

Y comenzaron: por varios flancos el Agua embistió directamente; el Sol la propició convirtiéndola en nubes y calentando las cumbres nevadas; y el Aire la transportó en sus cuatro vientos para que arremetiera fuerte.

Entonces, el Agua empezó a precipitarse en lluvias torrenciales; a deslizarse estrepitosamente para romper las venas de los ríos usurpadas por el Hombre, ocupando sus casas y tapizando valles y llanuras; a horadar la tierra desmenuzándola para fabricar un lodo que con sus garras atrapaba pueblos, vías y cultivos; a encrespase en altas montañas de olas que arrasaban las costas de los siete mares. Con su ropaje de aguaceros, huracanes, avalanchas y tsunamis le tuvo que recordar al Hombre su necesaria y vital autoridad de Madre.

¡Y fue desastre! Confundido, el Hombre luchó frenéticamente: “techos más fuertes, barreras, subir hacia lugares altos, los científicos ¿dónde están?, ¡qué investiguen!, ¿calentamiento global?, ¿desarrollo insostenible?, ¿es el sol?, ¿el agua?” Caos total. Murieron muchas personas, cultivos perdidos, ciudades arrasadas, enfermedades, desolación...

Al igual que sus antepasados de la prehistoria, el Hombre culpó a los dioses y al fatal destino; “¡inada qué hacer frente a la naturaleza!” Sus dirigentes reconocieron su impotencia y se dedicaron a mitigar daños, pero no a planear defensas para más ataques ni mucho menos a buscar las causas reales de la furia del Agua.

Luego, empapado y derramando gotas, el Hombre recordó su mejor defensa: el conocimiento, y con éste empezó a comprender. “¡Había sido él mismo!, abusando del Agua generosa y clara, secando la vida, agujereando el frágil velo de Aire que lo protegía del componente mortal del Sol, ¡buscando vida matando vida!”

Sin embargo, como casi siempre, el Hombre se quedó en inteligentes estudios, preocupaciones, películas, libros, conferencias, protestas de unos contra otros y de otros contra unos, cantos a las banderas, y bla-bla-blas. ¡La irracionalidad del ser racional de la tierra!

“¡Ja, y tú eres el rey de la creación!”, exclamaron irónicamente Agua, Aire y Sol, “en buenas manos estamos, pero nunca es tarde, ¿por qué no te callas?, ¡actúa ya!”

Así, comprendiendo y actuando, fue como el Hombre se salvó de un fin muy anticipado y seguro. Hoy, en el año 4007, Agua, Aire, Sol y Hombre como cuatro hermanos viven felices mojando, refrescando, calentando y comiendo perdices.

Moraleja: “La Ley de Origen debe ser respetada con el fin de preservar el equilibrio y asegurar que la vida no termine, para que haya armonía verdadera entre el día y la noche, el frío y el calor, verano e invierno, hombre y naturaleza, y entre todos los hombres” (Declaración de los arhuacos ante la ONU, 1993; “Historia Indígena de la Sierra Nevada”, Proyecto Gonawindua, Centro de Documentación Corpamag, Santa Marta, Colombia).

Escabredón

Marzo 31 de 2007

En estos días abundantes de idioma Español y de consenso sobre su riqueza y sobre el prolífico aporte que le ha dado América a la lengua de Cervantes y Saavedra, de García y Márquez, y de usted y yo, se nos alborota el reflexionario de nuestro idioma.

Dicen que es un organismo vivo, que nace, crece, se reproduce y muere permanentemente. Es lógico, pues todas las cosas del mundo -de las cuales se ocupa el idioma- nacen, se descubren, se inventan, permanecen, se transforman, se intensifican, se debilitan y se terminan. Y no sólo las cosas materiales, sino también las espirituales, como los sentimientos, las creencias, las teorías, las tendencias, las emociones y otras realidades espirituales, regionales y universales.

También dicen que el Español es opulento, pues está lleno de miles de vocablos para referirse a miles de cosas. Es cierto. Sin embargo, a veces me pregunto si todo lo que existe en el mundo, en especial en el que más cerca nos rodea, tiene nombre en Español. ¿Para que algo exista necesita de un nombre? No, pues precisamente todas esas cosas que van apareciendo o transformándose van siendo bautizadas. Es un orden lógico. Pero el proceso puede darse al revés, aunque suene delirante: crear una palabra y luego asignarle un objeto. Yo he jugado a eso y es divertido, creador e interesante.

No es que haya hecho carne del verbo, pues Dios me libre del peso de tener alguno de sus poderes, pero hay sonidos, consonantes con vocales, mosaicos de letras endulzantes del oído, que sería una pena se desperdiciaran por ahí sin dueño. Confunde mucho un objeto sin nombre, pero es peor un nombre sin objeto.

Una de las grandes angustias de quienes escribimos es no encontrar la palabra adecuada para lo que deseamos expresar, en especial cuan-

do se trata de sentimientos o de adjetivos, pues es más difícil definir lo que nace del alma que lo que está ya en la tierra y se puede tocar. Sin embargo, tarde que temprano lo encontramos. Incluso, como lo afirmé antes, hay algo más sorprendente que se puede lograr con el idioma: inventar un nombre para un objeto inexistente o para un sentimiento no sentido. ¿Si hay gente que inventa cosas nuevas, extrañas máquinas y tecnologías antes insospechadas, por qué ha de ser menos atrevido inventar nombres solos, sin respaldo material o espiritual?

Para algunos no tendrá sentido, pero sí lo tiene para quienes gozamos con la musicalidad del idioma, creemos en su poder creador y transformador, y lo tomamos como un arte en sí mismo y no simplemente como un instrumento (aunque claro que también lo es, y muy poderoso). Es como un espejo en el que primero se ve una imagen reflejada, y luego, producto del reflejo, nace la imagen misma. Es bonito y puede suceder. Por eso le creo a Daniel Samper Pizano cuando dijo que el lunes anterior en Cartagena, Gabo se elevó doce centímetros del piso del escenario al confesar su sorpresa cuando se dio cuenta del poder descomunal que pueden tener 28 letras y dos dedos.

En la adolescencia es cuando más irreverente se es con la lengua. Es una edad sin barreras, ¡y el idioma enseñado por los profesores sí que es menos escollo! Por el contrario, la rebeldía hace que reaccionemos contra esas enseñanzas petrificadas de las aulas y de los adultos monótonos. Eso está claro en las jergas, en su gran mayoría inventadas por jóvenes de diversos estratos y ocupaciones. La adolescencia y la juventud en general son las edades más fértiles para el idioma, pero son palabras que mueren rápido con los años de sus creadores, aunque algunas van quedando y se immortalizan. El “Parlache” de Medellín es una muestra.

Recuerdo en mi adolescencia palabras como “escabredón”, “canorte”, “esternicandibleva”, “hermanoloide” y muchas más que no sé si yo inventé o escuché por ahí, para no mencionar aquellas palabras que trasladaba de un objeto a otro, ejercicio este muy común, en especial en jergas o seudojergas cifradas donde por alguna razón se quieren esconder las expresiones pidiéndolas prestadas de otras acciones u objetos.

Muchos hemos inventado palabras. A veces les damos hijos reales y a veces quedan vacías de materia pero llenas de espíritu. Es decir, de

todas maneras llenas. Ahora que los académicos de la lengua vinieron a decirnos que el Español está vivo, que no debemos ser tan rígidos, que hay libertad y que es una creación colectiva, podríamos empezar a desaparecer las “comillas” y la forma *cursiva* de las palabras cuando las usamos para expresiones dudosas o novedosas o prestadas de otra lengua.

Los modismos regionales, por ejemplo, son la parte del idioma más pura que existe, pues viene directamente de la fuente necesaria, lo cual la hace más espontánea, sonora, expresiva, y, en una palabra, humana. La región Caribe es la mayor fábrica de palabras y expresiones de Colombia. Hoy, que recién empiezo a vivir en el Caribe, salgo a la calle y es como si abriera un fascinante diccionario fonético ilustrado y oloroso.

El idioma es entonces manantial, vida misma, creación, y no sólo una ayuda para describir las realidades de la vida. Con el solo idioma se construyen cosas, se hace todo un mundo ideal pero no por ello inexistente. Quizá ese sea el realismo mágico de García Márquez, eso y muchas cosas similares, pues nadie puede decir que tiene elaborada su definición única a pesar de que tanto se habla de esa combinación dual de palabras.

Las palabras aguantan lo que sea: los objetos más alucinantes, las acciones más descabelladas, las emociones más difíciles... La frontera donde termina la realidad física y espiritual, y comienza la realidad idiomática -¿la mágica?- a veces es difusa. Es más: quizá ni existe...

El idioma de las cosas

Abril 7 de 2007

No perdamos la costumbre que se inició con las recientes fiestas del Castellano en Medellín y Cartagena. Es apenas justo y muy productivo que por épocas nos refiramos al idioma con el idioma. ¡Ese idioma!, tan humano que es la forma de expresar los latidos de nuestras almas.

Pero también podemos hablar de la manera como todos los objetos del mundo se expresan ante nosotros. Se trata de un idioma que también es humano, pues aunque nazca inerte, de allí hacia nuestras mentes se vuelve humano en cada traducción individual y colectiva cuando hace contacto con los sentidos. Es el idioma natural, el primer idioma que el ser humano escuchó.

No recuerdo quién habló o escribió sobre “el alma de las cosas”, pero la sola expresión es hermosa. Acá me referiré no al alma sino al idioma o lenguaje de las cosas, que de todas maneras nace de su alma. Cómo se nos manifiestan y nos dicen sobre su esencia, y cómo impactan en nuestras almas y mentes al relacionarse con los sentidos y crear sentimientos. Es una forma de definir la vida.

El idioma de las cosas es universal pero, como siempre, la interpretación es según el cristal con que se miren, palpen, sientan, saboreen o escuchen aquéllas. Por nuestros sentidos nos pasa el idioma de las cosas, y es discernido por esos sentidos que tejen un tamiz creado por fibras de la pequeña historia y la genética de cada ser humano.

Por ejemplo, el mar -mi interlocutor ya, al momento de escribir estas palabras- habla con suaves murmullos cuando está calmo, y con estruendosos gritos y rugidos cuando está bravo. Igual sucede con el viento, su compañero y motivador permanente que lo tiene a su merced, exaltando o serenando sus ánimos a su antojo. También la capa terrestre viva, con ropaje de lecho marino encima, a veces grita levantándose para enfurecer al mar marejándolo.

Pero el mar también se expresa con su olor y sabor salinos -lo huelo y pruebo-, y con sus azules y verdes difuminados convierte en oídos nuestros ojos -lo oigo y veo-.

Los alimentos hablan con sus olores, sabores y colores. Cada uno nos invita o nos rechaza. Las montañas nos dicen si son altas o lejanas con azules, y si están cerca con verdes. También con intensos verdes nos expresan la alegría de estar vivas pero si mueren nos lamentan su agonía con ocres. Lo mismo sucede con las llanuras.

Con sus blancos o con sus claros variados, una hoja de papel y una pantalla nos llaman para que las tatuemos con símbolos o dibujos; claman para que les demos vida con el uso. ¡Bébeme!, dice el agua cristalina y limpia, y ¡recházame!, se queja el agua turbia a la vez que nos recuerda nuestro descuido por la naturaleza, esa gran academia de la lengua universal.

¿Y quién no ha escuchado el grito desesperado de los titulares de los últimos periódicos que quedan colgados o puestos en los percheros callejeros de las esquinas, bajo el sol del medio día?: “cómprame, tengo muchas cosas para contarte”.

Las flores nos ordenan que nuestros corazones se abran y los atardeceres que se llenen de melancolía. Hay amaneceres que nos ordenan levantarnos a unos, pero a otros a quedarnos acostados, según el día que creemos nos espera.

¡Mete las manos en tus bolsillos, hazte bajo un techo y, quizá, ponte triste!, nos exige la lluvia. Y el radiante sol casi nos suplica que debemos salir al campo, sonreír y agradecer la vida.

En fin, todo tiene algo para decirnos y contarnos, a veces nos invita, a veces nos ordena y a veces nos golpea sin dejarnos optar por alguna acción autónoma. Todo se expresa en un idioma propio para cada persona que lo oye.

El idioma de las cosas está en cada mente y nace del apareamiento entre cada objeto y cada espíritu. Es infinito. Sus letras son átomos, células y moléculas. Sus palabras son impresiones aisladas que inquietan nuestras almas. Sus frases y textos son sentimientos que modifican nuestra mente y nos hacen comportar de cierta manera.



El idioma de las cosas es nuestra relación con el mundo que nos rodea. El lenguaje de las cosas sólo se calla cuando morimos, y quién sabe si de alguna manera algo escuchemos desde esa oscuridad sorda e incierta que nos espera a todos. Quizá la muerte sea eso: el silencio total de las cosas; o quizá sea mejor otro idioma diferente, aún virgen para esta dimensión de colores, sabores, sonidos, alegrías y tristezas.

Los dejo, el mar insiste en contarme historias, mi mar me mima...

Abra palabra

Septiembre 1 de 2007

Allí en vivo, en una reverberante pócima de mitos y leyendas, mientras la Muerte alegraba una flauta, estaban el Hojarasquín del Monte, la Patasola, la Llorona, la Gaitana, la Mancarita, Bachué, la Madre-monte, el Sombrerón, el Gritón, el Pateguadua, las brujas, los duendes, la Muelona, las hadas, los horcos y el Mohán.

Fue hace poco; desde las siete de la noche en la oscuridad de un bosque del parque Tayrona, cerca a la furiosa playa de Cañaveral y bajo algunos truenos tardíos, rescoldos de una tormenta que azotó aquella tarde esa porción de la costa Caribe colombiana. ¡Los efectos especiales naturales estaban listos!

Ante el temor por el desplome de otro diluvio, nos sentamos en el piso de un quiosco del bosque, lo cual no disminuía la sensación de estar directamente bajo los gigantescos caracolíes, guáimaros, macondos, caneys, arizas y guayacanes, entre palmas de vino, techarís y bejucosas; con la ayuda del olor a tierra caribe mojada y a fronda húmeda, del eco lejano del estruendoso océano arremetiéndose contra las rocas precámbricas, y de las voces de los ocultos habitantes del bosque que rompían el cercano silencio expectante.

Atraído por la luz de las velas de vez en cuando llegaba otro público, como aquel saltamontes verde gigante -allí todo es desproporcionado- y bichos y avechuchos en son de paz y de curiosidad por el espectáculo.

Era un grupo de actores estudiantes de la Universidad de Caldas que hizo una representación allí. Usualmente lo hacen de noche en los bosques para revivir mitos y leyendas e inculcar el cuidado por la naturaleza, pues son dos valores íntima y felizmente relacionados.

Cada uno de esos mitos e historias tiene su explicación clara. No son meramente anecdóticos sino profundos e inteligentes; responden al instinto de conservación del ambiente natural, de la identidad colectiva y de nuestra existencia como nación. Es la manera como el pueblo desde nuestros prístinos indígenas grita su realidad: necesidades, creencias, historia, dolor y temores. Es un folclor que descubre el alma colectiva tatuada de cicatrices curadas por esperanzas.

El pueblo más puro protege la naturaleza también con la imaginación y con la palabra. Perpetúa sus creencias y su identidad para que las culturas no mueran. Explica lo inexplicable por medio de sus propias explicaciones sabias. La palabra heredada jamás nos dejará perecer así tenga que usarse a veces para narrar la muerte violenta apresurada, ya no mítica sino real.

La palabra es el alma de los pueblos exhalada en bocanadas de aire por entre los labios, luego de ser fabricada por garganta, paladar, lengua y dientes; o escrita por manos fecundas en cualquier superficie.

Sentí mi humilde levedad pero también el poder de la palabra en ese sano aquelarre sin sangre de gatos negros, y endulzado con aguapanela arhuaca tibia, entre la exuberante sinfonía salvaje que brotaba de instrumentos musicales naturales: árboles, brisa, animales insomnes, truenos y olas marinas.

Ver de nuevo aquellos personajes coloridos, sonoros, danzantes y mágicos, que aterrorizaron mi niñez al desfilan por mi mente baldía, fue haber redescubierto la realidad real de ese rico mundo de sueños, temores y tinieblas adherido a la biomasa. De ese mundo que me nació en los campos de mi Antioquia natal desde abuelas, campesinos y cuenteros. Recreé ese mundo con diferente corazón y distinta piel y lo comprendí plenamente, más allá de simples y necios cuentos de miedo.

Un duende saltarín le puso su sombrero a Simón mi hijo de seis años, mientras que a Tomás de diez la Madremonte le regaló piel mojada de bosque. Todos interactuamos con los espíritus de la selva para recordarnos mutuamente que estamos vivos y que debemos proteger la vida con la palabra viva.



Entre disparos y torturas, sobre enterradas minas antipersonas y personas enterradas furtivamente, y a pesar del dolor por dentro, estas cosas siguen pasando en mi Colombialma. Ese apegamiento y ese clamor popular por la vida han impedido que desfallezcamos aun siendo una nación a punto de perecer todos los días.

El puente que no existe

Julio 14 de 2007

(A Mary, Anita, Clara, Jaime y Juan)

En un lugar del oriente antioqueño de cuyo nombre no quiero acordarme para que no exista, existe un puente que no existe. Coqueto y pequeño en una patinada batea andina, sus piedras reforzadas con cemento se arquean sobre un helado riachuelo tan cristalino como una verdad itinerante.

Allí varias veces esperé a la Llorona, en mi jubilado oficio de cazafantasmas. No era la caribe Llorona Loca con un tabaco prendido en la boca del maestro José Benito Barros, que sale en una calle de Tamalameque, y cuya caza tardía sólo me dejó urticantes recuerdos de mosquitos criados en las sobras del reciente banquete pantagruélico que se dio el río Magdalena. Era una modesta Llorona paisa que no existía por ser huérfana de canción.

Por el puente pasaban campesinos enruanados, invisibles por las sombras que duplicaban a los sauces, acacias y eucaliptos ribereños. Allí gocé de agradables veladas arrullado por un murmullo mudo de aguas que nunca volverían; sonido tan natural y tranquilo que casi sólo escuchaba cuando me marchaba, y que hoy la saudade me destripa.

El callado hola y adiós de las aguas al discurrir, sólo era encubierto por esporádicos ladridos de cuatro o siete perros lejanos, por uno que otro currucutú sonámbulo, y por nuestras canciones desentonadas y entonadas conversaciones. Eran veladas de amigos y amigas que sí existíamos porque nos queríamos.

¿Cómo es que pasaban esas cosas en un puente que no existía ni existe? Es fruto de las formalidades modernas y de las normas legales, que hoy son las que deciden qué existe y qué no existe violando todas las leyes físicas y naturales.

Explico: el puentecito queda en un terreno que, en ejercicio de mi profesión de abogado, dividí en tres lotes, pues se trataba de una copropiedad. En la partición los tres condueños decidieron que una punta del terreno, separada del resto por una corta servidumbre carreteable que termina en el puente, quedara propiedad de nadie. Por tanto, los tres lotes subdivididos llegaban sólo hasta el borde del camino viejo con su puente. Al hacer el registro inmobiliario quedaron entonces por fuera de éste la porción triangular de terreno, el camino, el puente y mis vivencias en éste. Todos quedamos sin matrícula inmobiliaria, sin existencia jurídica, sin existencia...

En las notarías me impresiona ver a las personas de cierta edad que llegan allí para averiguar si aún existen, y cómo los funcionarios dan fe de ello al expedir el absurdo certificado de supervivencia. Comprobación ésta poco eficaz, pues no he visto a estos Santo Tomas meter sus dedos incrédulos en las llagas de los candidatos a existir, habiendo tanto fantasma etéreo flotando por ahí.

Es que hoy nuestra existencia depende de la ley, y también de lo que tengamos, del poder que poseamos, del origen. Nuestro lugar en la sociedad no nace de nuestra condición de homo sapiens; el cupo proviene de externalidades que son las que nos hacen visibles. Los invisibles somos lo que llaman pueblo, masa, sociedad civil; sólo visibles y reales cuando nos necesitan para algo, como votar, protestar, marchar, comprar, matarnos, censarnos, encuestarnos.

Por eso nadie sabe cuántos desplazados hay, pues no tienen cédula de ciudadanía ni casa. Por eso no hay certeza sobre nuestros indígenas, que sólo existen cuando dejan de serlo y empiezan a disfrazarse en vez de vestirse. Por eso los niños no son tenidos en cuenta, pues tampoco tienen cédula de ciudadanía y son humanos en obra.

A veces, cuando veo la mezquina condición humana, la injusticia de nuestra sociedad, su crueldad, su hipocresía, su corrupción, y alcanzo a vislumbrar su esqueleto de huesos carcomidos, pienso que es mejor no existir para no hacer parte de ese lodazal. No existir, en la sociedad ni para la sociedad, sino para uno mismo y para quien uno quiera: la gente que ama y lo ama.

Soy un buscador de puentes que no existen, para vivir allí con quienes amo y me aman; no muchos, pero suficientes para cantar desento-



naciones y entonar conversaciones sobre la vida real: la que no existe. Me basta y sobra con un sahumero de éter caribe que felizmente hoy me entra por boca, narices y alma apurado por los alisios y por el mosaico de climas de la Sierra.

El palmaricidio

Diciembre 15 de 2007

Quienes conocen la playa de El Rodadero en Santa Marta, saben que está sembrada de numerosas palmas o cocoteros a lo largo de toda su extensión. Quienes no la conocen ya les conté. Estas palmeras son uno de los mayores atractivos de esta playa así algunos exageren que está llena de carbón, aunque sin desconocer que requiere varias intervenciones de diversa índole para volver a un pasado más esplendoroso, y llegar a un futuro de certificación como playa competitiva para el mundo del turismo. Playa, además, bien diferente a otras de mayor “alcurnia” hoy como la de Bocagrande en Cartagena, donde por metros el único verde que se ve es algún bañista hinchado del Nacional.

Resulta que hace una semana muchas de esas palmas iban a ser cortadas unas y dizque trasplantadas otras. El argumento oficial que circuló era que estas especies *Coco nucíferas* deben estar más separadas, pues tanta cercanía entre ellas impide la aireación de la arena y produce malos olores.

La teoría fue expuesta por una funcionaria del Dadma, Departamento Administrativo del Medio Ambiente. Pero no sé qué tan cierta sea para el caso, pues conozco muchas playas con palmas incluso más juntas que las de El Rodadero cuyo olor no es diferente al aroma caribe mezcla de cocoteros, arena y mar.

Lo que sucede hoy en El Rodadero es que por falta de baños públicos y ante la incultura de mucha gente, en especial de turistas, dichas palmeras sirven de amparo para expulsar aguas mayores, sobre todo cuando se incrementa el consumo de cerveza fría en las tórridas tardes y noches samarias.

Así pues que para “los genios” de marras la solución era cortar las palmas. ¡Qué tal! El viejo cuento del gringo que vendió el sofá en el

que sorprendió a su hacendosa *wife* con el amante para impedir más infidelidades.

Típica medida colombiana: no meterse con las conductas erradas ni sus causas, sino con los objetos que se usan para facilitarlas. Es el mismo caso de prohibir parrilleros e incluso motos para que no asesinen, como si ya no hubieran matado en tenis, en monareta y hasta en burro, como sucedió hace poco acá en la costa Caribe.

Siguiendo la lógica del sofá, en lugar del “palmaricidio” como se le llamó en Santa Marta (o “malparicidio”, y me perdonan el término pero esa bestialidad no da para más), es decir, cortar las palmeras que reciben los certeros chorros de agüita amarilla, sería mejor medida entonces cortar el adminículo generador del chorro. Es más aleccionador, justo para la naturaleza y eficaz para la higiene. Y hasta de paso sirve para disminuir la explosión demográfica...

De todas maneras, publicó la prensa que tras la tentativa de “palmaricidio” están algunos hoteleros ubicados en la playa porque las palmas tapan la vista al mar de las habitaciones de los primeros pisos. No quiero creerlo, aunque en Colombia estemos y motivaciones de tal índole conozcamos.

Pero pueblo sí tenemos, y ante la inminente barbaridad la bien parada defensa popular alcanzó a tapar lo que hubiera sido tremendo golazo en fuera de lugar ordenado por la Capitanía de Puerto, que debió desistir de la medida, entidad por demás sin jurisdicción sobre la flora playera no inmersa nunca en al mar. De gran valor fue la actitud de varios vendedores y arrendadores de carpas que se encadenaron a los cocoteros (conducta esta que en Colombia resultó más efectiva que la acción de tutela), y hasta se aguantaron las ganas de hacer pipí mientras estaban allí defendiendo la integridad de la patria a costa de la suya.

Al paso que vamos también se prohibirán entonces los cuchillos para que no apuñalen a nadie, los fósforos para que los pirómanos no incendien los bosques, los carros para que los borrachos no se accidenten, los aviones para que no embistan edificios, los congresistas para que no se metan en la parapolítica, los jueces para que no prevariquen, los ciclistas para que no se dopen, los árbitros para que no se dejen comprar, las paredes para que no les pinten grafitis, los contratos

públicos para que no serruchen, las calles para que no tiren basura en ellas, y el aire para que no lo ensucien con chimeneas y humo de cigarrillo. ¡Ah!, y también secar el mar para que no lo contaminen.

También deberían prohibir los periódicos para que no se viole o exceda la libertad de prensa, ni maduren contra-natura y a la brava aguacates y guineos verdes. Y por último, habrá que prohibir libros, periódicos y la Internet para que no se publiquen escritos tan groseros como este...

Santa Marta y san carbón

Septiembre 29 de 2007

Gran daño está causando a Santa Marta y sus alrededores el transporte y embarque de carbón desde hace varios años, pero el tema está siendo muy mal manejado en los últimos días, en especial por algunos medios de comunicación y columnistas. Estos asuntos se deben tratar con pleno conocimiento de la realidad y bajo las luces de estudios científicos, estadísticas y análisis socioeconómicos, pues los comentarios ligeros producen daños colaterales peores.

Por desconocimiento, intereses o simples ganas de figurar con efectistas títulos y contenidos, algunos columnistas y comentaristas de radio irresponsables han exagerado sobre el tema: “La bahía más hermosa de América pasó a ser la bahía más sucia de América” expresó uno, mientras otro tituló “Playa, brisa, mar... ¿y carbón?”, y no faltó quien hablara de “la perla negra”. Muy ocurrentes y sugestivos títulos, pero mentirosos y perjudiciales para una población que sufre las consecuencias de esta mala prensa, pues deriva su precario sustento de los turistas que pueden espantarse ante los falsos comentarios.

Los problemas no se pueden tapar y deben discutirse abiertamente, pero con seriedad. Uno lee esos titulares y se imagina laaaaargos tapetes negros de playas, lo cual es mentira. Es cierto que hay un problema de contaminación que se debe resolver ya, pero la forma de pedir su solución no puede causar más daño.

Playa, mar, brisa y montaña mágica de Santa Marta continúan y seguirán formando un bello paraíso dorado, azul y verde, más limpio que muchos otros con mayor postín nacional e internacional. Cualquier turista puede venir hoy a disfrutarlo sin peligro, a pesar de esa contaminación por carbón que, sin desconocer su gravedad, es aún casi

perceptible sólo con aparatos especializados, y en pocos sectores de ese inmenso litoral donde imperan arenas coralinas, agua y aire sin usar.

Carbón y turismo pueden cohabitar con un buen manejo y a un costo incluso menor que el actual, como sucede en varias partes del mundo, pero los colombianos somos expertos en opinar y diagnosticar desde lejanos escritorios desconociendo la realidad, sin aportar nada y agravando las cosas, en especial en un sector tan sensible a los rumores como el turismo.

Y no es un asunto sectorial ni meramente regional. Se trata de un tema de ciudad y país en el que hoy se trabaja con voluntad e inteligencia. Ya se plantearon, estudian y hasta ordenaron soluciones: vía férrea y carretera exclusivas para el carbón apartadas del corredor turístico, transporte directo en bandas encapsuladas, carboconductos (lo ideal, pero altamente costoso), un solo puerto carbonífero y otras medidas de diversa índole que tocan integralmente la problemática.

Para cristalizar por fin un feliz desenlace, se busca rápidamente -y se está logrando- que en primera instancia estas obras tengan un cierre financiero, comprometiendo y utilizando dineros públicos y privados recuperables. Aunque suene simple, se trata de hacer unas obras, mejorar la movilidad y cumplir las normas ambientales, tomando medidas transitorias para el corto plazo y recuperando la confianza perdida entre los actores.

Pero más allá del carbón, este caso desnuda otro más profundo que requiere una urgente intervención nacional real y no sólo de discursos y promesas: la deficiente infraestructura vial y portuaria marina y aérea que sigue teniendo Colombia para afrontar el TLC, a pesar de advertencias que datan de hace 15 años. Incluso, no cabe duda de que el histórico puerto descubierto por los tayronas y luego por Bastidas en la hoy “cenicienta” (para algunos) Santa Marta, le lleva una inmensa ventaja a muchos otros del país y del mundo, en especial en el manejo limpio de la carga y el embarque de carbón; ¡qué paradoja esto último para tantos críticos paracaidistas!

La solución también pasa por repensar una ciudad-nacional con inmenso futuro como lo es la Perla de América (perla blanca ayer, hoy

y por siempre), con carencias en movilidad, servicios públicos, ordenamiento territorial, ciudadanía y dirigencia, en lo cual también ya se trabaja para beneficiar no sólo al turismo sino a toda la ciudad y al país.

No sólo hoy sino por siempre los turistas pueden venir a Santa Marta y a sus playas con la seguridad de encontrar un disfrute limpio y saludable, siempre y cuando se controle la contaminación que entre otras cosas no sólo proviene del carbón, pues hasta electrodomésticos y basura *made in* todo el país se encontraron en una reciente jornada de limpieza marina en Santa Marta y en muchas playas de Colombia y del mundo.

En la ciudad donde murió Bolívar no hay pues tales playas de carbón ni tal mar negro, ni tal aire enrarecido y dañino como el frío que dañó los pulmones de El Libertador en el interior de Colombia. Eso podría pasar en un futuro, pero no sucederá si seguimos buscando la solución y si los turistas siguen viniendo en procura de su descanso y del desarrollo de esta tierra.

Hay que conocer muy bien el poder de la pluma cuando se escribe públicamente, en especial con papel carbón multiplicador. Hay vendedores cuyas familias comen diariamente con una o dos ventas mínimas a un turista. No pretendo ser melodramático, pero Dios perdone a periodistas y columnistas amarillos si un niño samario no encuentra qué comer en estos días a costa de aplausos ajenos para un negro y contaminante título “ingenioso”.

Ja, ja y doble ja, el humor es fundamental pero hay que saberlo usar en forma proactiva. Cof, cof y doble cof, me voy ya para la playa de El Rodadero a bañarme en el mar para quitarme esta tos y estas ronchas causadas por la ignorante o envidiosa o interesada mala leche.

Paraperorata

Junio 16 de 2007

Para parar paralelamente la parapolíticamilitar y la parapolíticague-
rilla prepotentemente paradas por su poderosa parafernalia pérfida y
podrida parece posible un parangón por parte del Presidente, pues el
parecido entre esas pandillas es paradójico pero patente y proverbial
y por eso pidió los parabienes de los países poderosos propiciado por
el primer personaje de París producto de un parto prematuro, pecu-
liar y politiquero. Para paliar la presión proveniente de la petición del
público paisano y planetario posteriormente el Presidente paisa puso
al principal preso por fuera de la prisión, lo cual por lo pronto le per-
mitirá poder parecer al poder político principal como propiciador de
la paz, así el premier paraguayo pretenda parar el proceso pues pide
al perico de los palotes para que pague su pena mientras su pern-
ciosa parranda de paladines parlanchines prosigue parapetada en el
páramo pensando pensamientos para proveerse puros pesos a pun-
ta de prisioneros y procesamientos de pasta. Posterior al procaz pi-
sotón propinado por los próceres del partido demócrata con la Pelosi
en punta y por las penurias provocadas por su primo palafrenero, fue
providencial el paracaídas tipo pirueta que le pusieron al protagónico
Presidente de poncho y polainas sus partidarios y parte del pueblo para
que el porrazo en el piso de su propia patria no fuera potente, pues su
permanente parachoques perdía parte de su poderosa protección, al
igual que fue positivo el paraguas para que no lo permeara la pluvial
pelotera propiciada por Petro que le pudo permitir pasar protegido de
una pretendida parálisis de poder, ya que el paradero de los policías y
demás prisioneros prendidos y puestos a patoniar perpetuamente en
el promontorio de Patascoy por el Putumayo y Pasto y en pluralidad
de partes del país está perdido y parece que no es propiamente un
paraíso por la pesadilla de prisión de palos pintada por el perseverante
ponchador de pandilleros Pinchao el porfiado, quien es el policía mejor
parado hoy con el poder a pesar de que la parlamentaria Piraquive lo
pretendía poner en la palestra pública porque no le parecía posible su

perorata. Pero si por allí parama en la provincia de Padilla al sur de Paraguachón no para la pluviosidad, pues piden perdón para sus políticos primíparos que principiaron sus primeros pinitos en la parapolítica por pesos para sus pretensiones de poder paralizando peligrosamente a sus paisanos perdedores por pobres y pacíficos pilanderos, propiciando que los parlamentarios del partido que predomina hoy en el país más poderoso del planeta prohibieran que nuestro pueblo progrese poniéndonos como parias en el panorama y en la picota pública perdiendo nuestros privilegios pírricos, como si por otra parte no bastara con el palabrero peleador populista presidente del país petrolero próximo que parece más payaseando en el potrillo de Páez que predominando en el plantado Palomo del principal prócer plurilibertador, pues pelea con la prensa, la para y persiste en petrodolarizar a los parásitos pobres para postrarlos a sus pies. Parafraseando a “Pedro Pablo Pérez Pereira pobre pintor portugués que pinta pinturas por pocos pesos para poder pasar por París”, pocos son los pobres paisanos que pueden pasar por Colombia aunque puedan pintar pinturas, pues pisar parte del piso de un paraje los puede poner parapléjicos. Primero el parto fue en el Paramillo y por Paravandó hasta que pasó a los paraninfos con su parafernalia de parágrafos para propugnar por la paz de los parceros hablando con parsimonia para pretender poner en la palestra un partido popular poderoso pero podrido, aunque pocos paracos piensan poner de su peculio personal para poder pedir perdón y purgar sus pasados pecados prolongados. Por ahora pedimos que pintar palomitas de paz es perder el precioso tiempo para parar la peste permanente de la perpetua peleadera. Pongámonos las pilas y paremos profusamente pararrayos para poder parar esta parodia perdida que parece este país, posiblemente paradisiaco si lo permitieran las paradas paramilitares y guerrilleras y de nuevo pulverizaran las plantaciones con el pérfido paraquat ya que el glifosato fue prohibido por pernicioso para los potreros y las parcelas pintorescas y productivas. Conocemos esta parábola de pe a pa porque es permanente y no pasajera desde que paladeábamos parva, panela pulverizada y pomas, y de pequeños párvulos nos pasábamos en el parche preparando pilatunas prensando parafina para poder pegarle al primer paseante así pasáramos al papayo por pésima puntería el parabrisas o un paral del poderoso papamóvil del papá. “Paaaaaaa para para para paaaaaaara / pa pararapá pararara pa parará / ¡Oh gloria inmarcesible! / ¡Oh júbilo inmortal! / En surcos de dolores / el bien germina ya / parará, parará...”

Mar

Marzo 8 de 2008

Bendito idioma capaz de meter en tres letras al más poderoso leviatán de la historia; bendita mi Colombialma con dos mares que le lavan su cara terrenal. “El mar es donde se queda quieto el tiempo”, dijo hace poco en Cartagena el escritor español Juan Cruz. “El mar es el tiempo, la eternidad, la monotonía, la satisfacción. Es ese gran egocéntrico. Frente a él, por lo menos, es cuando empiezo a escribir y a pensar que acaso el mundo en que vivo no tiene mejor metáfora que la que me está dando el mar”.

Me gusta sentarme a ver el mar y ejercitar mis ojos en el mejor gimnasio posible. Verlo hacia fuera en función física y hacia mi mente fabricando sueños estimulados por su inmensa lejanía y por esa línea final trazada en lontananza, donde aún hoy debe haber un abismo cataclísmico en el que todo se precipita inevitablemente, ¿no lo hacen acaso el sol, la luna y los barcos? Desde Aristóteles, Pitágoras y Colón, tras esa línea las cosas no se caen sino que continúan su viaje porque dicen que la tierra es redonda.

Quizá lo es, pero cuando dejo de ver los buques al alejarse pienso que siguen cayendo al igual que en la antigüedad, como ese carguero de carbón que por segundos se le acaba de anticipar al sol. ¿Qué mezcla extraña entre sol, personas, metales, maderas, luna y estrellas se estará formando en aquel insondable crisol abismal? Ahí debe estar la única historia fiel de la humanidad.

“El mar me pasó tarjeta de visita, a decirme te invito a navegar”, canta Georges Moustaki, judío errante y pastor griego. A mí aún no me invita a navegar. Hasta ahora sólo me pide que lo mire estar ahí sonando y meciéndose, y con eso y mi historia personal lo navego por sus lejanías geográficas y temporales. Si el viaje espiritual se monotoniza

quizá algún día zarpe materialmente para nutrir mi paisamariedad con historia diluida.

El mar es el antiguo del planeta, la gran esponja del conocimiento, coto de historia. En él la humanidad se ha construido y destruido en ciclos frenéticos, y por su lomo han surcado miles de buhoneros, descubridores, corsarios y aventureros. Pero es discreto, receloso, nunca cuenta nada a ras. En su faz horizontal no hay huellas de las naves de Colón, Magallanes, Vasco de Gama, de los fenicios, de los vikingos ni de la Armada Invencible; todos pasaron y sólo su vientre atesora restos.

Me gusta sentarme aquí, como almirante de tierra con quepis vuel-tiao, rodeado de mar por todas partes menos por un espolón estrecho que fue pequeño muelle y me une al continente. Sentarme a imaginar cómo sería desde el puente de proa la llegada de la nao de Bastidas, y cómo desde acá verían su arribo los gairas, tagangas, dorsinos y otros milenarios de esta tierra caribe briosa. ¿Qué nuevas le darían al cacique Mamatoco o al suyo los bondas? Quizá las mismas que le anunció el notario sevillano a su rey en España.

Mar celestino del encuentro de mundos, lenguas, culturas e incul-turas; la gran ruta, el gran camino extendido, el gran forjador y des-tructor de civilizaciones.

El mar atrae. A veces me llama pero lo rechazo, pues todavía tengo que hacer acá en el continente, y hay gente que me ata dulcemente. Pero todos seremos naufragio. Cuando me sienta encallado, incómo-do cual aparatoso cetáceo atorado en la arena, ese día dejaré que la marea me mezcle consigo al devolverse, y me deslice y lleve a conocer misterios y tesoros, y quizá las respuestas a mis preguntas de terrenal inquieto.

Mientras, sigo acá de vigía: la juguetona brisa samaria de marzo intenta destender al mar y apenas logra rizarlo o encresparle vanas olas sin rumbo. Es la loca, su hija concebida con la Sierra cuando es Caribe y que me rocía la cara con punzantes dardos salinos. Instintivamente me fetalizo para protegerme de tanta grandeza junta que me intimida porque no la sé digerir. Digerir..., como acaba de hacerlo el mar con el rollizo sol rojo que le derramó coloridas sobras en la lejanía; allí, al borde del abismo tras las columnas de algún Hércules americano.

Los funerales de la mala hora

Mayo 19 de 2007

Con lo que empezó a suceder en los últimos meses, y especialmente en la semana que terminó, Colombia no entró ni entrará en la peor crisis de su historia como algunos creen sorprendidos. Esta no es la crisis. La crisis ya pasó descuartizada, enterrada, fría y qué-más-podemos-hacer-hoy. Lo de ahora es su presentación en sociedad, su salida y desenlace, traumática como todo parto, pero necesaria.

No hay ni habrá tal desinstitucionalización de Colombia. Por el contrario, llegó el proceso en que las instituciones toman su cauce. Despertamos de la pesadilla. El país no se está acabando; el país está renaciendo y, quizá, naciendo. Nace con la verdad, que es la única materia prima para que las cosas surjan con fortaleza perenne. La verdad por dura que sea no desestabiliza nunca, y mucho menos en la curtida Colombia de hoy.

Amanece. La luz descorre el velo y ahora todos empezamos a saber todo para que permanezca grabado en la memoria como escarmiento y no se vuelva a repetir. Han sido muchos años de oscuridad y confusión, y la claridad apenas está apareciendo. Aprendemos como todos los pueblos, con sangre, dolor y alto costo, pero así se avanza. La vieja Europa sí que lo sabe.

Conquista, Colonia, Independencia, Patria Boba, mil y mil días de guerra; Gaitán, Bogotazo, la Violencia de los años 50, guerrillas, mafia, Palacio de Justicia, Pablo Escobar, Galán, cartel de Cali, proceso 8.000, autodefensas, parapolítica. Ya está bien.

Nuestra noche negra ha durado tanto porque aquí todo quedaba trunco e incompleto. Todo se tapaba, se negociaba, se jugaba o se cambiaba “por el más infantil espejismo,... contra el cero o contra el infinito,... por lámparas viejas o por los dados con los que se jugó la túnica

inconsútil... por lo más fútil... por una anilla de hojalata... por un soneto... por una copla, por una saeta, por un cantar; por una baraja incompleta; por una faca, por una pipa, por una sambuca..., o por la escala de Jacob, o por su plato de lentejas...” (*Relato de Sergio Stepanisky*, León de Greiff). Pero esta vez no; el relato nacional cambia.

No estamos condenados a llevar perdida nuestra vida como antes. Hoy no debe haber reversa. Los hechos tomaron dinámica y vida propia. Está funcionando la bella división de poderes de Montesquieu, la Trias política. Hay instituciones trabajando positivamente como la Corte Suprema de Justicia que antes poco tenía que ver con los temas trascendentales del país y su desenvolvimiento, pero que ahora le han permitido cumplir su labor constitucional. La rama judicial llamada por el ex magistrado Fernando Uribe Restrepo como la “rama seca” del poder público está llena de sabia savia y está actuando.

Hay dos novedades que diferencian este episodio de otros que se han dado en Colombia, las cuales permitirán que tenga un desenlace justo, claro y definitivo.

En primer lugar, la globalización. Esto ya no es asunto de un país. Hoy los problemas de los países son del mundo por causa, por desenvolvimiento y por consecuencias. Ello hace que nos miren de todas partes con impaciencia. Antes se podía tapar en casa, pero hoy ante el mundo no.

En segundo lugar, en Colombia los ciudadanos cada vez se adueñan más del destino de su país. Esto se debe, por un lado, a que empezó a dar frutos la madurez ciudadana; y por el otro lado, a los medios de comunicación, que a pesar de algunos excesos de espectacularidad hacen la labor que deben hacer. Los ciudadanos, conscientes de su poder y mejor informados empujan, retan, reclaman, quieren ser dueños de su presente, padres de su futuro e hijos de su pasado. Ello lleva a la verdad, a la justicia y a la reparación.

Pero este momento clave requiere para su éxito mucha sindéresis, objetividad política, humildad, omisión electoral, desapasionamiento y, sin desconocer que es parte de una cadena histórica multifacética, jamás debe ser aprovechado para cobrar viejas venganzas, revivir nimias pasiones de desván o proyectar aventuras sobre sangre y huesos. Se presentarán desbordamientos injustos que rápidamente deben volver a

su cauce, pues ello es propio de estos procesos convulsionados, revueltos e inevitablemente espectaculares.

Termina el relato. Comienzan los funerales de la horrible noche y los que aquí quedamos debemos “vivir para contarla”. Siempre seremos Macondo. Aceptémoslo con orgullo, inteligencia y mucha memoria para que nuestra “estirpe” sea feliz y dure más de cien años...; para que nuestro apellido no sea “Buendía” sino “Buensiempre”.

Mi instinto de conservación de país me obliga a aceptar sólo dos juicios en contra de este comentario-obituario: que es muy optimista o que se anticipa demasiado al fin del mal. Me repito y me repito que no hay mal que dure 500 años...

Cien años de necedad

Marzo 10 de 2007

Los colombianos somos opinadores por naturaleza -si el lector lo duda siga leyendo este escrito- y emisores superficiales de juicios, práctica contra la cual luchó en vano el filósofo de Envigado y del mundo Fernando González para no ejercerla él mismo.

En especial, desbocamos la opinadera y la emisión de juicios cuando triunfa algún coterráneo. Me refiero hoy a García Márquez, sus 80 años, y su confluencia mágica de aniversarios.

Además, tenemos propensión a opinar para pasar como “originales”, con algunos ingredientes de envidia e ignorancia. Lo vimos con Gabo la semana anterior.

Había que oír al casi pelotón de fusilamiento opinando en emisoras sobre el supuesto antipatriotismo del escritor, sobre su inutilidad para sacarnos de la pobreza, y sobre que es exagerada tanta berraca alharcaca por Aracataca y su hijo de raza mandaca. En fin, ¡qué cantidad de necedades por decir lo menos!

En éstas se notaba el común denominador de la ignorancia, sin descartar la envidia resentida y ese ánimo protagónico de mostrar “originalidad”. En las merecidas celebraciones a García Márquez se volvieron a notar la incultura y el alejamiento de los libros por parte de muchos colombianos, incluyendo a aquellos que tienen medios y maneras “de modo”.

La impresión que me dejaron tantas mariposas amarillas revoloteando en páginas de prensa, ondas hertzianas y recintos, es que una gran cantidad de colombianos no conoce la dimensión real que para el mundo y la literatura (y por supuesto para Colombia) tiene nuestro

premio Nobel. No les interesa, no saben, no responden, o viven intoxicados de envidia sin rostro.

Interesante que alguien hiciera una encuesta sobre el conocimiento de las obras de García Márquez y cuántos de sus libros han leído los colombianos. Incluso en esta época de amores en tiempos del sida, no debe haber sorpresas ante la ya comprobada ausencia de buena lectura. Ganan los libros de caballos de troya, códigos da vinci, alquimistas y otros de auto ayúdame que yo te ayudaré.

¡Qué bueno pensar que los colombianos no tienen necesidad de leer las novelas de García Márquez porque las viven día a día! Pero eso sería una falsa ilusión además de una necesidad. Haber conocido a la Mona Lisa en persona no podría reemplazar la gran satisfacción de ver su pintura.

No lo digo por el niño de la escuela Gabriel García Márquez de Bogotá, que el martes pasado respondió a una reportera que el autor había escrito *La hija del mariachi*, la telenovela de moda. Lo digo por tantas personas de mayor edad y grado de educación, a quienes uno les oye barbaridades sobre el tema.

Hay también propensión de los colombianos a creer que quien triunfa en el exterior debe ser un mesías y convertirse en el Estado salvador de todos nuestros males, como lo decía William Ospina. Alguien triunfa mundialmente y está obligado a sacarnos de tanta pobreza y subdesarrollo, y si no es así no sirve para nada.

Lo más particular es que tal exigencia es mayor para quienes triunfan en las artes que en otras actividades. No exagero, pues escuché algunas críticas necias contra García Márquez casi dignas de ser atribuidas a alguno de nuestros célebres delincuentes, de quienes a veces conocemos más que de nuestros científicos, artistas y deportistas, que muestran al mundo la Colombia maravillosa y la arrancan de su aislamiento y de su soledad.

Ahí sí hay graves problemas sociológicos, psicológicos y de formación, que nos muestran muchas facetas perniciosas de nuestro pueblo y explican gran parte de su atraso. Ese canibalismo alimentado de envidia y de ignorancia nos mantiene en el pantano.



¿Qué tal el señor que llamó a La W Radio a decir que es un despilfarro que se gasten 1.216 millones de pesos en reconstruir la casa de García Márquez, en lugar de construir el hospital de Aracataca? Ni sabrá si allí hay hospital suficiente o no (pero la mejor forma en Colombia de no hacer estadios ni obras culturales ni hospitales es convencer que con tal dinero se podrían hacer tantos hospitales...).

De todas maneras, aleluya y *to you*: reconstruir la casa del Nobel en lugar de hacer un hospital es una muestra del maravilloso realismo mágico que no nos deja sucumbir, y que nos mantiene en la cumbre de los ciudadanos más felices del mundo, como también lo es criticar el supuesto despilfarro. Son capítulos de la misma novela tejida de una forma de vivir y de ver la vida cuya esencia algún día nos dará para muchos hospitales, escuelas y, eso sí, para seguir siendo más felices y coloridos en nuestros laberintos y en nuestras buenas y malas horas.

Sin dones

Abril 25 de 2009

¿Qué relación tienen Su Santidad el Papa Benedicto XVI, los capos delincuentes de Colombia, y la carencia general de facultades innatas, es decir, de algún don o habilidad? En principio a uno sólo se le ocurriría que los segundos deben tomar los pasos del bien pregonados por la Iglesia Católica cuya cabeza es el Papa, y que los dones son gracias divinas o producto de la genética. Puede ser, pero me quiero referir a otro aspecto.

Con su retumbante autoridad el Papa expresó en su reciente viaje al África que el condón aumenta el problema del Sida, es decir, está a favor de quienes gustan del sin don. En eso estamos de acuerdo Su Santidad y yo: nos gusta sin don. Sólo que él rechaza unos de látex y yo otros de carne y hueso, o al menos su denominación, pues mantengo una campaña permanente para que a los capos y jefes guerrilleros, paracos o emergentes no les antepongan el “Don” separadamente, y si no hay más de otra que la prensa y las autoridades los llamen “Donmario”, “Donberna”, “Donmanuel” (q.e.g.d.), “Dondiego”, “Donchupeta” o “Donesalvajes” a todos.

Es que así provenga de la original mafia siciliana, anteponerles el Don a estos sujetos es atropellar ese hermoso y respetuoso tratamiento o título tan caro a nuestros ancestros. Cualquiera no era don, incluso hoy me parece más meritorio el don que el doctor, que ya no se le niega a nadie (a Pablo Escobar también le decían “El Doctor”). El Drae dice de don: “1. M. Tratamiento de respeto, hoy muy generalizado, que se antepone a los nombres masculinos de pila. Antiguamente estaba reservado a determinadas personas de elevado rango social”. ¿Qué tal la diferencia con los narcodones?

De manera que me le apunto a tres dones: a tener algún don de la naturaleza o divino así sea el de inflar costales; al don de caucho,

pues me parece una manera de impedir la propagación del VIH y los embarazos indeseados; y, también, a ese título casi caballeresco de “don” como don Quijote, don Guti (José Gutiérrez Gómez), don Vicente (Uribe Rendón), don Carlos mi abuelo, Don Juan Tenorio (no dice la obra de Zorrilla ni de otros autores si a este personaje le gustaba con don o sin don, pero bastante lo requería), y hasta un don nadie mientras no delinca.

Espero no ser excomulgado, pues no creo que sea pecado estar contra la muerte y el sufrimiento provocados por el Sida, como tampoco las relaciones sexuales con fines diferentes a la procreación aunque sin promiscuidad, con plena voluntad de los sindicatos y sin hacer daño o molestar a alguien (miren como crece la familia presidencial paraguaya por falta del don de la cautela del ex obispo don Fernando Lugo). Pero sí creo es pecado por omisión -pecado que me enseñaron los jesuitas- no impedir la propagación y el sufrimiento del Sida si se está en condiciones de hacerlo; quizás también crear angustiosos remordimientos por pecados que no lo son; y, por supuesto, las atrocidades que cometen los dones delincuentes de Colombia.

Hay otros dones que me gustan como el *Don apacible* (magnífica obra del Nobel ruso Mijaíl Shólojov); la champaña Don Perignon (si salimos de la crisis económica); las don-as con arequipe; el cruce Don Diego en el oriente antioqueño (lugar donde de pequeño me llevaba mi abuelo don Carlos a comer frisoles); el río Don Diego ya próximo al mar Caribe en un paraje entre Santa Marta y la Guajira, donde me sumerjo en sus aguas heladas que bajan de la Sierra Nevada; el don de gentes, que procuro practicar aún recién levantado; y el don de mando que pueda tener mi candidato presidencial de ocasión.

En fin, el Papa Benedicto XVI con los prohibidos preservativos, alias “Donmario” con los otros alias dones, y el don de la paciencia que tiene el lector por haber llegado hasta el final de este escrito, están relacionados aunque no parezca. Todo es cuestión de atar cabos con donaire.

Los hijos de la tierra

Febrero 9 de 2008

Quizás es demasiado pedir que entre nosotros no nos matemos si ya llevamos siglos destruyendo el planeta que nos sirve de morada y que, por tanto, es nuestra condición para estar vivos. Dedicamos todos los esfuerzos a encontrar la fórmula para no pelearnos mientras la casa se nos cae encima. La energía se nos va en atemperar nuestros odios con sus heridas, y no quedan fuerzas ni neuronas para pensar cómo evitar la destrucción de la tierra. Mientras el barco zozobra, por solucionar el motín a bordo nos hundimos barco, motín y marineros en un mar de fuego.

América y Colombia no han tenido un trasegar diferente al del mundo: violencia, crueldad, cadenas y desplazamientos. Es la misma historia universal de la humanidad con episodios en distintos tiempos. Por eso, aunque siempre debe haber crítica sobre todos los actos humanos, los europeos no deben tildarnos de bárbaros asesinos sólo a nosotros. Además, somos parte de su hechura desde la Conquista.

Aceptamos las críticas por la violación de los derechos humanos de varios compatriotas y por el maltrato a la naturaleza. Pero además de ser razonadas esas glosas, si los europeos hubiesen tenido críticos cuando por siglos se han ensañado entre sí, contra nosotros y contra el planeta, las cosas serían muy diferentes. Bienvenido su afán humanitario, nunca es tarde y siempre lo hemos requerido. Releyendo *Las auroras de sangre* de William Ospina encontré un párrafo sobre este tema:

“Aquellos hijos de la tierra obraron como tales. En general se puede decir de los pueblos nativos de América y de África que, mientras el resto de la humanidad y ante todo los pueblos de Europa, dedicaron buena parte de su esfuerzo a apartarse de la naturaleza, a construir un mundo humano siempre en conflicto con ella, un mundo poseído por

la voluntad de saqueo y de dominación, estos pueblos nativos procuraron identificarse con la tierra, diferir mínimamente, hacer que sus ciudades fueran una prolongación de los campos, que sus ornamentos imitaran el orden natural, limitar sus actividades de transformación a lo indispensable para la supervivencia. (...) Los conquistadores de hace cinco siglos, y los de ahora, han visto en ello una mera prueba de salvajismo, a pesar de aquellas lúcidas palabras de Montaigne, escritas en los tiempos mismos de la Conquista: Creo que nada hay en aquellas naciones que sea bárbaro o salvaje, sino que, cada cual suele llamar bárbaro a aquello que no le es común...”

Hace poco visité una tierra en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, mi montaña mágica. Su propietario más que dueño oficia de guardián de una porción de selva colombiana, y con la ayuda de algunos indígenas se dedica a conservar el bosque y a revivir los restos tayronas que encuentra bajo tierra y maleza. Los descubre para regalarles el sol de nuevo y retornarlos a ese ambiente de armonía con la naturaleza narrado por Ospina, que ya no es un cuento de mochileros soñadores sino un clamor de supervivencia por la raza humana.

Allí el éter es diferente al que flota a sólo tres kilómetros en la troncal del Caribe que lleva a la Guajira, y esa diferencia sí que es por supuesto más patente con el que respiramos en las ciudades. Sonidos, colores, luces, sombras, climas y olores son aún originales. Caminar entre clorofila fácil por esos senderos milenarios genera en cuerpo y espíritu una potente carga vital, en especial con la luz de malva de una tarde de verano moribunda.

Darle nombre y apellido a cada árbol, animal, camino, roca, colina, riachuelo y a cualquier pedazo de cultura tirado por ahí o enterrado es un acto de respeto con la vida y el entorno. Nada hay que no encaje en el escenario, así sea inerte o usado, pues el alma de las cosas sigue viviendo eternamente por la sacralidad con que los indígenas siempre elaboran todo: con la fe natural de que continúan los designios de la creación. Nada está al garete y todo, incluyendo cada vida humana, tiene un destino vital y sagrado irrepetible. ¿Quiénes son los salvajes y los bárbaros entonces?

En Orihueca, elegía

Junio 14 de 2008

“En Orihueca, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería”.

Así empieza *Elegía*, poema (1936) del español Miguel Hernández musicalizado por Serrat. Al Orihueca de España lo separa una letra del Orihueca de Colombia, corregimiento éste del municipio Zona Bananera al norte del departamento del Magdalena y a tres horas de Santa Marta. En varias condiciones y épocas he ido a muchos lugares de mi Colombialma aunque no la conozco tanto como quisiera, pero siempre adonde voy la percibo con intensidad y postura interrogante, tatuando mi alma cuanto lo permitan mis sentidos.

Pues bien, buscando financiación de la Unión Europea, investigadores de la Universidad del Magdalena de dos centros de investigaciones (Paz y Convivencia, y Gobierno y Políticas Públicas), elaboramos una propuesta para mejorar las condiciones de vida de Candelaria, vereda de Orihueca de unos 1.700 habitantes. En reciente domingo estuvimos allí con un grupo de estudiantes de Sicología.

Candelaria fue coto paramilitar de alias “Jorge 40”, en cabeza de alias “Tijeras”. En la inmensa cancha de fútbol del centro del poblado mataron cerca de diez personas en el 2002. Sin yo saber de esa específica masacre en el momento, al pisar la cancha sentí algo extraño..., ¿será cierto eso de que la muerte brutal deja para siempre un rastro imborrable en el ambiente?

A Candelaria se llega por un camino plano, recto y estrecho entre cultivos de palma de aceite y banano, intransitable en invierno. Al oriente está la Sierra Nevada y al occidente a 20 minutos queda una fábrica de vida y hoy también de muerte: la Ciénaga Grande de Santa Marta.

Al sur muy cerca está Aracataca -Macondo-, por cuyas calles me gusta caminar imaginándome escenas de *Cien años de soledad*. Sin embargo, Candelaria se asemeja más al Macondo de la obra, con calles de tierra y casas de bahareque, como describe Gabo a Aracataca en los tiempos del libro. Si alguien me pregunta por Macondo lo llevaría primero a Candelaria y luego a Aracataca, para vivir el mítico pueblo en el pasado mágico antes y en su lugar real después.

Pero en Macondo no había pobreza y la violencia era un cuento con explicación hasta romántica. En cambio, la violencia que recientemente vivió Candelaria y la gran mayoría de los campos y pueblos alrededor es oscura, brutal y siniestra. Sus rescoldos quedan en las miradas de sus habitantes, en su extrema pobreza y bajo tierra en cientos de fosas sin escarbar.

Esas miradas me impresionan más que los huesos vestidos con harapos que poco a poco el CTI desentierra cuidadosamente en Colombia. Son miradas hondas con mezcla de sentimientos: miedo aún con jirones de pánico, desconfianza, pero también visos esporádicos de expectativa y esperanza. Ese pasado reciente marca más que la pobreza actual. Al fin y al cabo queda la vida, así sea en precarias condiciones.

Como Candelaria y Orihueca hay cientos de pueblos en la región y miles en Colombia cacheteados por el manotazo duro y helado de esa violencia rítmica que llegó por primera vez en tres carabelas para quedarse como forma de resolver conflictos, saciar la insaciable ambición, llenar carencias y suplir Estado. Son pueblos que debemos recuperar para la vida y el país, pues con ellos tenemos una histórica deuda social por saldar material y espiritualmente.

En ese viaje de trabajo canté en silencio la versión de Serrat del poema de Hernández, pues la hermandad fonética entre Orihueca y Orihuela se me profundizó por cierta similitud entre el ambiente del primero y el espíritu del poema:

(...)
Un manotazo duro, un golpe helado
Un hachazo invisible y homicida
Un empujón brutal te ha derribado
(...)



Temprano levantó la muerte el vuelo
 Temprano madrugó la madrugada
 Temprano estás rodando por el suelo
 (...)

Quiero escarbar la tierra con los dientes
 Quiero apartar la tierra parte a parte
 A dentelladas secas y calientes
 Quiero minar la tierra hasta encontrarte
 Y besarte la noble calavera
 Y desamordazarte y regresarte
 (...)

A las aladas almas de las rosas
 Del almendro de nata te requiero
 Que tenemos que hablar de muchas cosas
 Compañero del alma, compañero.

Colombiacuática, Colombiaérea

Septiembre 8 de 2007

Cuando uno vive frente al mar la mente se abre en su verdadera dimensión, las ideas se explayan y hay más conciencia del país, de sus riquezas y de sus potencialidades. Hace poco esa reflexión me visitó cuando estuve en las oficinas del Puerto de Santa Marta, observé los mapas marinos y miré por las ventanas el Caribe azul. El mapa de Colombia que tradicionalmente nos enseñan no es el real, pues los límites escritos en éste sólo muestran tierra e ignoran la extensión total de los dos océanos; y, siendo estrictos, también el espacio aéreo y el subsuelo.

Decir que Colombia sólo limita por el norte con el océano Atlántico o, mejor, mar Caribe, y por el occidente con el océano Pacífico y con Panamá, es excluir de una esas grandes y ricas masas acuáticas con sus lechos. En aguas jurisdiccionales los límites de Colombia son con Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Jamaica, Haití y República Dominicana, además de Panamá, Venezuela y Ecuador con quienes también tiene fronteras en tierra firme.

Colombia tiene una extensión de 1.141.748 Km² según los libros y enseñanzas tradicionales, pero incluyendo sus aguas marítimas su área crece a 2.129.748 Km². Y eso dejando por fuera la cantidad de volumen, pues tenemos derecho al aire, al agua submarina y a los subsuelos. Los países son espacios tridimensionales, pero nosotros de entrada excluimos la potencialidad marina, aérea, subterránea y submarina al no representarlas en los mapas. ¿Cómo vamos a ejercer soberanía sin saber hasta dónde podemos ejercerla?

Quienes conocemos algo de ordenamiento territorial sabemos que aunque la palabra territorio viene de tierra, en el mundo actual es un concepto más amplio, pues comprende todo el espacio de cualquier

materia que tiene un país, e incluso hasta lo inmaterial como la cultura propia en todas sus manifestaciones.

Esta deficiencia no se queda en la cartografía. Muestra una inveterada y perjudicial costumbre mediterránea y nuestro alejamiento absurdo del mar, a pesar de contar con dos piélagos como pocos países en el mundo.

El Drae dice que territorio es una “porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc.”; también expresa que superficie es el “límite o término de un cuerpo que lo separa o distingue de lo que no es él”; y agrega que terrestre es “perteneciente o relativo a la tierra en contraposición del cielo y del mar”. Con estos cortos conceptos hicieron nuestro mapa, lo cual trasciende a un gráfico insuficiente y penetra en nuestras conciencias a la vez que viene de éstas.

Nuestra Constitución habla del concepto moderno: “También son parte de Colombia, el subsuelo, el mar territorial, la zona contigua, la plataforma continental, la zona económica exclusiva, el espacio aéreo, el segmento de la órbita geoestacionaria, el espectro electromagnético y el espacio donde actúa...” (Inciso cuarto, Artículo 101).

La Constitución debe ser la base del mapa y no el diccionario. Es un exabrupto que la Carta no esté reflejada en los mapas que comúnmente conocemos, con excepción de algunos parciales y científicos manejados sólo por entidades especializadas.

Existen mapas de mapas, unos más detallados que otros, pero el mapa popular de Colombia debe representar mucho más como pedagogía de conciencia colectiva de pertenencia territorial, con el objeto de que aprovechemos nuestros recursos plena y sosteniblemente, en especial los mares, cuyo valor hemos desconocido. No es pues algo meramente formal sino de mucha trascendencia.

Para empezar, el Ministerio de Educación con asesoría del Igac y del Ministerio de Relaciones Exteriores, debe elaborar y distribuir un mapa donde se aprecie todo aquello que en el planeta es nuestro. Hasta curioso sería ver cómo la tradicional figura de bailarina con la patita del Amazonas y la cabecita de la Guajira cambia en extensión y forma. Y eso para no hablar de un mapa en tres dimensiones que sería lo más



real para que muestre el casco colombiano de globo terráqueo, en especial hoy que existen softwares capaces de graficar volúmenes.

A propósito, amigo compatriota, ¿sabía que usted es dueño de una porción del Polo Sur en su calidad de colombiano copropietario de los bienes públicos nacionales? Ello se debe a la proyección sur de la isla de Malpelo en el Pacífico. Abríguese y disfrútelo, aunque a lo mejor allí ya hay fosas comunes con cadáveres congelados que por tanto no requieren identificación con el ADN.

El mototaxista y la bruja

Septiembre 12 de 2009

“Yo dejé al esposo de mi tía en Cerro Grande y de inmediato me regresé,... Allí en un arroyito detuve la marcha porque habían (sic) unos huecos en la vía y en ese instante se apareció una cosa rara con un poco de pelo tirado hacia la cara, vestida con una camisa negra con aspecto de mujer, cuando le miré la cara me agarró el brazo izquierdo, yo traté de soltarme y le di un golpe en el pecho, ella se quejó y me pegó una bofetada que me dejó semiprivado” (Hoy Diario del Magdalena, Santa Marta, 05-09-09).

Sucedió una noche de la semana pasada en una solitaria carretera destapada y angosta entre la cabecera del municipio de Plato -la tierra del Hombre Caimán- y el corregimiento Cerro Grande. El protagonista fue Jesús Alberto Muñoz Acevedo de 17 años, quien se gana la vida manejando mototaxi, como tantos jóvenes en la región.

Cumpliendo su trabajo, Chucho transportaba hacia Cerro Grande a su tío político, Tomás Herrera, y a mitad de camino vieron en la orilla a dos niños solos. Contó Jesús que su pasajero dijo: “esos pelaos son animosos al estar a estas horas de la noche en esta carretera tan oscura”.

Jesús quedó intrigado por la extraña pareja de niños en ese sitio y tan tarde, y cuando dejó a don Tomás regresó a buscarlos. En el mismo lugar fue donde lo tumbó la bruja como narro al inicio. Agregó que luego “se levantó aterrorizado, enderezó el vehículo y se montó para huir hacia Plato, pero la mujer le levantó la moto de la parte trasera para impedir que arrancara, y luego la soltó y se internó en el monte”.

El “aparato”, como llaman a los espantos en el Caribe colombiano, tomó del brazo a Chucho y le dejó un tatuaje en forma de dos o de zeta. “La extraña figura después de cometer el hecho, se alejó con rumbo hacia la maleza en medio de las carcajadas, pero sin pronunciar nin-

guna palabra. Yo llegué a la casa mudo, temblando sentí un calambre y el brazo cansado, era tan grande el miedo que sentía que no di para apagar la moto”, añadió Jesús.

Por su parte, Silvia Cudriz Marbello dijo que en la familia se han presentado otros casos demoníacos, pues a un nieto suyo un espíritu lo obligó a suicidarse: “Él siempre me decía que tenía malos olores y un día me pidió que lo llevara a la finca de su padre y lo complacé. Estando allá, a los tres días se internó en la montaña en donde lo encontramos ahorcado. Así también pasó con otra nieta que fue poseída por endemonio (sic), pero un pastor evangélico la oró y le sacó el mal que ella tenía”.

Son las historias de esta bella y colorida tierra del realismo mágico, de la Llorona Loca, de Remedios la bella, de La Piragua, y de Francisco el Hombre, quien le ganó un duelo de acordeón al diablo cantándole el Credo al revés. Tierra que se duerme con el susurro lento y pesado del río Magdalena y con los vientos que bajan de la Sierra Nevada para acariciar suavemente o con furia las hojas de las bananeras, las palmas de aceite y los pastos de las sabanas. Tierra del olvido de Carlos Vives, del cacique de Upar, de acordeones y de Escalonas, conformada por los departamentos del Cesar, Magdalena y la Guajira.

William Ospino, reportero de Hoy Diario del Magdalena de Santa Marta, afirmó en la misma nota: “al momento de tomar el material fotográfico en el brazo de Jesús Alberto Acevedo Muñoz, la cámara se apagó teniendo las pilas con suficiente carga y cuando prendió nuevamente, las fotografías se distorsionaban como si alguna fuerza extraña lo impidiera”. Sin embargo, la foto del brazo con la marca aparece nítida en el periódico, que es serio. El lector puede pedírmela a mi correo, *macondoelmundo@yahoo.es*.

No me burlo de nadie. Esto fue verdad, nadie lo ha negado. Verdad como esta tierra maravillosa donde no existe frontera entre la invención, la magia, la realidad y el folclor. Todo es el mismo vallenato cuyas notas viajan flotando por la región Caribe colombiana. ¡Macondo, macondo, cómo nos distraes y alegras la vida en este país con una dirigencia tan “aparatosa”!

El conflicto en los wiwas

Enero 10 de 2009

El conflicto es inherente al transcurrir de los pueblos y su manejo genera crecimiento o retroceso cultural, que incluso puede acabar una sociedad como lo atestigua la historia universal. El conflicto en sí es neutro axiológicamente, sólo es un momento más en la pequeña historia de cada ser humano o en la gran historia de las civilizaciones. Es una encrucijada necesaria cuyo desenvolvimiento fija el rumbo de personas y pueblos, y su conducción pone a prueba el grado de desarrollo y la capacidad de convivencia de una sociedad, y hasta sus posibilidades de supervivencia.

El conflicto es inevitable, pues surge de las distintas maneras de ver la vida y de escoger con inteligencia y pasión en medio del libre albedrío el camino a seguir en ciertos momentos, dada la diversidad de los pueblos y la complejidad de la mente humana que origina dilemas constantes.

La forma de relacionarse con el entorno, es decir, con la naturaleza y el territorio como sustentos sociales y compañeros de viaje, marca el destino. Por un lado, la actitud frente al ambiente es clave para la supervivencia y, por el otro, en la misma naturaleza tenemos un ejemplo de solución de conflictos, si sabemos interpretarla.

En este punto radica la sabiduría de las sociedades indígenas, como sucede con la cultura Wiwa de Duklindúe radicada en la cara norte de la Sierra Nevada de Santa Marta, y descendiente con otros pueblos de la gran cultura Tayrona, de la cual heredó sus conocimientos, que ha adaptado y hasta recreado a la época actual como manera de sobrevivir y, paradójicamente, de conservar su esencia.

Hay un valor básico que se destaca en la rica cultura Wiwa: el equilibrio, como forma natural de conservar la armonía entre los elemen-

tos del mundo físico, y la coherencia plena entre lo material y lo espiritual. No en vano el equilibrio es la esencia de la justicia humana. Para los wiwas todas las cosas del mundo, cada territorio y cada fenómeno natural, tienen su sitio y su razón de ser como parte de todo un sistema recibido de sus antepasados y éstos de los dioses creadores.

Según ellos, cuando en algún punto ese equilibrio se rompe, surge un conflicto que es necesario reparar por medio de sus ritualidades, mitos y autoridades, los mamós. Por eso la ecología es equilibrio.

También, los wiwas dan gran importancia a la búsqueda de la comprensión plena del conflicto y de sus causas históricas para encontrarle una solución adecuada, llegando incluso hasta escudriñar las acciones de los actores durante toda su vida y el comportamiento de sus ascendientes (la “carga emocional”), pues para ellos la causalidad no tiene principio, y hay que encontrarla para reparar y enmendar los errores y dificultades presentes.

El pueblo Wiwa de Duklindúe habla en su historia de dos tipos de conflictos (bunginguma en su lengua damana, aunque no corresponde cabalmente a nuestro concepto de conflicto): el de ellos mismos entre sí y con las culturas vecinas, y el que se presentó y presenta con la llegada del hombre blanco (“hermanito menor” o suntalo) desde la Conquista hasta hoy. Este último fue y es el verdadero conflicto dramático: cuando el blanco invade sus territorios e intenta romper su cultura y sus creencias sea cual fuere el motivo y la época, entorpeciendo además la obligación que tienen de proteger el territorio legado.

Debemos tomar elementos útiles de nuestras culturas indígenas, como el manejo de conflictos por los wiwas, pues vale la pena estudiar y adoptar primero las formas de solución que tienen y han tenido los originarios de América, adaptando sus métodos a nuestra ya inevitable forma de ser marcada por la mezcla de razas -incluyendo la suya-, signada para mal o para bien por las tecnologías modernas y enmarcada en la globalización. Precisamente los wiwas tienen una ejemplar capacidad de comprensión y adaptación hacia lo nuevo y externo, sin dejar sus creencias y métodos ancestrales.

En buena hora los profesores de la Universidad del Magdalena Racine Ravelo, Erich Córdoba y Luis B. Torres, adelantaron recientemente una investigación sobre este tema cuya publicación tuve el honor



de prologar. De ella tomé elementos para este escrito con el objeto de motivar el estudio y uso de tan útiles herramientas sociales.

La hojarasca electoral

Septiembre 15 de 2007

Luego de la captura del narcotraficante alias “Don Diego” (triste anteponer ese “don”, el título máspreciado en mi tierra), contó el general Mario Montoya Uribe, comandante del Ejército, que el delincuente se escondió en vano bajo una hojarasca para no ser capturado por los soldados que seguían su rastro.

Esa hojarasca que en ese momento le fue insuficiente para evitar su detención, fue la misma que en otro sentido le permitió a este alias mimetizarse durante casi 20 años para burlar al Estado. Era una hojarasca compuesta por miles de colaboradores directos e indirectos, de infiltrados, sobornados y beneficiados de una u otra forma con sus actividades narcoparacas.

Sí, igual a la hojarasca descrita por García Márquez al inicio del preámbulo del libro con idéntico título: “De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos, rastros de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario, olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte. En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios... (Macondo, 1909)”.

Esa hojarasca es la cadaverina social que ha propiciado, beneficiado y escondido a los narcotraficantes. Entre una y otros se alimentan de la sangre ajena que succionan como vampiros a víctimas inocentes unas y otras no tanto. Los unos consiguen dinero a chorros entre asesinatos y miles de delitos, y los otros -la hojarasca- a cambio de protegerlos se lucran de ese dinero para tener el poder que a su vez sigue tapando y abonando al delito.

Esos “otros pueblos” que menciona García Márquez en su hojarasca, son igualmente en este caso los consumidores de países de Europa y Norteamérica, donde también existen capos y protectores en simbiosis perfecta.

En esta época electoral es cuando la hojarasca colombiana requiere más de sus protegidos y protectores para perpetuarse. El sistema no ha cambiado para impedir que el dinero del narcotráfico siga llegando a las campañas como alacranes, gatas, águilas, mulas y elefantes. Miles de vallas y costosa publicidad lo demuestran, para no hablar de las compras de votos y de los votos prepagos con materiales de construcción, brigadas de salud y cargos públicos.

Propongo a los candidatos que publiquen desde ahora quiénes son sus financiadores de una manera clara, real y total. Es otra buena estrategia de campaña para ganar electores, pues con ella los ciudadanos conocerán el sano y transparente origen de esos dineros y darán su voto con tranquilidad. De una vez sabrán por quiénes en realidad pueden votar y quiénes se beneficiarán con sus votos en última instancia, si es el caso.

También propongo que publiquen las hojas de vida de sus principales aliados políticos, voceros y colaboradores de campañas, y que cuenten públicamente sus trayectorias políticas completas, sus anteriores y actuales alianzas, y el origen de los nombres compuestos -los que lo tienen- de sus equipos políticos, pues como sucede hoy en Antioquia no se pueden tener alas de quitar y poner para volar según la ocasión.

Debe ser ya, pues no tendría sentido que esas divulgaciones se hicieran luego de las elecciones como lo estipula la ley para las finanzas. Propongo a los medios de comunicación que regalen espacios para ello y que no las publiquen como marañas confusas de números y nombres inventados o prestados.

No soy iluso. El que nada debe nada teme ¿Quién se puede oponer entonces?, a no ser que se considere hojarasca electoral “revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos” y con “olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte”.

Crónica de una ciénaga anunciada

Octubre 25 de 2008

“La única manera de llegar a Aracataca desde Barranquilla era en una destartada lancha de motor por un caño excavado a brazo de esclavo durante la Colonia, y luego a través de una vasta ciénaga de aguas turbias y desoladas, hasta la misteriosa población de Ciénaga”, narra García Márquez en *Vivir para contarla*, su autobiografía.

En razón de mi trabajo académico de investigación universitaria, la semana anterior ansioso monté al fin sobre el lomo de la enigmática Ciénaga Grande de Santa Marta, y ante su majestuosidad reaccioné con asombro al ver que ese inmenso paraíso ha permanecido casi oculto para el mundo, quizás opacado por sus tres compañeros de espectáculo: la Sierra Nevada de Santa Marta, el mar Caribe con su Parque Tayrona, y el río Magdalena. Sin embargo, los cuatro son inseparables hermanos que se necesitan mutuamente, y forman un cuarteto estelar entre las maravillas de Colombia y de la tierra.

De los 3.487 Km² de este complejo lagunar, 730 son espejo de agua (dos veces Medellín urbano y rural). El resto son sabanillas, pantanos y redes de diversos mangles y plantas acuáticas. El tamaño de todo el complejo es dos veces el departamento del Quindío, y mayor que el departamento del Atlántico. En el occidente la Ciénaga es perforada por el río Magdalena que la alimenta por varios caños intermitentes; por el oriente bajando de la Sierra le llegan los ríos Aracataca, Fundación y Sevilla; y al norte le entra hoy con dificultades el salino mar, formando una difícil y rica mezcla de aguas.

Muy temprano llegamos a Tasajera, caserío del municipio de Pueblo Viejo, en la carretera entre Santa Marta y Barranquilla cerca de Ciénaga. Era una mañana gris propia de octubre, con un mar plomizo a un lado y la Ciénaga de igual tono al otro, pero no turbia como la cuenta Gabo. La lancha zarpó hacia el sur, al lado izquierdo la base de la imponente Sierra Nevada con sus pudorosas nieves ocultas entre nubes, y

atrás el mar de Colón y de Bastidas. “Estábamos en la Ciénaga Grande, otro de los mitos de mi infancia. La había navegado varias veces, cuando mi abuelo el coronel Nicolás Ricardo Márquez Mejía (...) me llevaba de Aracataca a Barranquilla para visitar a mis padres. ‘A la Ciénaga no hay que tenerle miedo, pero sí respeto’, me había dicho él”. (García Márquez, obra citada).

Luego de 45 minutos de navegar entre desperdigados trasmallos y adormecidas canoas de pescadores, en el borde suroccidental de la Ciénaga penetramos por un caño ancho, la misma laguna acanalada entre manglares que se abre en otro espejo de agua también inmenso, Pajaral. Al rato pasamos por Buenavista, el primer pueblo palafítico, y luego de media hora entre mangles, garzas, gaviotas, fragatas y patos llegamos a nuestro destino final: Nueva Venecia o El Morro.

Cuando el motor de la lancha disminuyó su potencia al mínimo, entramos en un extraño silencio, aunque imagino que no tanto como el que callaba la madrugada del 22 de noviembre del 2001, cuando aún sin clarear el día llegaron seis lanchas plagadas de paramilitares que asesinaron a cerca de 70 habitantes de los tres poblados lacustres enclavados en la Ciénaga, en un periplo de terror y muerte. El episodio sacó a la luz pública esta vasta zona, como pasa con la guerra en Colombia, aplicada profesora de geografía. Nueva Venecia, Buenavista y Trojas de Cataca fueron conocidas en el mundo por esa masacre de pesadilla.

Por entre casas de madera pintadas de colores recorrimos sus “calles” de agua hasta llegar a la iglesia, ubicada en un pequeño terraplén. Al llegar pasó por nuestro lado una canoa repleta de niñas estudiantes, sentadas con sus uniformes de falda azul larga y blusa blanca, mientras la maestra parada con una vara larga empujaba la canoa hacia la escuela. ¡El bus del colegio en su recorrido habitual!

Permanecimos allí casi todo el día, conversando con habitantes del lugar que nos contaron sus historias de alegrías, terrores, carencias y abundancias remotas. Es una vida que se vive bajo otros parámetros, difícil de comprender para los terrestres.

Regresamos en la mitad de la tarde entre una llovizna que nos aguijoneaba, con el agua que empezaba a encrespase y pensando en la riqueza perdida de mi Colombialma.

Clasificados

Febrero 23 de 2008

¡Colombia es una ganga, ofertas miles, promoción, rebajas, precios especiales o mejor gratis, pague uno y lleve dos, pague nada y lleve todo, traiga el viejo y le damos el nuevo con el mismo viejo, últimos días, ofertas válidas hasta agotar existencias y arreglar el país!

Motivo paz en Colombia se venden, exportan, donan, permutan, vencambian, se dan en usufructo o en arrendamiento vitalicio, y se transfieren a cualquier título gratuito u oneroso: ventiladores, anaqueles, archivos, motosierras, chuzos, grabaciones, casetes, pirámides, cilindros, bloques, columnas, frentes, cuadrillas, vacunas, campeonatos matemáticos, gooooooooooooooooooles, catorces, cruces, partituras de conciertos para delinquir, fallas mecánicas, estrellas negras, águilas negras, ratas, mulas, culebras, elefantes, micos, lagartos, carruseles, serruchos, cartuchos, puchos, duchos, expertos, libros abiertos, marmertos, hecatombes, un vecino al nororiente, una silla vacía, siete gallinas, una toalla, cocinas, lavadoras, camuflados, tronos, zares, payasos, voceros, jefes de finanzas, ideólogos, raspachines, filipichines, espadachines, malandrines, fantoches, derroches, parapolíticos, paracos, faracos, elenos, rastros, machos, jabones, mugres, nevados, amapolas, matas de coca, canecas de glifosato, silicona, paraísos perdidos, libros sobre prepagos, pospagos, copagos y no pagos, minisubmarinos, lanchas rápidas, minas, sombreros chinos, libros sobre la China, chinas parlanchinas, playas cochinas, motos, terremotos, mototaxis, guacas, caletas, coordenadas, burbujas con vidrios polarizados, polarizaciones, polígrafos, politiqueros, inamovibles, fuentes fidedignas, “retenciones” de guerra, retenciones en la fuente, impuestos temporales, sobretasas, tasas de homicidios, pimpinas, pamplinas, leyes, normas, decretos, artículos, articulitos, numerales, ordinales, incisos, certificados del DAS, libretas militares, colecciones anuales de cédulas y pases, planillas, formatos, formularios, firmas, sellos, estampillas, recomendaciones, hojas de vida, huecos viales, huecos fiscales, huecos para venta de

contrabando, cerebros huecos, palabras huecas, mal humor, humo de chimeneas, cortinas de humo, megatrenes, megaproyectos, puentes sin ríos, ríos sin puentes, aserríos, incendios de leyes forestales, heladas, lluvias aisladas, hechos aislados, poblaciones aisladas, peajitos, trochas, derrumbes, trancones, guantes de cirugía completos (venta a futuro), ataúdes vacíos (venta a futuro), fosas comunes sin usar (venta a futuro), prótesis sin estrenar (venta a futuro), proclamas, discursos, declaraciones, comunicados, carreta, cepillos, rodilleras, lambones, lambidos, espejos de delfincitos, turbantes, balas perdidas, expedientes perdidos, carros bombas, esquirlas, cambuches, rollos de alambre de púas, cadenas, pitos, mosquitos, pruebas de supervivencia y de supermoriencia, cartas con olor a selva, comisiones, comités, informes detallados, investigaciones exhaustivas, medidas oficiales, disculpas, justificaciones, planes, programas, promesas, utopías y columnas de prensa.

Este país se llenó de vainas raras y feas. Para descongestionar a Colombia todo esto se transfiere, se vende, se regala. Son desechos tóxicos y residuos sólidos, líquidos, gaseosos, espirituales, inmateriales, aberrantes, inocuos, inicuos y paralizantes.

Para mayor información favor llamar al Palacio de Nariño, a las sedes de los partidos políticos, a la cárcel de Itagüí y a otras de máxima seguridad y de no tanta, a las montañas de Colombia y a muchas empresas privadas. ¡Qué pena acosar, pero rapidito porque necesitamos vaciar, evacuar, achicar, desocupar, limpiar y vivir en paz!

Cazafantasmas

Junio 30 de 2007

Crear y creer en fantasmas y otros demonios es una costumbre milenaria. Dos episodios recientes tienen de moda este tema en Colombia: el fantasma de una niña en un parque de Cúcuta, y dos “espíritus” que fotografió un policía en el lugar de un crimen fresco en Bogotá. A pesar de ser asuntos tan etéreos en ambos fue clave la tecnología, pues los fantasmas se evidenciaron en fotos tomadas por celulares que con una buena dosis de imaginación dejaron prueba documental.

Hace una década, en una película gringa apareció la silueta de un niño tras una cortina. Luego circuló la especie de que el pequeño había muerto años atrás donde se filmó la escena. La tecnología del más acá está sirviendo de médium para mirar el más allá.

Ninguna ciudad, pueblo o paraje de Colombia ha sido ajeno a esta extraña fascinación esotérica de la humanidad. En mi natal Medellín, en la vieja edificación de la avenida La Playa donde funcionaba la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana, salía de noche una pálida mona (rubia en paisa) vestida de blanco. Cuando hace algunos años mi escuela jurídica fue cerrada por vetusta y aislada, la misma mujer -o quizá son varias- se trasladó de allí a la sede del barrio Laureles de la misma Universidad, para seguir aprendiendo la ciencia de Kelsen en el nuevo edificio.

Pero la ubicuidad de la mona es pasmosa. También asusta de noche en la sede gubernamental de La Alpujarra, no sólo en la Gobernación de Antioquia sino también en la Alcaldía de Medellín. En ésta mantiene con pánico a los funcionarios de Metroseguridad en el piso diez, quienes permanecen allí para operar las 24 horas el número de emergencias 1-2-3 Medellín.

Hace tres años el diablo bailó con una joven en Mango's, una discoteca de Itagüí, y es famoso el señor con sombrero de copa que se para en la noche frente a la antigua discoteca El Peñasco sobre la orilla de la vía Las Palmas en las afueras altas de Medellín. Del centro de la misma ciudad era el “Hombre de la Mano Larga”, que azotaba a los últimos bohemios nocturnos.

En el frío y paradisíaco municipio de El Retiro, en el oriente antioqueño, sale un espanto entre los parajes La Fe y Don Diego en la llamada “Curva sin Fin”. Hace mucho, un viernes santo por la noche -fecha ideal para esos menesteres según los guaqueros- fuimos con un grupo de amigos a enfrentar al fantasma. Sólo nos espantó el frío sentados en plena vía, en aquel tiempo poco transitada a esas horas.

En otra ocasión estuvimos a media noche en el cementerio del mismo municipio para retar nuestros miedos en un lugar de por sí fantasmagórico. El suscrito saltó la reja y se metió entre las tumbas. Unos ruidos me hicieron salir corriendo despavorido más por miedo a un balazo del celador que por un espanto.

Mi afición por cazar o desenmascarar fantasmas era persistente. Durante una excursión de colegio, al final de una fiesta vallenata en el corregimiento Guayabal de San Antero (Córdoba) nos advirtieron que no regresáramos caminando a Coveñas -como habíamos llegado- pues en una curva cerca al mar Caribe salía un cura sin cabeza. ¡Oh tentación! Con dos amigos nos sentamos en la mitad de la vía armados de piedras dispuestos a descabezar al cura sin testa. Por poco un ruido en el matorral causa la decapitación de una vaca.

No creo un ápice en cosas de ultratumba, pero me causan curiosidad cultural y hasta científica los orígenes, explicaciones e historias que hay detrás de esos cuentos.

Ante mi frustración como cazafantasmas cambié el oficio por otro relacionado: en una ocasión, también cerca al municipio de El Retiro en el cercano oriente antioqueño, varias personas iban en un Simca cuando repentinamente se les apareció en la carretera un espanto con ruana (“la capa del viejo hidalgo” antioqueña) cuya cabeza era una calavera fumando un cigarrillo Pielroja. El carro culebreó, rozó un barranco y huyó como alma que lleva el diablo.



Ese sí no era cuento. Era quien escribe, con una ruana en mi cabeza y encima de ésta una calavera sin pasado ni origen conocido que guardaba un amigo en su finca. Imagino que ese sitio ya tiene historia, y yo aprendí en carne propia cómo nacen los espantos.

El pasado domingo en el parque Tayrona conocí a “La Coki” -apodo de María Rosa, una wayúu de Fonseca, Guajira-, quien me narró el duelo vallenato que según ella presencié de niña entre su tío abuelo Francisco Moscote Daza (Francisco el Hombre) y el diablo azufrado y con cola...

Bueno. Es la una de la mañana, estoy al lado de mi mar Caribe y la brisa entre los trupillos ruge. Me voy, no sea que se me aparezca el “Bergantín Maldito” que según la leyenda taganguera persigue a los pescadores nocturnos desde el cabo de La Aguja. Ya no estoy para cazar ni una piragua encallada, pues bastante tuve en mi primera juventud y hoy me basta con “El Holandés Errante” de mis hijos, en la película *Piratas del Caribe I, II y III*, y quién sabe cuántas más.

De posesiones demoníacas

Agosto 9 de 2008

En pleno siglo XXI seguimos conociendo noticias sobre posesiones, exorcismos, fantasmas y hechos paranormales. Definitivamente este tema acompañará siempre a la humanidad, y la religión y la ciencia están en mora de dar explicaciones creíbles y suficientes al respecto.

Los evangelios dicen que Jesús expulsó demonios. La iglesia Católica y otras iglesias toman las posesiones en serio, y hay sacerdotes especializados en exorcismos. Sin embargo, el misterio sigue rodeando el fenómeno ante cierto ocultamiento o excesiva cautela explicable pero propicia para especulaciones necias. Por eso el conocimiento público del tema queda en manos de películas como *El exorcista*, *La profecía* y cientos de filmes de terror con gran acogida.

No creo en posesiones, fantasmas ni espiritismos, pero tampoco pienso que quienes han vivido o visto experiencias de esa clase sean todos mentirosos, sino que se trata de fenómenos causados por sugestionamientos, energía mental viva o desórdenes psicológicos. Es decir, con causas vivas, terrenales y físicas.

Sin embargo, hasta donde hoy lo permita la ciencia, su claridad y divulgación pública son necesarias, tanto por parte de científicos como por la Iglesia, pues se han presentado casos que comprometen gravemente la integridad física y mental de muchas personas.

Hace pocos días ocurrieron en la costa Caribe dos crímenes cuyo marco fueron ritos satánicos. Uno fue el 20 de julio acá en Santa Marta cerca al tradicional barrio Pescaito donde Marge Novena Mena asesinó a su ex esposa a balazos, aduciendo luego ante el Juez que la mujer “se encontraba visitando brujas con el fin de colocar en práctica algunos ritos con el fin de alejarlo de su vida”. Agregó que “había visitado a una

pitonisa que le había confirmado la teoría, además de decirle que ella le había hecho un entierro” (Hoy Diario del Magdalena, 23-07-08).

El otro crimen espeluznante reitera lo delicado de estas prácticas. Una sobrina de la víctima del hecho relató así el ambiente: “Eso parecía una película de terror porque se escuchaban gritos, alabanzas, rechazo al demonio, frases de liberación, olores putrefactos y voces de ultratumba” (ídem).

Ello sucedió en el corregimiento Mariangola de Valledupar, también hace pocos días: “De acuerdo con las investigaciones adelantadas por los organismos estatales, parece que durante el ritual un espíritu poseyó a Luis Mercado Polo, hermano de la occisa, Clara Luz Mercado Polo, una mujer de 42 años, a quien el hombre endemoniado le sacó los ojos con un elemento cortante y trató de cortar la lengua en presencia de un pastor evangélico” (ídem).

Clara Luz fue estrangulada luego por el espontáneo exorcista, quien hoy dice haber estado también poseído por Satanás. Aunque menos brutales, casos similares regularmente se presentan protagonizados por estudiantes adolescentes enloquecidas dizque por usar la tabla ouija. Según las noticias, hace poco en el municipio de Soledad cerca a Barranquilla cinco mujeres jóvenes fueron poseídas por un demonio, y en una emisora nacional escuché sus gritos supuestamente prestados de ultratumba.

En los casos criminales de Santa Marta y Valledupar hay detenidos, pero el daño se hizo, además de que no siempre las autoridades y la justicia pueden prevenir y castigar tales desafueros. Por ello esa ingenuidad y esa ignorancia sumadas al aprovechamiento de algunos “vivos”, deben ser prevenidas con educación, claridad y divulgación de las investigaciones por parte del Estado, la ciencia y las diferentes iglesias.

Igual pasa con tantos brujos de pacotilla que timan ingenuos -incluso en programas radiales- generando consecuencias inocuas y también perversas, siempre con la estafa como herramienta delincencial. Sin llegar a extremos de países como Haití y algunos africanos donde el vudú y prácticas similares son parte de la cultura, Colombia es muy propensa a estos fenómenos y creencias, que muestran gran ignorancia y un manejo inadecuado por parte de las religiones y del Estado.

¡Monté en bola!

Noviembre 3 de 2007

En los años cincuentas y sesentas la Policía andaba motorizada en una especie de furgones verdes y redondeados llamados “bolas” en Antioquia. Hoy la entidad usa furgonetas modernas, que para mi siguen siendo “bolas”.

Durante la alcaldía de Sergio Fajardo en Medellín, fui hasta hace ocho meses y durante más de tres años gerente general de la Empresa Metropolitana para la Seguridad “Metroseguridad”, entidad estatal adscrita a la Alcaldía Medellín. En ejercicio de dicho cargo entregamos cientos de “bolas” modernas a la Policía de mi ciudad natal. Paradójicamente, a las cinco de la tarde del pasado 28 de octubre día de elecciones, mientras mis amigos celebraban sus victorias electorales en Medellín, yo me encontraba detenido en una de esas “bolas” rumbo a la Fiscalía de Santa Marta.

Días antes, como muchos colombianos y extranjeros, me ofrecí para trabajar *ad honorem* en la Misión de Observación Electoral -MOE-Magdalena, y así contribuir con mi grano de arena a mejorar la calidad y transparencia de la democracia colombiana. La MOE es una corporación neutral nacional conformada por muchas entidades de diversa índole (entre ellas la Andi, la Pastoral Social y 27 universidades), apoyada por Usaid, Asdi. Cordaid, Oxfam y la fundación Konrad Adenauer (agencias de cooperación internacional de Estados Unidos, Suecia, Holanda, Inglaterra y Alemania), respaldada por la ONU, reconocida por el Consejo Nacional Electoral y por la Registraduría, y con voceros de la Fiscalía y la Procuraduría.

En la tarde, con dificultades fui a votar a Gaira, corregimiento de Santa Marta totalmente inundado por un aguacero caído la noche anterior en la Sierra Nevada. Además, recibí los informes de las delegadas de la MOE ubicadas allí.

Luego, en ejercicio de mis funciones veedoras, me dirigí a observar el conteo de votos en el puesto más grande de Santa Marta, el Liceo Celedón, el mismo del maestro vallenato Escalona: “Oye morenita te vas a quedar muy sola / porque anoche dijo el radio / que abrieron el Liceo”. Recibí una escarapela con mi nombre, y entré luego de forcejear con la Policía, pues habían cerrado el puesto de votación cinco minutos antes de lo ordenado por la ley.

Cuando observaba el conteo de votos en varias mesas, alguien me buscó para que ayudara a dos compañeras de la MOE detenidas afuera en la entrada. Con vehemencia pero con respeto, ante la arbitrariedad discutí con varios agentes no sé de cuál entidad oficial (supongo y espero que sí era oficial) porque vestían de civil.

Sorpresivamente pasé de defensor a detenido, con el pretexto de haber entrado al puesto de votación como testigo electoral con autorización falsa según ellos, lo cual era absurdo, pues además de que yo no era testigo de ningún candidato ni partido sino observador neutral, mi escarapela era privada y avalada por la directora de la MOE Magdalena, facultada para ello. Obvio que no sabían o no querían saber qué era la MOE. Incrementaron el mal trato cuando les mostré mi tarjeta de abogado; en forma grosera me pidieron la cédula y se la llevaron “para comprobar mis antecedentes penales”. Fui tratado como un delincuente y me arrumaron con otras seis personas al frente de un grupo de samarios y samarias que solidariamente protestaba por el atropello.

Más tarde, los correspondientes “positivos y positivas” del día fuimos metidos en una “bola” y llevados al CTI. Allí estuvimos casi tres horas “mientras se resolvía nuestra situación judicial”. Con la llegada de la noche y el comportamiento de los agentes, vi que la situación se podría agravar. Llamé a mi esposa y me tocó sacar humor recordando la salsa de Fruko y sus Tesos: “Oye, te hablo desde la prisión”, le dije, pues ya casi “era feliz e indocumentado”. “En el mundo en que yo vivo / siempre hay cuatro esquinas / Pero entre esquina y esquina / siempre habrá lo mismo /... hombre triste soledad / vivir en esta condena / Ya no quiero sufrir más / te lo digo Magdalena”.

Como mis argumentos legales fracasaban y el asunto empeoraba, decidí buscar ayuda externa, bien difícil en una ciudad en la que sólo llevaba viviendo siete meses. En mi celular encontré el nombre de un paisano a quien nunca llamo, que supongo estaba en Bogotá. Él, muy

atentamente me pidió que le pasara a la persona al mando, un Mayor con quien habló.

Tuve mucha suerte, y ojalá todos los colombianos la pudieran tener... El contacto en Bogotá y la intervención de la Directora de la MOE-Magdalena lograron nuestra libertad y la devolución de los documentos.

Extrañados y confundidos, mis compañeros europeos anotaron el incidente en su informe. Son denuncias que espero contribuyan a mejorar nuestra democracia y ayuden a impedir que estas arbitrariedades (y otras muchísimo peores) se presenten en Colombia. ¡Única vez en mi vida preso!; triste experiencia, ante la sensación de impotencia y la frustración por el atropello de algunos miembros de instituciones que siempre he apoyado y defendido.

Hoy este hecho es ya otra cicatriz democrática más en la lucha por mi Colombialma, y seguiré defendiendo y apoyando a todas las instituciones legales, incluyendo en especial a las comprometidas en este caso.

El holocausto por entregas

Mayo 5 de 2007

Se buscan cruces en Colombia para clavar encima de sus campos; se buscan campos en Colombia para enterrar a sus muertos; se buscan muertos en Colombia para nutrir la violencia; se busca violencia en Colombia para generar terror; se busca terror en Colombia para conseguir poder; se busca poder en Colombia para seguir buscando cruces; se busca...

Es apenas obvio que esta guerra de tontos y de tantos contra tantos que vivimos desde la Independencia (incluso desde la Conquista), que a veces es más cruenta pero que siempre persiste, necesite lugares para acomodar sus odios y sus dolores; enterrar sus cadáveres para despejar terrenos que permitan nuevos campos de batallas de un solo bando; sábanas para enjugar sus lágrimas; oídos para escuchar sus llantos; páginas para escribir sus dramas. Esta violencia acosa y necesita esconder rápidamente a sus muertos para desocuparse sus entrañas y devorar más víctimas.

Ni la más retorcida y macabra película de terror se puede comparar con la desgarradora crónica sobre descuartizamientos, fosas comunes y desaparecidos publicada el pasado 24 de abril en el periódico El Tiempo. Es una espeluznante y demencial “narración extraordinaria” de Edgar Allan Poe. A destajo descuartizan y destripan colombianos vivos y muertos. Los esconden urgentemente en cualquier hueco, acaudalan ríos con ellos, imuévanse, hay mucho trabajo por hacer y pronto vendrá la justicia internacional!

No es una historia nueva. En la Violencia de los años 50 existían como en cualquier carnicería los famosos “cortes”, que eran primorosas formas sofisticadas de descuartizar gente: el de franela, el de mica, el de corbata, el de florero... Y algunos españoles descuartizaron indígenas y jefes comuneros, y luego expusieron partes de sus cuerpos en las entradas y plazas de varios pueblos para escarmiento de sus

opositores. Hay otros episodios de masacres, descuartizamientos individuales y colectivos, y de entierros múltiples y secretos.

El sótano de Colombia es el testimonio de su vida en la superficie. Si uniéramos las fosas tendríamos el hipogeo más extenso del mundo, sólo que sin el esmero y el arte de Tierradentro en el Cauca ni por supuesto de las pirámides egipcias.

Las entrañas de Colombia son de tierra, minerales, raíces, huesos y restos de prendas. Bajo el cielo de Colombia está la vida débil y fugaz; bajo el suelo la muerte temprana, vigorosa y permanente; y bajo la muerte la venganza que sube de nuevo al suelo a reciclar más violencia.

¿Cómo puede dejar de germinar la violencia en Colombia si continuamos haciéndole surcos de dolores a la tierra, fertilizando su infertilidad y sembrando semillas de carne y hueso? Siguen desgajando el racimo de Colombia a machetazos y con motosierras. Revaluación del odio frente al amor, e inflación de la muerte, éstas sí son irremediables.

¿Qué más da? 10.000 según la Fiscalía y 31.000 según la Comisión Colombiana de Juristas son las cifras de desaparecidos en los últimos años de la guerra en nuestro país. Son desaparecidos en su gran mayoría huéspedes completos o en gajos de ese gigantesco sepulcro escondido aún. Es un holocausto por cuotas. ¡Cuánta angustia queda, cuánta incertidumbre, cuánto dolor!

Y, además, ¿cuánta justicia se podrá impartir, para cuántas reparaciones alcanzarán las cuentas, para cuántos perdones alcanzará la misericordia humana, cuánto olvido será posible? Quizá sea mejor dictaminar por decreto un alzhéimer colectivo como el que dizque tiene el señor Ramón Isaza del Magdalena Medio.

O quizás, mejor repartir pastillas para la memoria que muy seguramente se pueden encontrar "... entre los pomos de loza y el aire de valeriana de la única botica que quedaba en Macondo, donde vivía Mercedes, la sigilosa novia de Gabriel. Era lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose a cada minuto, pero sin acabar de acabarse jamás..." ¡Ay Colombia!

Una cruz para Salva

Junio 2 de 2007

Para contribuir en algo a divulgar la degradación del conflicto colombiano, siento que debo seguir comentando la crónica publicada el pasado 24 de abril en El Tiempo sobre desaparecidos, descuartizamientos y fosas comunes, pues muchos siguen ajenos a esos horrores y atizan una guerra desconocida. La verdad es lo único que le dará a Colombia una segunda oportunidad sobre la tierra.

Diversos elementos de este tipo de narraciones a veces nos hacen comparar, recordar y surgir sentimientos personales, lo cual nos acerca más a esa cruda realidad. Por ejemplo, en parte de la crónica, Rosalba Velásquez, de Amalfi (Antioquia), narra cómo continúa esperando a sus cuatro hijos desaparecidos.

Recordé entonces a mi bisabuelo Salvador Velásquez Uribe -¿acaso antepasado de Rosalba y ésta parienta mía?- contador en minas auríferas de Amalfi y Segovia en el nordeste antioqueño. La clausura de la mina La Salada lo obligó a emigrar de Amalfi hacia Medellín para emplearse en la construcción del Ferrocarril de Antioquia, y una mañana de 1919 partió con ese objetivo. Lo vieron por última vez el mismo día, almorzando en la región del Porce.

Mi bisabuela Elisa Uribe Velásquez y sus 21 hijos se quedaron esperando por siempre a don Salva, su esposo, padre y primo en varios grados. El múltiple parentesco horizontal y vertical se debe a que mis bisabuelos paternos eran primos hermanos dobles entre sí, aunque nunca -que yo sepa- han tenido un descendiente con cola de cerdo como los Buendías de Macondo.

Carlina (“Tala”) mi abuela -hija y prima vertical de Salva-, fue a Medellín a buscar a su papá. Trabajó en un almacén adonde un día llegó un paisano que le dijo: “Señorita Carlina (aún), ¡está muy bien

don Salvador!, lo vi en Buenaventura de contador de un barco chileno fondeado en el puerto”.

Me inquieta saber si esa parte de mi sangre se coaguló o sigue corriendo entre venas en algún lugar. A mí sólo me produce curiosidad, pues fue hace mucho tiempo y ni siquiera conocí a Salva. Y aunque es inútil, inconscientemente siempre seguiremos esperándolo, así sea sólo su historia completa y a manera de anécdota. Pero hoy en Colombia a miles de Rosalbas, Elisás y Carlinas todavía les alcanza tiempo generacional para esperar realmente a 10.000 o 31.000 familiares desaparecidos en los últimos años (datos de la Fiscalía el primero y de la Comisión Colombiana de Juristas el otro).

Expresa la mencionada crónica que Rosalba Velásquez “...se ha muerto cuatro veces. Una por cada hijo que le han desaparecido. Ya casi completa una década de buscarlos entre pilas de cadáveres...”

“Peor que sus muertes... es no tener la certeza de sí los tiraron al río, a los gallinazos o si levantaron la tierra para meterlos ahí..., su memoria vuelve sobre la volqueta roja que solía llegar al pueblo con cadáveres. -¿Toñito, trajiste cuerpos? - Sí señora. Pero ninguno de los suyos-, le respondía el conductor que entonces trabajaba en una mina de oro cercana y que, de vez en cuando, cargaba con cuerpos que encontraba por el camino...”

“Fue cuando la muerte tocó otra vez a la puerta. Venía vestida de poncho, sombrero y arma en el cinto. Rosalba abrió como siempre, con una sonrisa seca y una arepa tostada dispuesta en la cocina... Lo que siguió fueron largas jornadas de búsqueda monte adentro en compañía de Wílmár, el hijo que le quedaba. Ambos sabían que donde hay fosas comunes hay peladuras en la maleza porque a los muertos en Amalfi los abrían y los llenaban de cal para que el olor no llamara a los gallinazos...”

“Removieron la tierra y no encontraron nada. Rosalba dice que después de tantos años ya no tiene la ilusión de reconocer los restos de sus hijos por la ropa, pero sí espera que los encuentren y las pruebas de ADN le den la paz que lleva esperando 10 años. -A mí me han herido tanto en esta vida que hasta el miedo me lo mataron-...” (El Tiempo, 24/04/2007, Andrés Rosales, enviado especial, nordeste antioqueño).



Si conociera el lugar de su sepultura, yo fácilmente clavaría una cruz para mi bisabuelo Salvador Velásquez, de Amalfi. Pero es imposible clavar más de 10.000 cruces para los hijos de Rosalba Velásquez también de Amalfi, y para los cientos que desaparecieron otro Salvador y muchos “salvadores” de nada. Las coincidencias de la vida nos enseñan que la historia es una sola aunque pasen siglos y cambien los motivos.

La chibolera y el holandés errante

Agosto 22 de 2009

El Holandés Errante es un barco fantasma que aparece en la saga de la película *Piratas del Caribe*, pero en la siguiente historia real no es un barco. Se trata de un ciudadano también holandés que llegó hace poco a morir de amor al departamento del Magdalena. Es que aún hay personas que mueren de amor, como hay otras que mueren de odio, o de luchar por ideas, o simplemente de morir.

Nuestro personaje falleció hace poco en la población ribereña de Plato, al sur de Santa Marta. Se llamaba Willy Jensen, tenía 58 años y era jubilado de una empresa de comunicaciones en su país. En su tierra conoció por Internet a una joven del municipio de Chibolo, cerca a Plato. Se enamoraron a primera pantalla: -¡Chibolera morena hermosa cómo te amo! -¡y yo más mi pálido holandés, mi príncipe rubio punto com!

Se comprometieron en matrimonio utilizando al celestino de Bill Gates, cuya genialidad puede juntar los seres más lejanos y alejar los más cercanos. Jensen dejó su Holanda para venir a esta tierra ardiente de clima y de pasión, como en el siglo XVII también lo hiciera por amor al oro y a la sal su compatriota Johan van Walbeeck, corsario que se apropió de Curazao, en las Antillas Holandesas.

Willy llegó en el 2008 a Bogotá de donde partió hacia el verde valle del bajo río Magdalena. Quedó de verse con su amada en Plato, cerca a Chibolo, seguramente para evitar habladurías en el pueblo de su entonces prometida virtual.

Llegó a Plato el último tres de diciembre y se hospedó en el hotel Real. Pero una vez allí la mujer nunca apareció. Algo sucedió en sus pantallas. Ella se arrepintió o le había mamando gallo, como buena caribeña.

Ante la pena, el hombre se dedicó a alimentarse sólo de cerveza y a fumar, mientras el reverberante calor de Plato le fue secando lentamente su delicada piel europea, y el recuerdo de su chibolera caribe le secaba el corazón. Varios plateños lo recuerdan taciturno, mirando sin ver hacia los playones del río Magdalena y hacia las sabanas, desde cualquier cantina.

Hace tres semanas sucedió lo que tenía que pasar, y lo que al parecer Willy quería: “El ciudadano holandés hacía tres días había sido remitido al hospital Fray Luis De León, con diarreas, vómitos, donde los facultativos de turno le diagnosticaron (sic) varios medicamentos; pero ayer a eso de las cinco de la tarde y en momento en que el encargado del negocio fue a encender las luces y percatarse de olores putrefactos en la habitación,... abrió la puerta, encontrándose con el macabro hallazgo: el ciudadano holandés en pantaloneta y completamente muerto” (sic-El Informador, Santa Marta, 03-08-09).

Al leer la nota pensé en una equivocación pleonástica del corresponsal, pero luego vi mi error. Con voluntad o no, en la frase “completamente muerto” hay un inmenso poder periodístico, literario y vital; o mortal.

Normalmente uno se muere, y ya. Deja de respirar. Pero si uno se muere “completamente” es porque de verdad se quería o tenía que morir; o lo matan muy duro, como usualmente matan en Colombia. El enamorado holandés con semejante pena de amor en estas lejanas tierras de Dios, tenía que morirse completamente, del todo y en absoluto. Por ello no me burlo de la forma como fue relatada la noticia, cualquiera hubiera sido el propósito del reportero, pues reflexionando le encuentro sentido.

Por esas cosas del destino, un poco más hacia el norte antes de llegar a Ciénaga, existe lo que fue la finca bananera Neerlandia, propiedad de otro holandés, lugar donde a principios del siglo XX “bajo un frondoso árbol de almendro” (dice Gabo en *Cien años de soledad*) los generales Uribe Uribe y Florentino Manjarrés firmaron el Tratado de Neerlandia, que puso fin a la sangrienta Guerra de Los Mil Días.

Nuestro Romeo holandés no estaba en la romántica Verona de Italia, y no había Julieta que lo acompañara en su tragedia. Estaba en Plato, donde cuenta la leyenda que un hombre se volvió caimán, también



por un contrariado amor hacia una mujer imposible mientras siguiera siendo humano. ¡Ah!, y Macondo y Valledupar quedan cerca..., o mejor, hacen parte del mismo vallenato.

25 cajitas

Junio 28 de 2007

El pasado lunes 23 de junio en el lugar histórico quizás más solemne de Colombia, la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, el Gobierno Nacional entregó a sus familiares los restos de 25 personas encontradas en fosas comunes.

El sitio escogido, el tipo de ceremonia y algunas expresiones de las autoridades fueron un hecho errático, carente de *sindéresis*, que hace meditar sobre el acto en sí y sobre el manejo de la situación del país que ya pasa de trágica a surrealista.

Nuestra Constitución dice que “Las autoridades de la República están instituidas para proteger a todas las personas residentes en Colombia en su vida, honra, bienes...”, para que ahora salgan a manera de victoria con la generosa entrega pública de una cajita de 50 por 20 centímetros con huesitos y sin carnita, diciendo que “este tipo de acciones demuestra el dolor que tenemos en este país y el trabajo que hay que hacer...”. Claro, es más fácil escarbar con pico y pala y valerse de los adelantos de la ciencia con análisis de ADN en laboratorios, que proteger a los colombianos de los peores asesinos de la historia.

Que el Estado no pretenda ahora tapar la errática aplicación de la bien pensada Ley de Justicia y Paz y la ineficiencia de varios gobiernos -sí, de muchos gobiernos- con un show de 25 cajitas, pidiéndole a las víctimas que adoren a la patria en su silencio mudo.

No quiero creer que este pomposo acto -al que pretenden restarle boato al insistir que era “estrictamente privado” aunque el mundo entero lo vio- tuvo como objetivo mostrar que el Gobierno sí entrega cadáveres y las Farc no. El Gobierno no mató ni enterró a esas 25 personas en fosas comunes y, por tanto, no tendría ningún sentido restregar el contraste en la forma de actuar. Pero esos actos tan equívocos se pres-
tan para suspicacias.

Muy casual que esta entrega en el solemne altar de la patria se haya hecho pasados tres días de la celebración de un aniversario más de la Independencia, uno antes del natalicio de Simón Bolívar, y a dos del cumplimiento de los dos años de vigencia de la Ley de Justicia y Paz. Tiene sentido que el departamento escogido haya sido el Magdalena, pues con una excepción todas las víctimas eran de allí -incluso varias fueron encontradas bajo los suelos de Aracataca, Macondo-, pero lo de la Quinta de San Pedro Alejandrino es absurdo.

Bueno, quizás a lo mejor tiene que ver con los también itinerantes restos de El Libertador, o con más homenajes a García Márquez en su tierra, si se evoca el “talego de lona que hacía un permanente ruido de cloc cloc cloc, donde llevaba los huesos de sus padres” Rebeca Buendía desde Manaure hasta el otro lado de la Sierra (*Cien años de soledad*).

De todas maneras, allí todos estaban como el conocido comercial: en el lugar equivocado y diciendo lo equivocado.

¡Ahí tienen sus 25 cajitas, cantemos el Himno Nacional en este lugar patriótico, qué viva Colombia, perdonen lo malo y hasta luego vida mía si te he visto no me acuerdo! ¡Qué tal!

¿Y esas personas qué van a hacer con las 25 cajitas, tan bonitas ellas? Irán a una fosa conocida y no común, claro, pero ¿y lo demás?, ¿y el muerto?, ¿y las torturas?, ¿y los culpables?, ¿y las funciones principales del Estado?, ¿y las de la sociedad?, ¿y dónde se guarda el dolor?, ¿habrá cajitas marrones para meterlo mientras llega el olvido que será? (gracias Héctor Abad).

He apoyado la esperada confesión de los jefes “paras”, las medidas del Gobierno al respecto, y la Ley de Justicia y Paz, pero a estas alturas (lento que es uno) veo que definitivamente sí nos están mamando gallo como muchos decían y como otros no creíamos ni queríamos creer, pues no era la manera proactiva ni optimista de afrontar esa cosa que se nos venía de ventiladores, destapes y desenterradas.

Y lo que falta: según serios cálculos del analista Alfredo Rangel, como vamos se necesitarán 93 años para terminar estos procesos. El tiempo corre a favor de los “paras” (y de carambola para la guerrilla) y por eso maman gallo, pues llegará el día en que cansados acudamos a lo que se hizo en Sierra Leona: un tribunal mixto que juzgue los cien



crímenes conocidos más significativos, y con la nariz tapada sigamos para delante cojeando y con inmensos vacíos en el corazón y en las instituciones.

25 cajitas color marrón... Ahora se deberá modificar el Plan Nacional de Desarrollo para incluirlas como programa y como costo y, además, mandar a fabricar más con estricto apegamiento a las normas de contratación y con sus respectivas apropiaciones presupuestales, para que todo sea transparente y no se presenten chismes de negociados ni cosas de esas. Ni más faltaba.

Flores para Fonseca

Diciembre 22 de 2007

“Ya tenemos una tumba donde llevar flores”, expresó Alejandro Barros el sobrino de Fidel Fonseca, cuyos restos fueron entregados el pasado domingo 16 de diciembre en el Centro de Convenciones Casa Grande en Santa Marta. Fueron 13 colombianos más desenterrados esta vez en los municipios de El Piñón, Fundación y Aracataca, así que ni el mágico Macondo escapa a esta realidad desoladora de tantos años, con el riesgo de que alguna de esas urnas también contenga huesos de Úrsula Iguarán.

La de Barros (Barros, como el maestro José Benito, el de La Pira-gua) es la frase del año porque resume uno de los hechos colectivos más brutales de Colombia, que en el 2007 empezó a ser divulgado masivamente: el asesinato, descuartizamiento y entierro de miles de colombianos en cientos de fosas comunes.

Entre tantos horrores que hemos vivido, el de las fosas comunes y sus espeluznantes circunstancias nos llegó al alma, pues midió nuestra guerra. Nos estrelló a Colombia en la cara.

Pero la atroz historia siguió y seguirá: “Ya sabemos que están muertos, los vamos a sepultar con la ley de Dios, y ya tenemos una tumba donde llevar flores”, fue la frase completa de Barros, quien habló en nombre de los familiares que ese día en Santa Marta con mezcla de dolor y agradecimiento (¡qué tal!) recibieron los restos de sus parientes.

Aumentó el umbral del dolor, lo cual es grave porque implica que la tolerancia a la barbarie también se amplió y que, por tanto, ésta puede llegar a alcanzar límites monstruosos. El dolor mayor ya no es la muerte del tío, del padre o del hijo sino la incertidumbre del lugar donde están sus pedazos, y su misma identificación. ¡El ser humano mendigando la caridad más elemental!, recogiendo los mendrugos de

humanidad caídos bajo la mesa del banquete que en Colombia se dan los señores de la guerra. Nos conformamos con saber dónde ponerle flores a nuestros muertos, pues nos tocó aceptar sus asesinatos.

Será difícil retornar a los niveles de dolor normales, como también encontrar de nuevo la capacidad de asombro ante el horror, y reconstruir una justicia justa acorde con los parámetros necesarios para que una sociedad funcione. Es uno de los riesgos de la justicia transicional propia de leyes como la de Justicia y Paz, y que inevitablemente nos hacen tragar inmensos sapos, como dinosaurios.

Pero no podemos olvidar ninguno de los horrores, y por ello quiero recalcar, subrayar y resaltar el de las fosas comunes. En Colombia ante la vertiginosidad de varios hechos, incluso también dolorosos pero de otra índole, temo que olvidemos este asunto. Cada horror hay que detallarlo, masticarlo, digerirlo, contarlo e imprimirlo en la memoria. De lo contrario no habrá reparación, y perderemos los umbrales del dolor, la dimensión del terror y del castigo, y la capacidad de llanto. Además, nunca habrá perdón y la verdad reventará tarde que temprano con más odio y venganza y entonces violencia.

La degradación del conflicto era inevitable ante la progresiva indiferencia y la complicidad de quienes viven de la muerte. Esas historias de descuartizamientos, canibalismo y masacres rebasaron todos los límites de lo que imaginábamos se iba a destapar, y lo rebasaron tanto y en tal cantidad que ya no son noticia. Por ahí en cualquier juzgado siguen apareciendo paraquitos con alias que nadie oyó nunca, confesando como si nada 100, 300, 1.000 y más crímenes.

Y ya el país siguió su rumbo “normal” de Chávices y Ortigas, de Sanandreses y Providencias, de narcoavionetas, de salarios mínimos, de chuzadas telefónicas, de inundaciones, de reelecciones, de candidaturas y de teelecés, mientras en silencio los Alejandros Barros siguen y continuarán por años buscando bajo el suelo de la patria los restos de sus familiares para saber dónde llevarles flores...

¡Qué vivan los costeños!

Marzo 3 de 2007

Como si no tuviéramos asuntos importantes que discutir y resolver en Colombia (y como si supiéramos discutir civilizadamente), de nuevo se puso de moda la estúpida pugna entre regiones, las más de las veces con banal regionalismo y pocas con profundidad sociológica. El tema lo retornó a la palestra el escándalo de la parapolítica, cuyo foco se ha centrado por ahora en nuestra región Caribe.

Escribe un paisa de pura cepa, con raigambres profundas en los municipios antioqueños de Amalfi, Yolombó, Ebéjico, Rionegro, El Retiro y Medellín, y con un amor y un apegamiento intensos por su costa Caribe colombiana. Consciente además de que gran parte del disímil territorio de Antioquia también es caribe. Así pues, quizás hasta peque de costeño defendiendo a costeño.

El problema va más allá. Es la injusta costumbre que tenemos de generalizar, como también de usar absurda y superficialmente la composición química y física de un territorio y de su ambiente para explicar la conducta de sus habitantes, aunque los sociólogos, éstos sí de manera científica, tomen a veces elementos exógenos para explicar comportamientos colectivos.

¡Qué ignorancia!, sobre todo cuando se trata de la moral, tan impenetrable por los agentes externos. Nos volvimos lombrosianos, recordando a Cesare Lombroso, aquel médico italiano loco que “descubrió” al delincuente nato por la forma de su cráneo, sus rasgos físicos y su ambiente. Incluso, hay todavía más honduras humanas: la propensión a dividir entre buenos y malos, como si fuéramos dioses.

Yo, paisa de frisoles, arepa y guaro, declaro que amo entrañablemente a mi costa Caribe colombiana. Siento que mi alma se transforma cuando respiro el aire cálido caribe. ¡Cómo no llenarme de regocijo



en las callejuelas de La Heroica; con la bella y recuperada Puerto Colombia; o mirando un atardecer en la hermosa bahía de Santa Marta! Y espero pronto (por la pica) conocer el Cesar para impregnarme de notas de acordeón.

Adoro las noches de Cartagena tan divinas y la rejuvenecida y pujante Curramba la bella. Aunque no tenga tranvía quiero a Santa Marta (la Tierra Santa, como dice un amigo costeño de primera). Amo La Piragua de Guillermo Cubillos y al Banco viejo puerto. Me encantan las calles de Tamalameque con su Llorona Loca y el Carmen de Bolívar, tierra de amores. Me apasiona ese mar calmo y jugueteón de Coveñas y esa costa con selva furiosa del Urabá antioqueño. Amo que me caiga la gota fría, como también dejar perder la mirada por las verdes sabanas de Córdoba y Sucre. Me enamoran los cien años de Macondo y caminar sobre la arena de Cartagena donde “tu piel morena besaré”. Reverencio ese río Magdalena cuando pasa viajando bajo el puente Pumarejo al final de su recorrido, y cómo me encantaría retornar al Guatapurí aunque hasta ahora nunca me haya bañado en él.

A los hermanos habitantes de la costa Caribe les llegó la hora, como nos ha llegado a los de otras regiones (aunque no del todo), de sacudirse de tantos corruptos y violentos de todas partes que nos han dominado y mostrado ante el mundo como parias. Es el momento de liberarse del yugo.

Conozco muchos costeños y, afortunadamente, ninguno que sea paraco, y a lo mejor sin saberlo uno que otro del cual digan que es corrupto, pero eso los jueces justos lo sentenciarán. La gran mayoría son personas especiales, auténticas, buenas y, con los paisas, los colombianos más colombianos que hay. Esa alegría, esa inteligencia y esa creatividad son únicas. Es que el Caribe es mágico, es el gran patrimonio de Colombia entera; nuestro orgullo.

Ojalá este episodio, más otros que han pasado ya, ayuden a que los colombianos nos unamos y nos enriquezcamos con las diferencias creadoras.

Además, dejemos esa bobada que aquí ya todos tenemos sangre de todas partes si es que por ella vamos a juzgar conductas. Separémonos sólo entre corruptos y no corruptos, y violentos y no violentos, para que los segundos de ambos grupos nos pellizquemos, e intentemos cambiar



con ejemplo e institucionalmente el comportamiento de los primeros con el objetivo de que este país de una vez por todas tome la autopista hacia el desarrollo que desde hace mucho está esperándonos con ansias. ¡Juepaje!

Mi Medellín

Marzo 28 de 2009

Cuando me hablan hoy de Medellín mi mente se llena al instante de dos colores en tonos muy vivos: verde y azul. Sí. Es tornasolada la naturaleza del recuerdo que primero me llega cuando oigo ese nombre, luego de estar viviendo durante dos años en otro lugar de mi Colombialma -el Caribe-, en el cual espero quedarme la otra mitad de mi vida si el Dios de mis montañas lo quiere. Esos colores son la imagen primaria que guardo de mi ciudad. No partí porque me disgustara Medellín, eso es imposible, lo hice porque sentí que cumplí mi pequeña misión en esa tierra verde-azul, y porque mi alma caprichosa buscaba otro lugar: el mar, ese mar que es lo único que no tenemos en Medellín. Todo no lo podemos tener...

Durante tres días y en la mitad de esos dos años sólo una vez he vuelto a la Bella Villa, y nuevamente me admiró el ritmo del cambio. ¿Qué pensarán quienes se alejan más tiempo y regresan, o quienes estrenan la ciudad con una imagen infiel en sus mentes?

Hoy me emociono cuando por algún medio veo imágenes de mi patria chica. Con orgullo y alharaca infantil les señalo y explico todo lo que veo, oigo y siento a mis compañeros, a mis nuevos vecinos de tierra, a mis conciudadanos del Caribe.

¡Ese río Aburrá!, que de sur a norte surca todo el valle acompañado por ese gran gusano, ¡el Metro!, que de lejos se ve deslizarse silencioso cumpliendo fiel su misión. ¡Esas dos colinas aparecidas en el medio: los cerros Nutibara y El Volador! ¡Y esas macizas paredes inclinadas que retienen mi extenso valle!: azules oscuras y verdes, trepadas hasta la mitad por un ajedrezado manto de blancos, marrones y grises de casas, edificios y calles verticales con tintes entreverados de árboles verdes, amarillos y lilas. Y, ¡ese cielo atardecido de colores que aún buscan un nombre! Colores, colores y más colores.

En este momento que escribo no sé ni me interesa si Medellín tiene problemas de tránsito, de contaminación, de mala repartición de edificaciones, de violencia, ¡qué sé yo!; claro que sí, los tiene, unos más otros menos que todas las ciudades del mundo, pero esos problemas los he analizado en otras ocasiones, quizás en demasiadas, porque si pongo en la balanza lo bueno y lo malo gana el primero, y lo digo vehementemente y hasta demente, seguro de que muchos me dirán “soñador, insensible, superficial, vacío...”. Sí, ¿y? Es que hoy quiero reír con mi ciudad aunque no viva en ella. Hoy quiero sentir su aire, que por mucho que digan entra fácil a los pulmones; hoy quiero soñar con la realidad de una tierra generosa, llena de gente buena, emprendedora, graciosa, franca y honesta.

Mi cuerpo no está hoy en Medellín, pero tengo allí mi niñez, y también mi adolescencia y mi reciente cuarentañez. Allí pasé esas épocas y allí se quedaron, con muchas alegrías, con algunas tristezas, con risas, buenos recuerdos, bailes, músicas y conocimientos; y con frutos también de Medellín: tres hijos, escritos, ideas y amigos. Allí me asomé al mundo en el hospital San Vicente de Paúl. Allí aprendí a caminar, a pensar, a leer y a escribir, a amar y también a llorar.

Hay algo que recuerdo mucho, y que se dice tanto que parece lugar común o quizás mentira en las épocas duras que ha vivido mi Medellín: la hospitalidad. Todos recibimos al visitante con alegría, con amabilidad, como si fuera un invitado de la realeza en la sala de nuestra casa aunque no sepamos quién es. Ese regazo es cierto: nos “peleamos” por enseñar una dirección, por mostrar un sitio, por ayudar al peregrino, por untarle el orgullo que sentimos cuando pisa la tierra donde nacimos.

A veces somos muy duros con nuestra ciudad, con nuestra tierra. Eso está bien: las cosas hay que decirlas como son, o al menos como creemos que son y como creemos que deben ser. Nos equivocamos, acertamos y discutimos con la intención de que Medellín y Colombia salgan adelante. Pero siempre debemos y tenemos que sacar momentos para regocijarnos y hablar de lo linda, buena y generosa que es nuestra Colombialma. Y Medellín... para qué escribir más; amo esa ciudad.

¡Bienvenido siempre a mi ciudad! Mi ciudad: ¡dame siempre la bienvenida!

“Mekanika jeneral”

Marzo 7 de 2009

Hace poco rodando por Pescaito, el famoso barrio de Santa Marta donde nacen casi todos los mejores futbolistas colombianos, leí casualmente el letrero que titula este ensayo, e inmediatamente lo relacioné con las noticias políticas que estaba escuchando en el radio del taxi que me transportaba a mi trabajo. Recordé avisos similares usuales en mi Medellín, pintados o chilinguiando en muros y puertas de los talleres de barrio y de garaje: “mecánica general” o a veces “mekanika jeneral”, acompañados de “latonería y pintura”. Ese debería ser el eslogan de la política colombiana de hoy y de hace mucho tiempo. Y claro, el resultado no puede ser otro diferente al mismo de un carro arreglado allí: a los dos días varado y con tres daños adicionales al que tenía.

Sí. Así como intenta rodar Colombia desde hace años... Lea hoy los titulares de prensa sobre política, recuerde los de ayer, de hace dos semanas y de un año atrás; y, lo peor: espere los que vendrán mañana, en un mes y en otro año. Verá que es cierto. La mayoría de nuestros dirigentes, líderes, candidatos y políticos sólo hablan de la mecánica electoral y, además, mal hecha y con trampitas, como la de los talleres de barrio, es decir, “ce le aze a la mekanika jeneral”. ¡Ah!, y para cuadrar el bolsillo, al lado hay una “benta de cremaz” y al frente “ce benden volys”. Un país así manejado jamás llegará a ningún destino, pues además los que proponen ideas quedan a la vera del camino, por bobitos y no tener votos (aunque a veces hay sorpresas...). Y el proceso sigue porque viene lo otro: “latonería y pintura”, es decir, la imagen, los asesores, póngase así, júntese con ese al lado, sonría, arremánguese la camisa y listo, vamos bien, ¡quieto pa’la foto!, ¿vía? “ya no quedó como usted y ahora sí votarán por usted”...

...y mientras eso sucede..., ¡jm!, el país (cuando anda, así sea cuesta abajo) rueda atrás en los rines y con las llantas de adelante chuzadas por el DAS; con doce repuestos o suplentes chiviados; el equipo de

carretera goleado y lentejiado; el gato bandido; la cruceta de espaldas; los fusibles fundidos y las mangueras pisándose; dos llantas alineadas hacia la extrema derecha y las otras dos no alineadas; las puertas giratorias; el mofle emitiendo cortinas de humo negro; recalentado porque el ventilador tiene las aspas astilladas de tanto girar; y la “Correa” molesta abajo; la cadena de distribución inequitativa; el espejo retrovisor invertido hacia adelante y con dos santos colgados que no dejan ver nada; las direccionales izquierdas agrietadas y las derechas recargadas; el árbol de levas talado; los cilindros -de gas- disparados; el bloque sacado; la gasolina arriba en la capota; el seguro parcial; las placas picadas; las válvulas de escape; los para-soles, la chusma-cera y las bandas de los frenos emergiendo; la emergencia económica; sin cambios por la caja trabada; el agua del radiador contaminada; la batería con el borne positivo falso; la gaveta atiborrada de expedientes empolvados; el aire desacondicionado; las sillas vacías; los cinturones cada vez más apretados; el radio -tiene radio- sintonizando un concierto para delinquir en don mayor; y el pito ¡clap-clap! aplaudiendo al conductor. ¡Ay Colombialma, mi pobre cacharrito!, ¡cómo te quiero aunque te den tanta chancleta! ¡Bi-bi!

La inmortalidad del realismo mágico

Mayo 16 de 2009

La excelente escritora chilena Isabel Allende dijo hace poco que “el realismo mágico ya no está vigente” y “ya no se usa como sal y pimienta” pues “hubo una época en que se le echaba a todo”. La señora Allende no sabe qué es en verdad el realismo mágico. El realismo mágico es un estilo de vida, una idiosincrasia que a algunos autores les dio por plasmar en letras. Incluso ella misma lo hizo en *La casa de los espíritus*, uno de sus buenos libros.

Por otro lado, es impropio afirmar que un estilo literario no está vigente, como si se tratara de la moda de invierno o de los pantalones bota campana o de la era go go. ¿Podemos decir acaso que la música clásica no esta vigente? Está vigente porque se siguen interpretando y escuchando sus primeros compositores, y porque además se continúa haciendo música muy buena, que el tiempo se encargará de catalogar como clásica o no. ¿Tampoco está vigente la pintura impresionista? Está vigente si alguien la pinta, mal o bien.

También es un error decir que el realismo mágico se echa como sal y pimienta a una obra, como si fuera un accesorio o un ingrediente para adobar. Es esencia y no aderezo. Quizá la opinión de la Allende esté enmarcada dentro de una fea costumbre: las críticas vanas a García Márquez, quien además nunca se defiende porque supongo le resbalan si es que las escucha.

Ningún escritor tiene que escribir como García Márquez, ni tampoco ninguno está obligado a ganar el Nobel, sin que por ello deje de ser buen o hasta excelente escritor. Además, algunos creen que criticar el supuestamente obsoleto realismo mágico es demeritar a Gabo, pero resulta que el maestro de Aracataca tiene muchas obras en otros estilos. Aún así, le critican *El general en su laberinto* aduciendo que el Nobel no es historiador, *Noticia de un secuestro* porque dizque él ya no es periodista, y así, decenas de críticas sin profundidad ni fundamento serio.

Isabel Allende es una buena escritora, pero por favor, su obra se defiende sola, y para promocionar un nuevo libro no necesita poner en el desván los anteriores, y menos los ajenos de manera indirecta. Es posible que ella misma no haya podido superar *La casa de los espíritus* y se refugie en el supuesto cambio de moda, pero tampoco está obligada a escribir una novela igual, como tampoco García Márquez volverá a escribir otro *Cien años de soledad* ni Cervantes escribió otro *Quijote*.

Hoy existen en Colombia excelentes escritores como Héctor Abad Faciolince, William Ospina, Laura Restrepo o Ángela Becerra y muchos otros, que dependiendo del estilo gustan más o menos a unos o a otros, pero ni se puede ni tienen por qué compararse con García Márquez. En especial los mejores nunca lo hacen, y por el contrario sé de varios que lo admiran sin complejos. Algunos mediocres y otros no tanto, no han podido superar el llamado síndrome garciamarquiano. Error. Cada escritor tiene algo que decir y cómo decirlo a su modo, esa es la riqueza inagotable de la literatura, pero un escritor que quede atrapado en una obra o en un autor, pensando que nunca los podrá superar, está muerto literariamente, y se queda patinando víctima de una subestima absurda y además dañina e injusta.

¡Qué bueno traer a Isabel Allende al Caribe colombiano!, no a que lea realismo mágico, sino a que lo viva. Yo desde temprano en varias noticias de los periódicos leo realismo mágico, oigo la radio local y escucho realismo mágico, salgo a la calle y siento realismo mágico, interactúo con algunos de mis conciudadanos costeños y vivo realismo mágico, dejo que me suceda el mundo y encarno en un personaje de *Cien años de soledad*. Así como la obra de Gabo, esta tierra Caribe real y mágica está más vigente y viva que nunca, y tiene además un gran futuro. ¡Ah!, y no hay que echarle sal o pimienta: es sal y pimienta en sí; es sustancia, sabor y color.

Puya: Acaba de morir el maestro Escalona, el “sobrino del obispo” (Rafael Celedón) en *Cien años de soledad*. Pero él es inmortal como el realismo mágico de sus vallenatos, música en su tumba!

¡Abrazame papá, no me dejes!

Febrero 16 de 2008

“No podía ver lo que estaba pasando, solo escuchaba el llanto de mis niños. Con mucho esfuerzo pude alcanzar a Liben, que no tenía sus piernas y quedó con el pecho abierto, pero sé que logré llegar donde unos vecinos. Él sólo me decía: abrazame papá, no me dejes”.

Parece un melodramático poema gaucho llorado por el Indio Duarte, pero son frases reales de Javier Benavides (Eltiempo.com, 10-02-08), un campesino de la vereda El Desio en Samaniego, Nariño, cuyo hijo de 12 años hace una semana pisó una mina antipersona cuando ambos caminaban por un sendero buscando sus vacas.

Los relatos de la guerra colombiana ya son clásicos en la narrativa de la crueldad humana. No sé a quién le pueda quedar el corazón indemne con esas frases, pero habrá algunos por ahí que les resbalen, incluso de esos que llaman gente bien o que dicen no meterse en política ni en enredos ajenos, marchantes o no marchantes por convicción o indiferencia, qué más da.

“Liben se desvió un poco de la ruta que acostumbrábamos. Cuando le estaba diciendo que era peligroso, un estallido nos tiró al piso”, continúa el hombre de 52 años. Su hijo se le murió entre sus brazos mientras desesperado buscaba ayuda.

Ya no sé cuál faceta de la guerra narrar: secuestros, masacres, descuartizamientos, fosas comunes, desplazados o minas antipersonas. Es variada la galería de horrores que me siento obligado a contar y a recontar. Creo más útil describir el dolor de la guerra que pontificar sobre la política de la guerra, para no olvidar y para que advirtamos cómo las guerras verbales entre cómodos columnistas y las decisiones dirigenciales “valientes”, “revolucionarias” o “patrióticas” tienen fatales consecuencias ajenas, sobre todo en lugares apartados.

El drama de Liben es diario, y poco sabemos de esas tragedias cotidianas y caseras perdidas en trochas de nuestros campos. No todas las víctimas tienen la suerte -si se puede hablar de suerte acá- de que sus fotos y cartas se publiquen para denunciar su dolor estando vivas aunque sufriendo lo indecible. La foto de Liben sin piernas y con el pecho abierto hacia el mundo nunca estará clamando en la fachada de la Alcaldía de París ni nadie la entregará como prueba de supervivencia porque no hay, ni tampoco como prueba de muerte porque ya para qué. Además, Liben no tenía ciudadanía francesa o gringa ni era congresista ni coronel; era sólo un niño campesino de una vereda en Nariño al sur de Colombia.

Hace un mes Karen Paola (su nombre blanco), una niña de la etnia Wiwa de la Sierra Nevada de Santa Marta jugaba en un bosque del piedemonte serrano con su amiga Laura y con mis hijos Tomás y Simón. Los cuatro niños chapoteaban felices en una fresca quebrada que se derrama desde la Sierra hacia el mar Caribe entre gigantescas y suaves rocas; macizo montañoso donde más arriba dos abuelos y una tía, con quienes vivía Karen, murieron en el 2004 destrozados por una granada que sus hermanitos encontraron esperándolos coquetamente sobre la Madre Tierra, y que llevaron a casa en su mochila tejida como quien lleva un nuevo y extraño juguete.

Ni abuelos ni tía tuvieron la suerte de algunos de sus antepasados tayronas hace 400 años que, exhaustos de defenderse con flechas, valentía y piedras, treparon la misma montaña y salvaron sus vidas y su identidad ante la brutalidad de los conquistadores.

Pero la historia es inevitable y tarde que temprano se rinde ante el insensible tiempo: luego de cuatro siglos, a los abuelos y a la tía de Karen Paola los esperaba otra brutalidad más bruta y violatoria de su Ley de Origen, que no les llegó de allende los mares sino de su misma tierra, del Corazón del Mundo que era el mismo suyo y lo es de la humanidad según sus sabias creencias. Ya transcurridos tres años de la tragedia, la niña enfundada en una sencilla y otrora blanca túnica de algodón crudo, escuchaba con cuidado a mi hijo Tomás cantarle *Tengo la camisa negra*, de Juanes.

Esa tarde en que por cuenta de mi hijo inocente y cariñoso, Karen Paola se aculturizó más, faltaban aún dos semanas para que Liben, su compatriota del sur del país también de doce años como Tomás y cinco



mayor que ella, cayera sacrificado como sus parientes wiwas en una suerte de pagamento a la guerra, ese monstruo grande que pisa fuerte toda la pobre inocencia de la gente, y que ni ella ni Liben ni muchos comprendemos. ¿Será que somos nosotros los brutos?, ¿o será que tenemos el corazón de plastilina? Por favor, que alguien acrisole en un poporo una pócima para dormir y endurecer corazones ya que no podemos detener la pesada crueldad que los magulla y aplasta.

Reapareció la Llorona Loca

Agosto 8 de 2009

Fermina Daza se asustó
cuando empezó a sentir la sirena del buque dentro del oído sano,
pero al segundo día de anís oía mejor con ambos.
Descubrió que las rosas olían más que antes,
que los pájaros cantaban al amanecer mucho mejor que antes,
y que Dios había hecho un manatí
y lo había puesto en el playón de Tamalameque
solo para que la despertara.
(*El amor en los tiempos del cólera*, Gabriel García Márquez)

Tamalameque es un ardiente municipio ubicado en el suroeste del departamento del Cesar, cuya cabecera está muy cerca de la margen derecha del río Magdalena y al sur de la ciénaga de Zapatosa. Se comunica por un carreteable de 17 kilómetros con la troncal que une a Bogotá, Bucaramanga, Valledupar y Santa Marta. Es de esos municipios caribes quietos, sumidos en un sopor centenario en donde no pasa nada importante.

Pero como otros pueblos olvidados, Tamalameque tiene su sitio en la historia. Fundado hace casi 500 años, fue desde muchísimo tiempo antes la sede principal de los bravos chimilas de la familia Caribe, gobernados por el cacique Tamalameque o Tamalaguataca.

Era escala obligada de los conquistadores en sus expediciones desde Santa Marta hacia el interior. Por allí estuvieron Pedro de Lerma, Diego de Viana, Juan Céspedes, Juan de San Martín, Alfínger y Jiménez de Quesada, quienes no tardaron en diezmar a los chimilas. También, según algunos historiadores, Bolívar se echó una peleadita allí contra ejércitos españoles.

Muchos colombianos sólo saben de Tamalameque por la canción del maestro banquero José Benito Barros Palomino:



En una calle de Tamalameque
Dicen que sale una llorona loca
Que baila para allá
Que baila para acá
Con un tabaco prendido en la boca
A mi me salió una noche
Una noche de carnaval
Me meneaba la cintura
Como iguana en matorral
Le dije pare un momento
No mueva tanto el motor
Y al ver que era un espanto
Ay compadre qué sofocón.

Resulta que hoy los tamalamequeros están muy preocupados, pues al parecer la Llorona Loca volvió con nuevos bríos y malas mañas. La semana anterior misteriosamente desaparecieron varias personas en el río Magdalena, y aunque la leyenda sucedió en el caño Tagoto donde una mujer ahogó el fruto de sus amores furtivos, la cercanía de ambas corrientes ha hecho que los habitantes achaquen a la Llorona los recientes ahogamientos, pues además hay varias coincidencias enigmáticas.

Los cuatro ahogados residían en la hoy llamada “calle del terror”, la misma donde la Llorona Loca se aparecía entrada la noche lanzando alaridos que horrorizaban a sus moradores, y mandando a dormir a los tamboreros emparrandados. Además, todos eran expertos en el manejo de canoas, pues siempre vivieron al lado del río y del caño Tagoto. “No sé lo que está pasando, pero lo que he visto es raro y de preocupación, aquí en este pueblo, desde hace siglos, vive en el ambiente un espíritu maligno”, dijo un habitante del pueblo (El Informador, Santa Marta, 31-08-09).

La leyenda dice que el “aparato” (así llaman algunos caribeños a los espantos) se llamaba en vida María Cervanta Unamuno, hija de nobles españoles, quien enloqueció de amor por un pirata que navegaba en el Río Grande de la Magdalena, un mestizo que había matado al temible Pedro Albundia, el de la Piragua.

María Cervanta quedó embarazada de su enamorado y, ante la furia de su padre, mató a su criatura arrojándola al caño Tagoto. Enloqueció del remordimiento, y aún después de su muerte en Tamalameque mu-

chos pobladores oyen por las noches su voz melancólica y desgarrada que arrepentida reclama a su hijo muerto.

Lloronas espantos -o aparatos- hay en todo el mundo. Aparecen al lado de ríos, lagos y hasta en playas marinas. Es una leyenda de esas sin tiempo ni lugar, y se narra en varias partes adobada con las características propias de cada región.

Macondo sigue marchando. Afortunadamente entre tantos problemas de mi Colombialma, los sueños, las historias y las vidas continúan rodando. En una calle de Tamalameque dicen que sale una llorona loca...

Los músicos de Santa Rosalía

Octubre 17 de 2009

“Ejército capturó a presunto ladrón de gallinas”, fue el titular de una noticia que leí hace poco acá en el Caribe. La frase tiene su gracia, en especial en un país como Colombia. Primero me llegaron a la mente las famosas gallinas que le mataron a Tirofijo con bombas arrojadas por aviones de la Fuerza Aérea en 1964, hecho que el guerrillero mencionó toda su vida como uno de los detonantes del nacimiento de las Farc.

Pero cuando empecé a leer la curiosa nota, se me vino a la mente el cuento infantil *Los músicos de Bremen* de los hermanos Grimm: un burro, un perro, un gato y un gallo, que ya viejos y menospreciados por sus amos, resolvieron huir hacia la ciudad de Bremen (Alemania) para volverse músicos. En el camino se toparon con una guarida de ladrones, y para quedarse con sus alimentos y con la casa, se montaron uno sobre otro para alcanzar una ventana y asustar a los bandidos con sus sonidos. Lo lograron, los hicieron huir y con ello consiguieron vivienda y comida.

Explico la remembranza: según el periódico El Informador de Santa Marta, donde leí la noticia (5-10-09), Rubén Antonio Hernández Morales, 41 años, ocupación mototaxista y residente en la capital samaria, fue detenido por un singular robo en circunstancias propias de cualquier relato de Gabo o de un vallenato; puro realismo mágico que identifica a esta tierra. Los hechos sucedieron en Santa Rosalía, corregimiento del municipio Zona Bananera, al suroccidente de Ciénaga, la segunda ciudad del departamento del Magdalena.

Rubén “fue detenido por tropas del Ejército adscritas al batallón Córdoba que adelantaban patrullajes en la troncal de Oriente por el sector de Santa Rosalía, cuando caminaba con dos carneros, dos patos y un gallo a las 2:30 de la madrugada... Al notar la presencia de los uniformados, Hernández se puso nervioso lo que hizo sospechar a los

soldados quienes lo detuvieron y al preguntarle por la procedencia de los animales este no pudo darles una respuesta clara y satisfactoria.”

Y continúa la nota: “Al comprobar que los animales eran robados, los militares lo trasladaron hasta Ciénaga donde fue judicializado en la Sijín por el delito de hurto y dejado en detención transitoria en la estación de la Policía de la localidad antes de ser dejado a disposición de la Fiscalía.”

Por supuesto que a uno se le ocurre que nuestro glorioso Ejército Nacional no está para recuperar dos carneros, dos patos y un gallo, y más de uno brincaré por gastar en este operativo parte del dinero del Plan Colombia y del impuesto de guerra. Sin embargo, habrá que investigar si los dos carneros a lo mejor eran dos lobos con piel de ovejos, si los patos pertenecían a la banda de “Los Patos Negros”, o si el gallo era alias “Don Gallo”. Igualmente, es posible que Hernández sea un jefe de finanzas de algún bloque o el encargado del avituallamiento del mismo.

También me dejó intrigado cómo diablos llevaba el “temible” forrajido su particular comparsa por esos caminos de Dios. ¿Atados los cinco de una cuerda? ¿Patos y gallo en ambos brazos y los carneros arreados?, ¿o los cuatro arreados? Difícil entender la forma para que a Rubencho no se le desperdigarán sus amigos, ni huyeran, ni pelearan entre sí. A lo mejor hasta lo seguían bien juiciosos en fila, con la esperanza de formar los seis un grupo vallenato, como sus antepasados de Bremen.

Y otra bien difícil debió ser la robada: ¿a cuál animal cogió primero, a cuáles después, y dónde fue dejando los que iba capturando mientras atrapaba los demás? Una proeza similar al viejo acertijo de la vaca, el tigre y el atado de hierba del campesino que debía pasar un puente con cada uno, sin que ninguno se comiera al otro mientras esperaban.

¡Tierra caribe ésta!, totalmente impregnada del aire de Macondo. Muy cerca queda Aracataca, el pueblo donde nacieron García Márquez y el coronel Aureliano Buendía. Con agrado sigo observando que *Cien años de soledad* y el realismo mágico continúan escribiendo páginas en la cotidianidad de este territorio.

Estrellas negras para el fútbol

Enero 31 de 2009

La infiltración del narcotráfico en el fútbol colombiano no es nueva. Se ha presentado con el dinero ilícito que nutre sus arcas o que allí se lava, dirigentes mafiosos, apuestas, amenazas, sobornos y arreglos de partidos, o compra y venta de pases de jugadores. Tampoco es el único deporte que esta lacra ha tocado y dañado: en ocasiones en menor medida también lo han sido el ciclismo, el automovilismo y el patinaje.

Imperdonable que este dañado y punible ayuntamiento se esté dando desde hace tanto tiempo, habiéndose denunciado y anunciado medidas estatales que por alguna razón no han sido efectivas para castigarlo, terminarlo y evitarlo, a pesar de ser *vox populi*, narrada incluso en decenas de libros, noticias y artículos de prensa.

Hace ya 21 años el periodista Fabio Castillo, en el primer libro que se publicó sobre narcotráfico en Colombia, *Los jinetes de la cocaína* (Editorial Documentos Periodísticos, Bogotá, 1987), fue de los pioneros en denunciar esta espuria relación, con el eco de Rodrigo Lara Bonilla y Luis Carlos Galán.

Las consecuencias han sido nefastas: resultados y campeonatos arreglados; asesinatos de árbitros, de dirigentes y de jugadores por múltiples razones; mala imagen internacional; equipos en la lista Clinton; y otras consecuencias que siempre el narcotráfico deja a su paso como plaga de langostas.

Después descargan todo el peso sobre las barras bravas, un fenómeno gravísimo y a veces sangriento que se debe erradicar, pero que nunca tendrá las dimensiones ni los efectos perversos que el narcotráfico expele para la sociedad y para ese fútbol por el que esos jóvenes viven, sufren, luchan y hasta mueren.

Hoy está de moda el actual campeón del fútbol colombiano (2008 II), el América de Cali, pues las autoridades del Valle tratan de sacarlo

de la lista Clinton para que pueda hacer sus negocios normales sin talanqueras, luego de haber sido el juguete del cartel de Cali durante muchos años, cuyo dinero allí invertido sumado a las artimañas propias de esa cultura tramposa le dieron numerosos campeonatos que nunca había alcanzado y de los cuales hoy se vanagloria.

También el poderoso DIM, uno de mis tres equipos (los otros son el Unión Magdalena y el Nacional en ese orden), está hoy en la piqueta porque sus anteriores dueños lo usaban para lavar dinero. Aunque tardío, el proceso contra ellos ya marcha y hay detenidos. Afortunadamente sus actuales propietarios merecen todo mi respeto como personas intachables.

Hablan de más equipos como Santa Fe, Millonarios, Nacional y Pereira entre otros, que de una u otra manera han estado embadurnados de ese flagelo en diversas épocas.

Es triste por ejemplo que el Unión Magdalena, equipo de Santa Marta, permanezca en la segunda división desde hace nueve años, para la frustración de un pueblo que ha visto nacer varios de los mejores jugadores colombianos, la mayoría formados en el tradicional barrio Pescaito. Siempre escuché por ahí que sus dueños no quieren que el equipo suba a la categoría A, lo cual me parecía absurdo. Sin embargo, ahora me temo -tardo que es uno a veces- que quizás no quieren que el equipo llegue a la vitrina de la liga principal porque eso lo volvería más visible para esculcadas, las cuales por demás podrían aclarar los rumores y acallar las maledicencias.

Por orden del Estado o de la Dimayor, los equipos que han ganado torneos durante los cuales se compruebe judicialmente que hubo alguna infiltración del narcotráfico, deberían renunciar a lucir las correspondientes estrellas obtenidas durante ese término, como un acto simbólico y ejemplar de contrición, reparación y juego limpio, así sus actuales dueños no hayan tenido que ver con el delito que las posibilitó.

Otra medida sería que los equipos conserven esas estrellas en sus sagrados escudos, pero teñidas de negro para que figuren allí como recuerdo y escarmiento, a manera de las que pintan en las calles, con la diferencia de que las primeras tienen más muertos a cuestas.

Entre la costeña y el cachaco

Febrero 7 de 2009

Hace rato no leía una columna más absurda que la de María Isabel Rueda la semana anterior en *El Tiempo*. Tanto, que pensé que era humorística, pero no, era bastante seria. La periodista, que es competente pero a veces incurre en tremendas descachadas, pretende que los colombianos tomemos partido entre Shakira y Juanes, y que “llegó la hora de partir cobijas” (título de su columna) entre sus fans. ¡Qué tontería de mala leche!

Para admirar y querer a Juanes (como miles y me incluyo) no necesita decir que Shakira “se ha refugiado en los duetos para disimular su falta de inspiración actual”, que “es oportunista, calculadora y anda con un novio que nos cae gordo”, y que “a Shakira le dicen ‘Shekera’, porque le suena la caja registradora al mismo compás que Juanes lleva el ritmo en la caja de su guitarra”. De ser cierto, comparar a Juanes con esa medusa que describe misiá Rueda sería minimizarlo. ¡Y qué ridiculez esa de que el novio de Shakira “nos cae gordo”; suena a sindicato: la gran mayoría de colombianos ni siquiera conocemos a ese man!

Ya el papá de Shakira protestó en ecuánime carta que publicó *El Tiempo*. Rueda se contagió totalmente del pérfido esquema colombiano desatado por uribistas y antiruibistas: estar allí o acá, y en ninguna otra parte. La polarización entonces llegó a extremos enfermizos. Bastante daño le hace al país ese minimalismo político, para que ahora lo traslademos al mundo artístico, en el cual además nadie tiene por qué estar enfrentado a nadie.

“¿A quién querés más, a tu mamá o a tu papá?” Por mamita que sea Shakira o papito que sea Juanes, tampoco. A esa regresión nos quiere llevar la columnista. Es tan pueril que me recuerda mi infancia, cuando los paisas teníamos que ser hinchas de Cochise o del Ñato Suárez

(y los verdaderos rivales eran Pajarito Buitrago y el Tigrillo de Pereira...); también cuando había que ser go go o ye ye (que además era lo mismo); y blanco o negro como hoy ven el país la señora Rueda y otros miopes; ¡siendo Colombia tan colorida y multifacética!

Ambos cantantes son talentos de la música pop cada uno con su gracia; son jóvenes que muestran al mundo una Colombia diferente, y, personalmente, me caen bien con esposa, novio, hijas y todo.

Sería algo más entendible, sin hacer tampoco un pacto de sangre, tener que escoger entre Garzón y Collazos y Aterciopelados; Gloria Trevi y Víctor Hugo Ayala; Noel Petro y Claudia de Colombia; Mercedes Sosa y Madonna; Carlos Julio Ramírez y Diomedes Díaz; Marbelle y Serrat; el Charrito Negro y Laura Pausini; o entre Pavarotti y Galy Galiano.

Le tengo el remedio a la señora Rueda para que se zafe del dilema, abra su mente y se llene de reconciliación: sacarles una cría a ambos cantantes. Eso sí, con todo el respeto por la esposa de Juanes y por el novio argentino de Shakira (aunque le haya hecho quién sabe qué a María Isabel Rueda, o mejor: no le haya hecho...) sería por fertilización in vitro para no crear infidelidades ni celos. Saldría buen producto, símbolo además de la unión patria según el esquema de la periodista que rueda y rueda pero que más parece rebrinca y rebrinca.

Ocioso inventar fuegos artificiales en un país anegado de gasolina. Si la columnista quiere llamar la atención debería buscar otros temas llamativos, pero no cizañeros y amargos como ese de poner dos pies descalzos sobre una mina antipersonal.

Además, esa camorra aviva la inútil rivalidad entre cachacos y costeños, pues mi paisano paisa Juanes es cachaco y Shakira costeña, aunque no he podido saber si los paisas somos cachacos, debido a que en la costa Caribe unos dicen que son sólo los rolos pero otros afirman que “de Monpox pa’riba todos cachacos son”.

Juanes un bacán de aquí a la China y Shakira encantadora; admiro a ambos; pero si la Rueda me obliga a escoger, me quedo entonces con Carlos Vives Restrepo -medio paisa doble además-, papá de los anteriores en sacar la música colombiana al exterior, y al que injustamente están olvidando ante el boom juaneshakiriano.

El santo ñame

Abril 18 de 2009

El barrio Chiquinquirá de Barranquilla -hasta el mariano nombre del barrio concuerda- en la reciente Semana Santa tuvo un momento de convulsión social. Desde los Montes de María, don Julio Monterrosa (Monterrosa, Montes de María, Monte Calvario, María,...: ¡Macondo!) envió de regalo a su hija Elizabeth un gigantesco ñame en forma de pie. Impresionante la foto al lado de la noticia publicada en ese buen periódico de Barranquilla que es El Heraldó (11-4-09. RSC): un pie casi perfecto y hasta con las uñas tatuadas, aunque con elefantiasis y las callosidades propias de un campesino que labra la tierra descalzo.

El esposo de Elizabeth, con harta hambre, le pidió que cocinara un mote de ñame con queso. Sin embargo, ésta se negó aduciendo que en jueves santo era pecado cocinar el tubérculo, pues “era como el pie de Nuestro Señor Jesucristo”.

Debido a que en los barrios típicos del Caribe no hay puertas ni ventanas cerradas, el asunto salió al dominio público, y se armó tremenda romería y discusión entre los partidarios de comer el pie de Cristo y entre quienes se oponían a semejante sacrilegio. Pragmático, sabio, y quizás fundamentado en un buen apetito, don Eduardo Anaya -suegro de Elizabeth- metió el cucharón, y expresó que “si el ñame cayó en nuestras manos, es porque el Señor quiere que nos lo comamos. De lo contrario hubiera permanecido bajo tierra”.

Pero nada, a los vecinos más religiosos y fanáticos no los convenció el suegro ni tampoco quienes aducían que si el mismo Jesucristo les dio de comer y de beber su propio cuerpo y sangre a los apóstoles, no era ningún pecado echar a la olla hirviendo su supuesto pie. “Tomad y comed todos de este ñame”, quizá creyeron oír algunos alucinados con la actual crisis económica mundial; aunque valga aclararlo, los Monterosas no habían invitado a nadie al mote de queso, ini mas faltaba!,

pero pienso que se trataba más de una profunda discusión teológica que de una disputa gastronómica o de ganas de gorrearse un almuerzo en vigilia.

Los vecinos consultaron entonces al párroco, que es lo correcto en estos casos divinos. Pero el cura estuvo a la altura, salomónico y ponciopilatesco: les dijo que hicieran lo que el corazón les ordenara, y continuó en su labor ritual de jueves santo lavando (no comiéndose) los pies de carne y hueso de algunos peregrinos humildes.

El asunto iba para problema de orden público como cualquier juzgamiento de Cristo ante el pueblo de Jerusalén, pero la familia dueña del pie o del ñame, volvió a encerrar la controversia en el ambiente íntimo casero, de donde nunca debió haber salido, si no fuera por ese acogedor espíritu costeño colectivo.

Ya de puertas para adentro reunieron el sanedrín familiar y, claro, triunfó la carne -o la legumbre- sobre el espíritu. ¡Pueblo pecador! Ganaron el hambre y las ganas de comer un buen mote de ñame con queso (pruébelo un día, amable y hambriento lector, se lo recomiendo con butifarra soledaña). Decidieron rezar unas oraciones con un recogimiento propio de la Semana Mayor, y luego de ofrecer el sacrificio a Jesús por los males del mundo, condenaron el ñame a la olla.

No sé si después de tan intricado exordio el mote-pédico de ñame con queso cayó bien en los pecadores pero hambrientos estómagos, aunque sí estoy casi seguro de que entre bocado y bocado corrió el ron para alegrar la parranda santa y de paso ahogar el remordimiento. Y asunto arreglado, ¡juepajé!

Ya he dicho con orgullo que soy paisa, siempre seré paisa, quiero lo paisa, vivo lo paisa y gozo con lo paisa; y, además, hechos similares a este he conocido en Antioquia y en barrios de Medellín, sólo que con otro tono, diferente estilo y más dramatismo y solemnidad. Pero ante esta historia real también declaro con mucho orgullo y sin el más leve asomo de ironía: ¡qué vivan mi Macondo, mi Caribe y mis conciudadanos costeños, carajo! Por eso te quiero Caribe, íese es mi pueblo de adopción! ¡Viva Macondo!

Dos Colombias

Noviembre 29 de 2008

La primera permanece seca y bien alimentada; se transporta en vehículos lujosos -muchos blindados para que no le penetre la otra Colombia-; se viste elegante y arropadamente contra el frío; y por lo general sabe leer, escribir y tiene estudios completos y altas especializaciones acreditadas en cartones y diplomas que luce en sus oficinas.

La segunda está mojada y mal alimentada; se transporta en canoas comunes o improvisadas que navegan por canales y ríos naturales y temporales, ciénagas naturales y transitorias, y dos mares; y también en vehículos viejos que transitan por barriales; se viste con ropa de varios días, vieja y ligera; por lo general es analfabeta o con pocos estudios, y los cartones los “luce” en techos y paredes de sus casas para intentar proteger su intimidad y desviar la lluvia.

La primera se ocupa hoy de temas “importantes” -quizás lo sean- como la reelección presidencial, las pirámides, la crisis económica mundial, los criminales falsos positivos, la reforma política, el precio del petróleo y del dólar, el último celular, el mico de las tarjetas prepago o tal presentadora prepago.

La segunda Colombia está hoy ocupada de temas tan importantes -lo son para ella- como el hambre, el frío, la violación de sus derechos en nombre de todas las causas, la búsqueda de la vivienda que reemplace aquella de la cual fue desplazada, las enfermedades de sus niños y su posible escuela, la avalancha derramada por el volcán, el cadáver de sus familiares enterrado por ahí o arrastrado por el río, o atrapado bajo la casa o el derrumbe del día.

La primera está tras el humo de las cortinas; y la segunda observa el humo que despiden los fogones, el que se desprende de sus fogones de leña o el que exhalan los vehículos intentando salir del barro.

La primera Colombia encabeza los titulares de noticieros y prensa, y se manifiesta al país con elocuentes discursos virulentos y agresivos. La segunda aparece en los titulares de noticieros y prensa después o debajo de la primera Colombia, por lo general manifestándose -casi balbuceando- con frases trucas, tímidas y entrecortadas por el llanto y el frío.

La primera Colombia está en el Capitolio Nacional, en las oficinas públicas por lo general de Bogotá, y en restaurantes y clubes esperando por cámaras y micrófonos para vomitar sus arengas, ataques y reclamos burocráticos o políticos. La segunda está en las lejanas montañas, campos y poblados a la intemperie o bajo techos de zinc u otros materiales frágiles, en las riveras de los ríos que ya no son riveras sino ríos, en costas atropelladas por un Caribe y un Pacífico que arremeten, en casas inundadas y en albergues urgentes esperando ayuda para abrigarse, comer o sanar sus enfermedades. La primera siempre está en verano y la segunda hoy en invierno. La una expele bla-bla y la otra clama glu-glu.

La primera dice actuar en nombre de la segunda y ser su representante. La segunda dice siempre la verdad: que está abandonada y que pocos la ayudan sobre todo en los desastres. La primera duda si se hundió el referendo o la reelección, y la segunda está segura de que casi toda se hundió bajo el agua.

A ninguna le importa la otra, ni si existe o no. Es más, a veces no saben que la otra Colombia también está ahí, dentro de las mismas fronteras, quizás a una cuadra. Una Colombiausente y otra Colombialma.

Son dos Colombias que casi nunca se ven ni se tocan ni se huelen entre sí. Son dos Colombias que cuando se entrecruzan se ignoran o se desdeñan. Son dos Colombias cuyos escasos roces producen choques diversos, pues ambas son hechas de elementos que al hacer contacto producen una natural reacción química explosiva.

Son dos Colombias que siempre han existido desde la Conquista, pero cuyo contraste se hace más evidente en ciertos momentos como el que hoy vive la nación.

¡Qué bipolaridad, qué esquizofrenia, qué locura!, ¿qué sé yo?, dirían los siquiátras. ¡Qué mal modelo económico, qué desigualdad!,



¿qué sé yo?, dirían los economistas. ¡Qué pecado, qué injusticia!, ¡qué Dios proveerá!, dirían las iglesias. ¡Qué artículo tan melodramático y con un tema tan desgastado!, dirán algunos lectores, imagino yo; pero... ¡qué vergüenza! debemos decir todos.

Ser caribe

Noviembre 7 de 2009

En Colombia y el mundo se habla mucho de lo caribe, de su identidad y de las características de la región y sus habitantes. Resolver la cuestión sobre la formación y composición del gran Caribe es lo único que dará luces para entender su presente y así construir su futuro; un futuro en el cual el Caribe no navegue a la deriva en un mar de contradicciones, intereses encontrados propios y extraños, saqueos y apropiaciones lícitas e ilícitas.

Descifrar el cardumen de acertijos que boga en el Caribe desde la llegada de Colón y elaborar unas cartas de navegación legibles, dará la claridad suficiente, y si bien ello no calmará las corrientes ni las tempestades que lo cruzan y a cuyos vaivenes flota, por lo menos su comprensión permitirá aprovecharlas y ponerlas al servicio del desarrollo.

Hay una pregunta clave cuya tradicional respuesta fácil surge de la ignorancia: ¿Qué es ser caribe? Ser caribe es mucho más que expresar una supuesta alegría innata, hablar golpeadito dejando algunas eses para la siesta, ser creativo y ocurrente, y vivir danzando en medio de ritmos musicales íntimos. Eso es importante y hay que promoverlo porque es el único lenguaje uniforme que tienen los habitantes de la gran cuenca del Caribe; pero es solo una parte.

Ser caribe es muy difícil. O mejor, llegar a ser caribe, de verdad caribe, es algo complejo y serio. En el caso colombiano es mucho más profundo que un “juepajé” o un “ayhombre”.

Para algunos esa apetecida, diagnosticada y discutida región debe seguir allí en la superficie (y hasta válido será, por ese sosiego vacío propio de la ignorancia humana) chapoteando sobre esa espuma alegre y colorida, y a lo mejor sus habitantes sigan viviendo como lo han hecho durante los últimos cinco siglos (hoy me incluyo, como aprendiz

de paisamario), a veces amodorrados como las naves de Colón cuando los alisios dormían, o a veces atormentados por huracanes, como le pasó a tantas naos europeas que se aventuraron tras las columnas de Hércules en este mar indescifrable.

Y sí..., nos podemos quedar allí a merced de los vientos, a ras, sin preguntarnos mucho, sin indagar demasiado, pero el fin está cantado: seguiremos en un “alegre” subdesarrollo, en una “rítmica” escasez, en una “exótica” idiosincrasia disfrazada para el turismo, y en una “explosiva” creación artística, pero en un estancamiento pétreo que no nos perdonaremos más, ni nos perdonarán nuestros descendientes, propiciado hoy más que nunca por el salvaje mundo globalizado, siempre acechando por lo ajeno para absorberlo.

El mar Caribe ha sido más un medio que un fin durante toda la historia. Un medio “para llegar a” alguna parte, un medio “para salir hacia” otra parte, un coto de caza, un ring de pelear y arrebatar riquezas, de sacar ventajas políticas ajenas y de urdir estrategias imperiales. Un utensilio hasta para extraer el arte e incluso la alegría así parezcan inagotables.

“La condición de crucero del mundo por el lugar geográfico donde nos ubicamos hizo confluír la presencia de las principales potencias colonialistas desde el siglo XV hasta el XX”, dijo la historiadora habanera Francisca López Civeira, “Paquita”, refiriéndose a Cuba pero aplicable a todo el Caribe (*Los mil y un Caribe... 16 textos para su (DES) entendimiento*, Jorge Elías Caro y Fabio Silva Vallejo, editores). Hoy, a costa de sus carencias y pleitos, al Caribe se lo siguen disputando potencias como Rusia, Irán, Israel y Estados Unidos, que se aprovechan además del ego de sus caribeños patriarcas en otoño, invierno, verano o primavera.

Y cuando se es un medio para lo que sea, sólo queda la insatisfacción de quien se siente usado, la pobreza de quien es saqueado, y la indignación de quien es visto como objeto. Un solo vistazo a nuestro subdesarrollo y arrasamiento de costas y bosques caribes, da cuenta de esa condición de herramienta “para otros” que ha sido la región.

Y cuando una región térrea o líquida es considerada como medio “para”, es imposible que se forme una identidad clara y que se desarrolle, pues así la historia no conduce a una decantación aleccionadora de



hechos, sino que se queda en un constante defenderse y en un reflejo de otros. Sus pueblos son recipientes donde se echan cosas y de donde se sacan otras. ¡Ay Caribe ya me dueles!; te aprendí a querer...

Urabá: Sinfonía inconclusa

Agosto 30 de 2008

Urabá es el territorio más atípico de Colombia. Es y no es en muchos sentidos. Pertenece y no pertenece. Es una región llena de contradicciones: riqueza y pobreza; dolor y alegría; pasado y futuro; diversidad étnica, vocación difusa, escenario de historias reales e irreales. Desde la Conquista es un territorio en formación social, económica e institucional.

Si un territorio no es asumido con fines de permanencia y estabilidad se convierte en lo que ha sido y es Urabá: tierra de nadie y de todos, de aventuras, de saqueos. Urabá ha sido siempre un campo de batalla, una encrucijada, una pregunta sin respuesta.

Todos sus habitantes tienen una historia intensa que contar, empezando porque la gran mayoría vive de paso, así sea en lapsos de 20 o 30 años. Tierra de promisión, de esperanza pero también de muerte y desilusión.

En Urabá no hay Estado. Nunca lo ha habido. Todos han querido controlar -para exprimir- su territorio indómito y se toman el poder por períodos irregulares. Por eso no se ha construido una cultura de región, una idiosincrasia.

Uno cree que Urabá debe pertenecer a la región Caribe, pero los ocho departamentos caribes no la incluyen ni Antioquia tampoco la asume dentro de sí. Ni los urabaenses lo saben, si es que hay urabaenses en sentido real de gentilicio.

Allí todo es trunco, proyecto, sueño o pesadilla. Todos tienen -hemos tenido- ideas brillantes, planean y estudian la región, pero nadie termina nada. ¡Ah!, y todos la interpretamos a nuestra manera... Hay obras que no se sabe si son ruinas o cimientos nuevos. Hay sueños que no se sabe si son ideales o pesadillas. Mucha gente no sabe si está entrando o saliendo, si llega o huye.

La carretera al mar aún es aventura, mito histórico, gesta desvanecida entre las brumas del pasado y del futuro. El puerto es un fantasma, y el mar engulle la costa poco a poco, mientras el río Atrato penetra cual serpiente mítica gigantesca y su resoplido dispersa la sal del mar y del aire.

Urabá es un acertijo. Región laboratorio, crisol, útero, probeta, eureka, rescoldo, semillas, fruto maduro, cáscaras, esencia, vida y muerte. Es despojo, explotación, agotamiento. Allí se conjugan todas las pasiones y estados anímicos. Mosaico de acentos, risas, llantos y músicas. Sinfonía inconclusa, con movimientos en el útero. “En el principio existía el Verbo” (Jn 1,1): Urabá; y en el final también lo es: Urabá, en lengua katía, la tierra prometida.

Urabá está de moda porque el juez español Baltasar Garzón fue el martes a ver escarbar el dolor de esa tierra, su memoria enterrada, sus guerras vanas. Sería curioso históricamente que ante el Juez se confundieran restos humanos nuevos con restos humanos de indígenas asesinados por los conquistadores hace 500 años. Si leyera *Ursúa* de William Ospina conocería los crímenes de lesa humanidad cometidos allí y en el resto de Colombia por sus paisanos en esa época, nada diferentes a los perpetrados por HH, Karina y demás compinches. ¿Cómo se reparará el exterminio de una cultura milenaria?

“Primero estaba el mar”... azul, y los urabaes; luego estuvo y está el mar... verde, de banano; y frenéticos circularon españoles, franceses, alemanes, holandeses, cachacos, afroamericanos, costeños, gringos, paisas y chilapos que gestan todos a los urabaenses. Hubo tagüeros, caucheros, guerreros y aventureros. Hubo y hay contrabandistas, narcotraficantes, guerrilleros, paracos, emergentes, agricultores, pescadores, madereros, mineros, empresarios, futbolistas, cantaores, bananeros, plataneros, murraperos, guaqueros, palmeros, raperos, abuelos, niños, mujeres, gente buena, gente no tan buena, gente...

Y Urabá no queda en un lugar lejano de Colombia. Tan sólo está a 35 minutos aéreos de Medellín y a seis horas terrestres sin escollos naturales o humanos. Está allí, literalmente en la esquina. Colombianos y antioqueños hemos tardado 200 años en encontrarle destino a Urabá; paradójico mientras hay cientos de pueblos en el mundo buscando desesperadamente un territorio.

La campana de Mamatoco

Mayo 30 de 2009

Debido a la reciente muerte de Escalona, han circulado escritos deliciosos que recuerdan anécdotas de su vida y obra. Una de esas crónicas, la historia que dio origen al vallenato la *Custodia de Badillo* del maestro de Patillal, me recordó otra que sucedió hace poco en Santa Marta: una de las tres campanas de la Iglesia de San Jerónimo en el tradicional barrio Mamatoco, fue robada en la noche del pasado ocho de marzo. Simplemente al otro día los vecinos se levantaron y vieron que faltaba la campana.

Se trata de una pieza de bronce histórica, pues dicen que con sus dos compañeras dobló por Bolívar cuando en 1830 éste falleciera a poca distancia en la Quinta de San Pedro Alejandrino. El Libertador no era muy querido por los samarios de aquella época, pero de todas maneras fue un ser humano que murió en una de sus parroquias cercanas, y la campana data de 1785, es decir, de dos años después del nacimiento de Bolívar.

Durante 15 días la campana estuvo desaparecida, hasta que la encontraron abandonada en un basurero del barrio El Edén, pulida y brillada, al parecer lista para su venta según las autoridades. Sin embargo, hasta chismes hubo, pues no faltó quien dijera que todo fue una estrategia del párroco para llamar la atención sobre su empobrecida parroquia, maledicencia basada en que el cura no denunció el hecho, y en que es extraño que en un barrio tan habitado, dentro del perímetro urbano de Santa Marta, nadie hubiera visto cómo en la noche se trepaban a lo alto de la torre del templo a bajar una campana de considerable tamaño y peso.

Por eso la campana de Mamatoco me recuerda la *Custodia de Badillo*, vallenato en el cual Escalona cuenta el robo de una sagrada custodia que fue hurtada al párroco de la iglesia de Badillo, corregimiento

de Valledupar. Ambos objetos pertenecen al culto de la religión católica y ambos fueron hurtados de un templo con cierta astucia que deja interrogantes. “Lo que pasa es que la tiene un ratero honrado / lo que ocurre es que un honrado se la robó”.

Pero Macondo no es sólo en el Caribe. Hace dos semanas en Titiribí, Antioquia, los noticieros mostraron las bocas sin dientes de varios habitantes de dicho municipio, quienes ante el rumor de que la Alcaldía les pondría prótesis dentales, corrieron a sacarse los deteriorados dientes que aún tenían, con la tragedia de que el rumor resultó falso, y los pobres viejitos están hoy alimentándose sólo de aguapanela y cremita de frisoles.

Hace dos años, pero con más perjudicados, lo mismo pasó en el departamento del Magdalena con el programa “Sonrisa Otoñal” que se quedó en otoño permanente, pues los dineros solo alcanzaron a cubrir la mitad del programa: la extracción de las dentaduras. Para la segunda mitad del poético proyecto, las prótesis dentales, se acabó la plata. Desconozco si aún los viejitos de este sector del Caribe se sigan alimentando sólo de sopa de ñame y jugo de corozo.

Escalona le hubiera compuesto vallenatos a los muecos del Magdalena y de Titiribí, y también al muerto que la semana pasada antes de su entierro se emparrandó 19 horas en Bogotá. “Los muequitos de Titiribí”, “Los muecos de Plato” o “El muerto emparrandao” serían sus títulos, así sencillos, como le gustaban al maestro.

Y faltan tantos vallenatos para tantas historias... Atención: se buscan compositores vallenatos para cantar las numerosas anécdotas que siguen sucediendo, no solo en el Caribe sino en toda Colombia. Yo a duras penas escribo mudas y sordas columnas de prensa y ensayos, que pocas veces duran más de dos días, pero en vallenatos estos sucesos, que muchas veces pasan inadvertidos, perdurarían por siempre y seguirían enriqueciendo nuestro folclor lleno de picaresca, colorido y humanidad auténtica.

La historia de una nación se compone y explica por la suma de sus pequeñas historias, aparentemente triviales pero con el mismo espíritu de los grandes acontecimientos. Por eso Colombia es un vallenato. Lástima lo otro...

De Bolombolo a Aracataca

Junio 20 de 2009

Bolombolo es el sonoro nombre de un tórrido corregimiento besado por las aguas del medio río Cauca, en el municipio de Venecia, Antioquia. También pude haber puesto en el título a Titiribí, Yolombó, Yondó, Sonsón, Peque, Amagá, Tarazá, Caramanta, Granada, Anzá, Caldas, Salgar, Sabanalarga o Santa Bárbara, municipios paisas que solo necesitan una vocal.

Como el título alude al periplo de mi vida hoy, de Antioquia al Caribe, un pueblo de la segunda región no podía ser otro que la cuna de García Márquez, Aracataca (también avaro en vocales), el mítico Macondo de *Cien años de soledad*, aunque el Nobel, además de usar su imaginación, se nutrió de otros pueblos caribes como Sucre en el departamento de Sucre, donde vivió parte de su niñez.

Macondos también podrían ser otros municipios del departamento del Magdalena como Santa Ana (también tacaña), San Sebastián de Buenavista, Chibolo, Zona Bananera, Fundación, El Piñón, Ariguaní, Plato, Pedraza, El Banco, San Zenón, Guamal y Tenerife, homónimo de una calle de mi Medellín.

En Antioquia hay dos representaciones del pueblo típico antioqueño donde, al igual que en Aracataca, podrían suceder novelas, en este caso de escritores paisas como Tomás Carrasquilla y Manuel Mejía Vallejo: El Pueblito Paisa en la cima del cerro Nutibara en Medellín y Tutucán, en las goteras de Rionegro, en el oriente antioqueño.

Balandú es otra mítica población donde ocurre *La casa de las dos Palmas* de Mejía Vallejo, novela ganadora de un premio Rómulo Gallegos. Cauca Viejo es un pueblo construido río arriba de Bolombolo, pero es una urbanización privada rural.

Entre las disimiles regiones de Colombia, la Paisa y la Caribe comparten un elemento esencial que las distingue de las demás, contando en la primera a Caldas, Risaralda, Quindío y los nortes del Valle y Tolima: la palabra. Esa palabra fácil, rauda, creadora, inventadora, mentirosita y, en una palabra, mágica. En esa palabra, la oralidad es la forma que nos identifica.

El culebrero es la representación más pura del antioqueño hablador y astuto, y en el Caribe hay personajes similares. El palabrero guajiro es diferente, pues aunque usa la palabra se trata de un conciliador, de un método alternativo de solución de conflictos que funciona.

En Antioquia se canta la trova y en el Caribe la piquería vallenata. Eso sí: no se olvide que Antioquia en la subregión de Urabá tiene el litoral más largo en el mar Caribe después de la Guajira. También el extremo norte de mi Antioquia es caribe, en especial en el municipio de Caucasia.

Continuando con la geografía, en el Magdalena donde residio hay también como en Antioquia una Granada y una Venecia (población palafítica en la Ciénaga Grande) anteponiéndoles a ambas el “Nueva”; una Concordia; una Santa Bárbara, de Pinto; y un Carmen con “Pijiño del” antes y sin “el Viboral” paisa posterior. Existe una Salamina como en Caldas, y hay un San Antonio con “Cerro de” al inicio que me recuerda los corregimientos antioqueños de San Antonio de Pereira en Rionegro y de Prado en Medellín. En el nordeste antioqueño Remedios evoca a Remedios, la bella, de Macondo.

Además de los mencionados antes, entre los 29 municipios de mi Departamento adoptante están Ciénaga, El Retén, Pueblo Viejo, Sabanas de San Ángel, Pivijay, Algarrobo, Sitionuevo, Remolino y Zapayán, pues Santa Marta del alma es Distrito.

Y si entre los 125 municipios de Antioquia está Ciudad Bolívar, en la espesura de la Sierra Nevada de Santa Marta está enclavada Ciudad Perdida, que no es municipio pero si algo más viejita que la primera. También, recordando al Pueblito Paisa, en el parque Tayrona queda “Pueblito” -Chayrama en lengua indígena-, un antiquísimo poblado tayrona.

El maestro León de Greiff, ese gran poeta paisa liberador y creador de palabras, estuvo durante tres meses como aprendiz de ingeniero de carreteras malogrado -quién lo creyera- en Bolombolo. Quizás añorando su mundo de letras, al parecer se aburrió tanto trazando la vía entre dicho corregimiento y el municipio de Andes, que nos dejó estos versos difíciles pero sonoros, como todos los suyos:

Oh Bolombolo país exótico y no nada utópico
En absoluto! Enjalbegado de trópicos
Hasta donde no más! Oh Bolombolo de cacofónico
O de ecológico nombre onomatopéyico y suave y retumbante, oh Bolombolo

Por aquí se atedia, en éste se atedia por modo
Violento la fantasía: monótono
País de sol sonoro, de excesivas palmeras, de animalillos zumbadores
De lagartijas vivaces, de salamandras y camaleones
Cigarras estridulantes, verdinegros sapos rugosos, y melados escorpiones.

Me da nostalgia Bolombolo donde pasé gratos momentos de descanso (estoy seguro que jamás como los atormentados del poeta metido de abrecaminos), y tengo gran cariño por la mágica Aracataca. Amo a mi Antioquia y también quiero esta región Caribe. Acá me siento como en casa o “como en departamento”. Eso sí, como en “*La casa del ritmo*”..., aunque por fortuna trabajo duro, a ritmo paisa, pero con ritmo...

Hueso por hueso

Marzo 11 de 2009

Cambio un húmero equivocado por un cúbito romo; dos costillas falsas por cuatro vértebras desvertebradas, un radio sin señal por una tibia fría, tres peronés sin peros por dos omoplatos quebrados. *El coleccionista de huesos* es una película de terror, pero acá no es una película, es un país de terror. Se trata sencillamente del negocio que están proponiendo las Farc al Gobierno por medio de la carta dirigida al grupo “Colombianos por la Paz”: el cuerpo (lo que debe quedar de él) del Mayor de la policía Julián Guevara, por los cadáveres de Raúl Reyes e Iván Ríos.

Listo. Aquí todo se negocia, sigamos negociando, usados como los anteriores pero con imperfectos: permuto un coxis astillado por un esternón moto-serruchado, una clavícula con mácula por un parietal agujereado, un temporal sin tiempo por un sacro satánico, un trapecio sin cuerdas por una rótula sin rotular.

Y también hay con ñapa: entrego un maxilar con una muela calzada en oro a cambio de dos tarsos y dos metatarsos calzados en un par de botas pantaneras; un carpo con reloj digital por un frontal con sombrero vueltiao; todo un cráneo con pasamontañas por una falange con anillo; una mano aún con uñas por dos manos con las falanges entrelazadas (idos por uno!); un fémur con jirones de overol por el martillo, el yunque y el estribo de un oído medio con un arete de fantasía.

Cambio, recambio, intercambio, permuto, vendo, compro, trueco, transfiero, negocio, canjeo, traspaso, trapicheo, cambalacheo, trafico, especulo, ofrezco, subasto, oferto, financio y tramito cadáveres, osamentas, cuerpos, huesos, cráneos, mechones de cabello, cartas dentales, pedazos de ropa, células, fluidos, uñas, manos, muestras de ADN y hasta actas de defunción. En Colombia los cuerpos vivos o muertos y sus pedazos son botín y mercancía. Si no hubiera ofertas y demandas equilibradas el dinero humano circulante nos tendría en inflación permanente.

Pero si las Farc quieren intercambiar el cuerpo del mayor Guevara por los de áliases Raúl Reyes e Iván Ríos deben exigir algo más, pues de lo contrario saldrían estafadas porque al cadáver de Ríos le falta la mano que alias Rojas le cortó para vender, a no ser que el Mayor también esté incompleto luego de más de tres años bajo la selva húmeda tropical. Quizás deba mediar algún país amigo para evitar engaños en la macabra transacción.

Qué degradación sin fondo. Ya no hay adjetivos ni lágrimas ni asombro ni vergüenza ni más rubor para las mejillas frente al mundo. Pero no nos escandalicemos, es la antiquísima Ley del Talión aplicada en forma literal: ojo por ojo, diente por diente, hueso por hueso, mano por mano, cadáver por cadáver, persona por persona, guerrillero por paraco, paraco por soldado, soldado por guerrillero, campesinos por paracos y por guerrilleros, campesinos y muchachos de barriada positivos por soldados, armas por coca, víveres por amenazas, tierra por desplazamiento, vacunas por dinero, laboratorios por protección, paz por guerra, sosiego por terror, Colombia por infierno.

¿Y por cuál hecho pensarían intercambiar los asesinatos afortunadamente frustrados del ministro Santos y de su hermano Enrique?, ¿o se irían a llevar sus cadáveres como botín de guerra? Dicen que iba a ser una retaliación por la muerte de Reyes, y ahora piden el cadáver de éste y de Ríos que, además, ¿coclí coclí donde están?

El periodista Juan Gossaín entrevistó hace pocos días a la madre del mayor Guevara ante la posible entrega de sus restos. Cuando el periodista le pidió un mensaje para el jefe de las Farc ella expresó (casi textualmente): “yo le diría a don Alfonso Cano que le agradezco su acto de generosidad”. ¡Ay país!, país en el cual tenemos que mendigar la más minúscula migaja de caridad, agradecer el más diminuto men-drugo de humanidad.

Juego mi vida, cambio mi vida
De todos modos
La llevo perdida...
Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo
La dono en usufructo, o la regalo...
(...)
Por lo más anodino, por lo más obvio, por lo más fútil...

“Maicolycsón” en el Caribe

Julio 18 de 2009

Malambo es un municipio al sur de Barranquilla. Se encuentra a orillas del río Magdalena, cerca al sitio donde nuestra máxima arteria fluvial llega a su fin confundándose con el mar Caribe.

Varios medios de Colombia y algunos del exterior, informaron lo sucedido la semana pasada en esa población: Rocío Salazar, mientras enseñaba a sus hijos el baile (*Moonwalk*) del recién fallecido Michael Jackson, sintió un olor a formol y luego vio grabada en un celular la sombra fantasmal del cantante detrás de sí.

Así de sencillo, claro y contundente. Algunos dicen que Rocío es mentirosa y yo digo lo mismo de quienes niegan el hecho, pues puede ser mentira negarlo así como afirmarlo, pero a la gente hay que creerle mientras no se demuestre lo contrario: la señora fue visitada por el “Rey del Pop”, y punto. Además, aquí en el Caribe queda el realismo mágico.

Es posible que como Rocío estaba enseñando a sus hijos algunos pasos del baile del artista, éste haya regresado a deshacerlos. Así en vida Michael nunca hubiera estado en Malambo, sí estuvo en la Tierra, y a la Tierra volvió su espíritu, pues Malambo queda en la Tierra. Además, cuando se es recién muerto, imagino que al principio uno queda desorientado, y fácil se le pueden trabar el radar y los sistemas de posicionamiento global y aterrizaje, mientras los aprende a manejar.

Sencillo: el rey atormentado arrancó por el camino final desde su casa en Estados Unidos, a los tres días retornó a recoger algo que olvidó como lo registró un vídeo en CNN, luego cayó en Malambo, y se fue. Hoy, desde cualquier lugar del mundo...

Por ahí escuché a alguien afirmar que Michael en casa de los Salazar tenía puesta una camiseta del Junior y que mientras bailaba champeta gritaba “imaleta, maleta!”; no sé, chismes de la gente, pero dicen

que esas energías de ultratumba están conectadas, y hacía poco en el vecino municipio de Soledad un jugador del Junior había chutado al más allá a un hincha que le gritó lo mismo.

Comparada con la aparición anterior en su residencia de Estados Unidos que tanto ha circulado por Internet, me parece más noticia la presencia del fantasma de Jackson en Malambo. Es que tiene mayor valor la última, pues aparecerse en su propia casa ¡valiente gracia!, más teso hacerlo en un pueblo perdido y lejano (para él) de un país que el “Rey del Pop” nunca visitó y que a lo mejor nunca supo si existía. El don de la ubicuidad adquirido en ultratumba es para usarlo, ni más faltaba.

Y preparémonos para más apariciones del cantante que ya era mito en vida, sobre todo en esta época en que los celulares se convirtieron en cazafantasmas. Grabados en estos aparatos que hoy sirven hasta para hablar por teléfono, recuerdo varios fantasmas como el de una niña de Cúcuta, otra en Santa Marta cerca al cementerio de San Miguel y un presunto delincuente que acababa de morir en Bogotá.

Doña Rocío no quiere ver de nuevo a Jackson y por eso llamó a unos evangélicos para que lo impidan con oraciones. “Se me pararon los pelos”, afirmó. A mi sí me gustaría pegarme una conversadita y una cantadita con John Lennon, Nino Bravo, Oscar Golden o Gardel.

Pero bueno, aunque los fantasmas no tienen problemas de transporte, imagino que acá en el Caribe colombiano debe ser más fácil y apropiado emparrandarme con el fantasma de Francisco el Hombre, el del cienaguero Buitraguito en “La víspera de año nuevo”, el del maestro Barros en “El Banco viejo puerto”, el de Peñaranda el Hombre Caimán, o el de Freddy Molina el amigo que se le murió en Patillal a Zabaleta.

Con el maestro Escalona, que recién ejerce como fantasma, si pido una parranda vallenata aparte con Jaime Molina, para que ahora sí nos haga un retrato... a los tres..., y perdón Maestro por lo confianzudo, pero yo pago el ron y pongo los oídos y el corazón, usted pone las canciones y Molina el pincel. Bueno, si el gringo bailarín se quiere pegar y volver al Caribe que bien pueda, está de moda la música fusión, ¡Ay hombre Maicolycsón!

Universidad del Magdalena: Alma máter del Departamento

Diciembre de 2008

Entre tantas maravillas que tiene el departamento del Magdalena son de admiración mundial las bellas e imponentes manifestaciones de la geografía y de la naturaleza, como la Sierra Nevada de Santa Marta, el mar Caribe, la Ciénaga Grande, los parques naturales y el poderoso río que da nombre al Departamento. También son motivo de orgullo nuestra rica historia y la pluralidad étnica en cabeza de pueblos indígenas por fortuna aún vigentes.

Pero tenemos otras riquezas vivas y relativamente recientes, no ancladas en la geografía o en la historia tradicional. Los magdalenenses de nacimiento y adopción, debemos mantener constante la capacidad de incrementar el patrimonio natural y social, como ejercicio para conservar vivo el espíritu emprendedor en todos los campos, y como legado para nuestros descendientes.

La Universidad del Magdalena es una de esas obras que deben considerarse ya como patrimonio del Departamento, equiparable incluso, guardadas proporciones y configuración, a hitos como la Sierra Nevada y los parques naturales en general.

Ese sentido de pertenencia que debemos tener para con nuestros espacios públicos y para con nuestra ciudad y Departamento en general, debe incluir a la universidad departamental pública por excelencia: la Universidad del Magdalena, sin demeritar a las universidades privadas que tan excelente papel cumplen y que tienen una connotación diferente dada su naturaleza.

Pero la Unimagdalena de hoy no es una casualidad, ni la encontramos acá establecida, ni la importamos: ha sido producto de un inmen-

so esfuerzo de los últimos diez años, superando obstáculos de diversa índole que siempre aparecen con las grandes obras.

De ese esfuerzo son testimonio cerca de 10.000 estudiantes que hoy, contando con varias facilidades económicas y de bienestar, están matriculados en 28 programas académicos de pregrado y 26 posgrados acordes con nuestra geografía, climas y características económicas y culturales, lo cual garantiza el ejercicio profesional en aras de la realización personal y social, y de mejorar las condiciones de vida de toda la región.

Igualmente, cerca de 5.000 estudiantes se benefician del Instituto de Educación Abierta y a Distancia -IDEA-, que facilita el estudio de varios programas a los habitantes de muchos municipios, no solo del Magdalena sino de todo el país, por medio de los Ceres y de los centros zonales.

Además, la Universidad cuenta con 53 grupos de investigación, un Instituto de Postgrados con especializaciones, maestrías, doctorados y educación continuada, y también con una emisora, un Centro Cultural, una Escuela de Artes y Oficios, y dos museos, entre otras entidades, programas y acciones destinadas a la comunidad.

Todos los habitantes del Caribe (y ojalá también de toda Colombia), pero en especial los magdalenenses, desde el más humilde hasta el más poderoso, deben sentir a la Universidad del Magdalena como parte de sus vidas, de su desarrollo y del de sus familias y empresas. Por eso es clave que ese sentido de pertenencia se traduzca en mayores esfuerzos por acercarse al alma máter y por involucrarse en sus procesos. La Universidad no es de sus directivas, ni de sus docentes, trabajadores o estudiantes, y tampoco de las autoridades departamentales o nacionales. Sus dueños somos todos los magdalenenses de nacimiento o por adopción, razón de ser de la Institución para buscar una sociedad mejor.

La Universidad del Magdalena no se reduce a los espacios ocupados por su campus y por sus demás sedes, pues está latente en cada uno de los rincones y lugares delimitados por las fronteras del Departamento. Su presencia es permanente en cuanto a la educación, la extensión de su misión y la investigación en todo lo que tienda a mejorar la calidad de vida. Así como el alma del ser humano ocupa todos los lugares del

cuerpo, también la Universidad del Magdalena, como alma máter del Departamento, ocupa todo su territorio y hasta lo desborda.

Hoy esa alma es una llama más viva e intensa que nunca, fortalecida por una democracia interna transparente y por una sana lucha pacífica, valerosa e inteligente de toda la comunidad universitaria contra intrigas, rumores, ambiciones y presiones políticas y de grupos al margen de la ley, amenaza y realidad latente hoy en las instituciones y entidades colombianas de todo tipo.

In memóriam

Augusto González Velásquez
(Octubre 2 de 1929-Febrero 19 de 2010)

Mi padre

Febrero 25 de 2010

“Imagino que les pasa también a ustedes; esto es muy duro. Trato de concentrarme en el trabajo, arranco un ratito, pero siempre mi papá aparece de nuevo en mi mente; ahí sigue, ahí está y estará... Es una nueva vida para nosotros sentirnos acá en este mundo sin él. Como si nos faltara la mitad o más... En fin, la vida sigue, y espero que el tiempo nos acostumbre a esta nueva experiencia. Además, cada minuto se vuelve más grande su vida, su forma de ser, sus logros, su dimensión. ¡Qué suerte tuvimos! Los quiero mucho a todos” (Texto de un correo que desde mi Caribe adoptante envié a mis hermanos el lunes anterior).

Algunos colegas se excusan cuando se refieren a temas personales, pero yo pienso que los asuntos de la vida del columnista pueden tener interés general y, además, describir una vivencia auténtica, quizás aleccionadora y siempre humana, que tanta falta hace entre cifras, ideas políticas, teorías o comentarios mundanos en ocasiones repetitivos, como muchos de los míos.

Hoy hablaré de lo más personal y humano que me ha ocurrido en la vida, conjuntamente, claro, con el nacimiento de mi hija y de mis hijos, ¡cuál de los tres más tesoro, más amado y más maravilloso! Hablaré de algo que han vivido muchos lectores una o dos veces, y que pocos han tenido oportunidad de comentar públicamente aunque lo quisieran, ya sea como catarsis o testimonio.

Mi padre murió hace seis días a las seis de la mañana, luego de un padecimiento de seis meses que nos llevó a sus seis hijos a pensar ilusamente que uno se puede preparar para la dura realidad de la muerte cercana, e, incluso, a albergar una esperanza muy leve -pero esperanza al fin y al cabo-, de que el implacable cáncer puede a veces ser menos eficiente y rápido con su víctima de turno, ilusión alimentada por la fortaleza de mi papá, su obstinación a partir y el amor por sus seres queridos.

Error. Nunca nadie se puede preparar para la muerte de alguien amado, sean cuales fueren las circunstancias del fallecimiento, al igual que son muy escasas las posibilidades de que esa inexorable enfermedad suelte a su víctima, al menos por un tiempo medio de espera.

Fueron ochenta años completos, torneados, como el remate justo de una obra de arte concluida tal como la sueña el artista. Ochenta años plenos, intensos, humanos y vividos segundo a segundo, con una razón que llamaba la atención por lúcida y con una lucidez que llamaba la atención por razonable. Pese a esa lógica casi matemática siempre intentaba ensayar primero con el corazón, para que sus actos y consejos llegaran a lo más profundo de las almas, en donde son indelebles.

Y lo logró. Amó inteligentemente (es posible esa dulce mezcla) a mi madre casi 60 años, a sus hijos y nietos en todas las vueltas del reloj, y a nuestras parejas y amigos desde que fueron llegando al corazón de cada uno. Con paciencia, tino y sabiduría supo leer a cada hijo, y nos dio un poco más de amor del que necesitábamos, quizás con el fin de que pudiéramos ahorrarlo para los momentos de desconsuelo, como el actual.

Augusto González Velásquez estaba tan lleno de humanidad, de sentimientos, de ideas y de valores, que todo eso no le cupo en el cuerpo, hasta que tal cantidad de luz no aguantó más, reventó como un clavel descomunal y se esparció por fuera buscando espacios ilimitados donde poder irradiar y crecer más y más.

Yo sabía que la gente lo quería mucho, pero solo mido esa enorme dimensión desde el día en que murió. Quienes lo conocieron saben de su humanidad desbordante que fusionaba a su arquitectura material y espiritual. Es que nació para llenar espacios estética, ética y prodigiosamente, no sólo físicos con los edificios, casas y recintos que diseñó,

sino también espirituales con las ternuras, alegrías y amores que también diseñó para llenar corazones.

Alguien dijo que la juventud es un estado que solo se logra con los años. Mi padre cada dos de octubre era más joven, más moderno, más creativo, más sorprendente, más amoroso, y por supuesto, más sabio. Augusto nunca conoció la vejez pese a que en los últimos años su cuerpo intentó dañarle la fiesta al alma.

Fue mi mejor amigo, y el amigo de cada uno de mis cinco hermanos, de mis hijos, y de mis sobrinos, y estaba casi fundido con mi madre, que pienso quedó mutilada con su partida. Por eso les dije a mis hermanos que tuvimos suerte de tener un padre como Augusto; suerte mi madre, hijos y sobrinos, pues conservar por tanto tiempo una fuente tan poderosa de amor y de conocimiento es una fortuna que pocos pueden disfrutar.

Ha pasado una semana..., ¡cómo me hace falta!, ¡cómo están y estarán de vacíos los espacios del alma y de la ciudad!, ¡cómo gritan las cosas su nombre! ¡Cómo te quise, te quiero y te amaré, papá! ¡Gracias por haberme dejado ser tu hijo!

Hoy no llegará tu llamada habitual de los sábados para comentarme mi columna, papá; no importa, sé que hubieras llorado, como yo lloré escribiéndola.

